

Francisco Umbral
*El día en que violé
a Alma Mahler*



¿Novela *light*, novela erótica, novela policíaca? Umbral ha escrito aquí y ahora su libro más alegre, vivo, vital y espontáneo, con una rigurosa trama de «novela negra», un fuerte toque de novela «porno» y una ligereza y frivolidad literaria de novela *light*. Quizá lo que ha hecho Umbral, como Cervantes con el «Quijote», es una burla/homenaje de los géneros de moda, todo deslumbrantemente servido por una ironía memorable, una admirable velocidad narrativa y un estilo único (el del autor). Por debajo de todos estos géneros y su parodia, la difícil y profunda aleación de ternura y crueldad, más la imaginación, que caracteriza a Francisco Umbral.



Francisco Umbral

El día en que violé a Alma Mahler

ePub r1.0
Titivillus 19.01.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *El día en que violé a Alma Mahler*
Francisco Umbral, 1988
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El soplo en el corazón, o en la aorta, me parece. Tener un soplo en el corazón es como estar soplado por Dios. Pordiós, no diga usted eso. Por Dios. El cardiólogo tenía gafas, sonrisa de banquero, cara redonda, una foto de Franco (dedicada a su padre) entre los libros, y manos sabias para tocar el cuerpo, claro, las manos de los médicos, de algunos médicos, de los mejores médicos (éste parece bueno), escuchan con las yemas de los dedos, escuchan el pensamiento, la mirada, escuchan el hígado, los riñones, escuchan los tobillos y la próstata. Somos una tienda de relojes, por dentro, cada reloj dando su hora, marcando su ritmo, trabajando con su minuterero, como un insecto o un hombre de las minas. Estamos llenos de relojes interiores, el cuerpo no es que sea relojería, sino que «es una relojería». Ahora, en el reloj de la aorta hay un soplo (yo diría que lo ha habido siempre), más un ateroma, la edad, claro, la media edad, ni Dante ni hostias, nada de la mitad del camino de la vida, no hay mitad ni hay camino, te mueres cuando sopla el soplo, no se preocupe, no es lo que usted piensa, lo llamamos así, pero no es el soplo/soplo, pues claro que no, faltaría más, forma parte de la minuta (sin nota, por los impuestos) el tranquilizar al paciente, cuando primero se le ha asustado, es un juego casi femenino, casi freudiano, de mostración y ocultación, donde lo que se muestra y oculta es nuestra muerte y nuestra vida ¿y para el mareo?, para el mareo valium, claro, valium, yo tenía que hablar en un cóctel esta tarde, pero estoy muy mareado, todo se arreglaría con un valium, pero no me decido, en el cóctel habrá *whisky*, no puedo o no debo mezclarlo con el valium, llamo por teléfono y pongo voz de enfermo (hay que poner voz de enfermo incluso cuando realmente se está enfermo: de todos modos no se lo creen y se cabrean, que les den por retambufa, que a lo mejor les gusta), me tiendo en la cama, como antes en la camilla de cuero negro del médico, viajo en mi mareo como con un buen has y todas las posibles mujeres del cóctel, multimillonarias sudamericanas vestidas de negro y con guantes rojos cortaditos por la muñeca, nietas de dictadores y tiranos invictos de sangre y mierda, folklóricas de percal y mentira, bellísimas actrices venidas de Pompeya a la mediocridad de un teatro madrileño con pasillos intestinales donde los camerinos huelen a retrete y los retretes huelen a camerino, en fin, en fin, eso es lo que te has perdido, cabrón, por el jodido mareo, polvo seguro esta noche, con una o con otra o con otra, la judeoargentina Rita Hayworth (se parece un poco), la folklórica —la folklórica no, horror, aceite y grito—, la actriz pompeyana, como la madre de todas mis precarias humanidades, el griego y el latín en nuestras lenguas entrealocadas, entreanudadas, la pompeyana de Segovia o de Ávila que da un amor como de cuñada, incestuoso sin incesto, blanco y ancho, abundante y panificado. Pero el laberinto, ah el edema en el oído interior, la estimulación del laberinto (quizá por el *whisky* de la mañana), el mareo, el viaje, el valium al fin, como la hostia diminuta del cielo inmediato y encalmadísimo, una hostia como un botón verdeazul, y con receta, una hostia con receta, o sea que las mujeres del mareo (cóctel lejanísimo, que se está celebrando sin mí en algún bar de Madrid) han dejado de viajar en barco, se han apeado y ahora están sentadas en mi dormitorio, las sillas contra la pared, como vuelven a llevarse, las visitas contra la pared, pero el valium relaja, adormece, anula la potencia/impotencia sexual, no puedo proponerle nada a ninguna de ellas, cierro los ojos y vuelve ligeramente el mareo, casi como una nana, abro los ojos y ellas se han ido, de pronto (uno se mareo más con los ojos cerrados, pero ve más cosas), estoy solo en el dormitorio, en la alcoba, antes se decía alcoba, pero esto no es una alcoba, ni italiana ni nada, prefiero cerrar los ojos, la fiesta me rodea, la nieta del dictador americano, lujoso de sangre, se ha quitado la chaquetilla de cuero negro y se inclina sobre mí con sus senos condescendientes de madura delgadísima, la folklórica me trae ensalmos y santolios de su Hondo Sur, hondosur, la actriz me comunica por las manos y la boca su frialdad confortable de estatua romana, la paz de su voz ronca, el lujo de su perfil, ah las mujeres cuando no se las folla uno, qué sedación la suya, pero el soplo, el soplo, me tomo el pulso a tientas, no necesito

hacerlo, sopla en el corazón, como el mar de Neruda, siempre con el lirismo, mierda, mierda, barcarola y mierda, que te vas a morir echando versos.

Rita, la llamaremos Rita, por su parecido con la otra, la sudamericana/suramericana, me lleva a veces a fiestas en casinos que son todo un siglo XIX con doble escalinata de mármol para ascender a los números romanos de aquel siglo, de cualquier siglo, que los números romanos son cosa de frontispicio, y yo voy con mi soplo y mi mareo, con mi edema en el oído interno, con mi ateroma en la aorta, con todas mis enfermedades, muertes minuciosas que trabajan en el tejido general de la muerte, hasta tenerlo completo, como un sudario interior a uno, como el sudario por dentro, que es el que ya llevo, y todo me lo cura Rita con el *whisky*, me vas a matar a *whisky*, Rita, amor, chivas, toma otro chivas, el primero me lo tomas seco, a modo de *shock*, el segundo con agua, el tercero con hielo, para ir refrescando, y el casino se incendia de oro y de mujeres, mujeres como antorchas, la mujer no es nada más ni nada menos que la antorcha perdurable y fugaz de la vida, con su cabellera de llama, como la de Rita, todo el pasado siglo se desploma desde la lucerna oscura y grandiosa, somos como una tropa elegante, unos anarquistas finos que hemos entrado a saco en la historia y sus capillas de fornicación y reseda, los banqueros se despeñan por la barandilla más alta y mueren sobre el espesor de las alfombras alfonsinas, entre los pies de intelectuales mal calzados y los zapatos rojos de marquesas un poco putas.

Un vendaval de *whisky* ha borrado los cuadros oscuros de un Ribera/Rivera (aquí tenemos de todo, con be y con uve), o les ha quitado la mierda negra de las gallinas de otro tiempo, y aparecen pálidos obispos preguntando por Valdés Leal, integrados en seguida en la fiesta del centralismo, que no cesa, mientras los caballeros de esmoquin y las damas con pechos de peluquería se resguardan del temporal entre columnas, bajo las mesas de billar o en los cenadores más íntimos, haciendo hogueras de sexo y oro, de champán y cuerpos llameantes, es la toma del Palacio de Invierno por una aristocracia que sólo quiere matar del susto a la anterior, es la Revolución inversa de la juega, y Rita me lleva de la mano (me ha llevado, me llevaba, me llevó), por entre tanta confusión, hasta que mi cabeza mareada pesa y posa entre sus tetas delgadas, y mi soplo aórtico se encalma, como un Adriático en un golfo, contra su corazón sin soplo, contra su inexistente corazón judío, americano, español, francés y de tafilete rojo.

El casino tiene la misma forma espiral de mi laberinto estimulado, y por eso me marea mirar el casino, preso yo en un juego de laberintos, el diminuto laberinto de escaleras de mármol, juguete en los espejos, y el inmenso laberinto de mi oído derecho, una hermosísima y loca y sonriente espiral que llena el mundo, o cuando menos este tresillo donde descansamos, Rita, amor, perdona la ausencia de la otra noche, estaba muy mareado, ya sabes, y sácame de aquí, es muy aburrido, Rita me coge de la cintura y me lleva, escaleras abajo (nos besamos en algunos rellanos) hasta la calle, amplia, mojada, nocturna, un viento que arrastra tras de sí todo el cielo, se lleva el mareo, enfrente está el largo coche de Rita, casi como un automóvil empalmado a otro, blindado, gris, con el mecánico al volante, rígido, pero baja a abrirnos la puerta y nos lleva a cenar a la parte más honda de la ciudad, donde los jamones se pulsan como guitarras y otras guitarras orinan en gotas para el turismo, orinan España y esas cosas.

El mesón es una fiesta de pan, está como iluminado por el pan, que resplandece en las cestas y en las mesas, recién hecho, pan de madrugada, panificadoras cercanas, pero a la mesa tenemos a la folklórica de cuando entonces y a una cómica que es como la sustitución espantable de la otra, de la romana, que me da miedo porque es y no es, trato de hablar con ella y no entiendo lo que me dice, como en los sueños, y la folklórica moja pan en el vino y yo mojo pan en el vino, es una cosa que tiene algo de misa, esto de mojar pan en el vino, hasta que Rita y yo conseguimos un pequeño aparte, compartimos una sopa de ajo, buena para el corazón, mala para el aliento, y de

vez en cuando le beso un pómulo como un as de picas, o la dulce greda del escote, entre los senos, o su mano, una mano de anillos (osamenta de anillos), coge mi mano y nada más. El mareo de aquel día y aquel soplo tan fuerte, o quizá sea ahora, desde el interior/caracol de mi laberinto, cuando estoy recordando el futuro, las fiestas y las cenas adonde me llevará Rita, hasta acabar en la fornicación dentro de su coche, entre cadáveres de toreros a la espalda de un chófer impasible, imposible, plomo quieto y fornido, indiferencia y espera y franela en estado puro.

Estoy en la cama, sigo en la cama, en mi cama, en mi casa, con el soplo, y hay hombres desconocidos, entre el gris y el marrón, entre transportistas y forajidos, que pasan por delante de mí, alguno me da los buenos días vagamente, de perfil, y la casa se va llenando de otras casas, lámparas, consolas, sillones de un mimbre de lamento humano, butacas como señoritas solteronas y repatriadas, pianos de sombra, cajas de libros, quinqués que son como los dandies de la luz, insufribles mecedoras donde se acuna la nada, o el peso y paso del tiempo, bargueños que quizá me han embargado en otra vida que recuerdo mía, pero remota, muñecas que empiezan a tener la dignidad de la muerte, cuando siempre estuvieron muertas, copas que suenan como esquilas de un rebaño de ovejas o de cabras —ah si fueran cabras— que deben andar ramoneando por el comedor de la mesa de clavos, cuadros que ganan vistos por el revés, cuando dos hombres cruzan mi dormitorio llevándolos a no sé dónde, largas alfombras enrolladas como arropados cadáveres egipcios (dentro de alguna veo el muerto), y armarios altos de hombros, más incómodas cómodas. Es como un barco entrando en otro barco.

Es como si todas las cosas que he tenido, fundado, fundido a lo largo de mi vida, retornasen a mí, traídas por una tempestad de hierro (Ernst Jünger), o de acero, todas las casas, sí, han venido volando, con la ligereza de sus muebles finos, en alas de biombo ciego, o caminando pesadamente (los armarios), como los frankenstein de la mudanza, los muebles que tuvimos, las casas que pusimos, Rita, Rita, todo retorna a la hora del soplo, desde su siglo y su anticuario, no desde mi siglo, a abrumarme de confort excesivo y podrido, de ebanistería funeral. Rita, Rita.

Un barco entrando en otro, sí, ocho o diez casas entrando en ésta, ahogando su amplitud, tapando las luces del día, la luz vinácea y femenina de la parra virgen, que veo desde la cama en el jardín, que por las mañanas es un Niágara de sangre y por las tardes es un órgano en llamas. Esa luz en otoño, en este otoño, pone un clima de fiebre en mi habitación, el soplo, el soplo, por qué retorna todo ¿será esto la muerte, esta mudanza?, y cuántos sentidos (algunos muy clásicos), de repente, en la palabra mudanza, sin comillas, *please*, de qué matrimonios, divorcios, separaciones, rupturas, de qué vidas truncadas, que dicen en las novelas con planteamiento/nudo/etcétera, me viene todo esto, resaca de pantallas con galón de oro, altamar de relojes que son ya relojes de barco, en el naufragio de esta mañana, el soplo, el soplo.

—¿Podría mover un poco ese armario? —le digo a un hombre gris/marrón, con mono azul de trabajar en otra cosa.

—Ese armario está ahí bien.

Es un hombre al que yo diría que conozco de nada, que no conozco de todo, lo encuentro envejecido, aunque no sé cómo era de joven, tiene una cara oscura y grande, triste y vengativa, tiene aún algo de pelo plata falsa en las patillas y en el cuello, melenita de artista, casi.

—Es que me quita la luz de la ventana ¿sabe?

—Ponga la luz eléctrica.

Iba a decirle que no es lo mismo, que lo que yo quiero es la luz de la parra virgen, el reflejo vináceo del sol que no hay en el alto emparrado vertical, pero no me atrevo, me parece una cosa como lírica, una de esas cosas que no se le pueden decir al pueblo, ¿es este hombre el pueblo? Sea como fuere, el pueblo ya se ha ido. Me levanto

despacio, cierro mi puerta por dentro, trato de mover yo el armario. Imposible. No es el soplo, no, es que el armario está ahí, aunque acaban de ponerlo, tapando la ventana, como ninguna cosa humana ni divina, porque la tierra gira, el universo gira, nada se está quieto, sólo algunos armarios del pasado tienen la inmovilidad espantable de su inutilidad, abro el armario, está lleno de cosas, algunas caen al suelo, rebosan y rebasan, juguetes, ropas de invierno, de qué invierno, fotografías, aperos de cocina, aperos de labranza, aperos en general, vuelvo a cerrarlo, no sin dificultad, vuelvo a la cama, alguien, el primero o la primera que venga a verme, me ayudará a mover el armario, o le prenderé fuego, sí, eso es fácil, puedo hacerlo yo mismo, un hermoso fuego que será como la parra virgen dentro de la habitación, luego lo apago con mantas, aunque me pregunto si, tras el resplandor de la hoguera, no me resultará pálida y sin vida la parra. O sea que me la han matado de todos modos. Pero quemaré una cosa cada día, eso lo permite el soplo, tendré una parra de llama, un otoño vertical y renovado, cada día, para mí solo, en cuanto se vayan estos tipos, que ahora parecen quietos, no les oigo. Me levanto desnudo y envuelto en una sábana, que arrastro, me arriesgo en los pasillos, miro por los espejos y veo grupos de hombres maduros y cenicientos que duermen sobre las alfombras que ellos mismos han traído y extendido, un ebanista roncando sobre Bizancio, y restos de comida entre las patas de los muebles, mesillas infantiles, mesillas como infantitas muertas y feas, como de un Velázquez mejorado por Barjola, residuos de comida, huesos, latas, media tortilla de patata que de buena gana le robaría al proletariado y me comería en la cama.

Un barco entrando blandamente en otro barco. Una casa, cien casas entrándose en mi casa, así retorna el mundo, se conoce, así vuelve la vida, debe de haber un sindicato, algo, de gentes dedicadas a devolverle a uno su pasado, una empresa de mudanzas que nos muda de vida y de camisa, que nos muda hacia atrás, que lo hace mal, o bien. Al fin robo el platito, que es de estaño, me voy con la tortilla de patata, vuelvo a cerrar por dentro mi cuarto, echo la aldabilla y, sentado en la cama, me como la tortilla de los pobres. Sabe a mineral y mucha patata, sabe a tortilla y sindicato, sabe que da gloria. Dejo la escudilla, ¿será esto una escudilla, hay escudillas en algún sitio, aparte de las novelas de los clásicos?, debajo de la cama, y me duermo yo también, con un sueño tranquilo, digestivo, en una felicidad de soplo encalmado y tortilla de patata.

—Para el soplo, ansiocor, macho, mucho ansiocor.

Me despierto sin sobresalto, paso del sueño a la realidad, o a la inversa, como de una habitación a otra, sin reminiscencias, y delante de mi cama está Berrendero, con su pelo tieso, sus gafas negras de espejo, su uniforme de rockero falso, maduro, viejo, su delgadez, la delgadez del pico, y su navaja en la mano, que abre y cierra (puntos suspensivos metálicos del sonido del cierre).

—El ansiocor lo guardo yo para la sobredosis, Berrendero. Una muerte dulce. El corazón embarrancando en el mar como una flor amarilla que las olas dejan en una roca. Pero no voy a hablarte ahora del ansiocor, de la muerte por ansiocor, que tengo que escribirlo en un libro, en este libro.

—Ya veo que por fin has amueblado la casa. Algo me llevaré, tienes de todo.

El armario arroja ahora una sombra geométrica y excesiva sobre la habitación, tapando la luz de la parra roja, que, por otra parte, a esta hora ya no debe de tener luz. ¿A qué hora?

—Vengo a enterrar un puercoespín en tu huerto.

—Primero tienes que ayudarme a mover el armario. Lo han dejado ahí. O mejor lo quemamos. ¿Te parece?

—Sí, vamos a quemarlo. Eres genial, como siempre. Yo hago lo que puedo con el pico, pero tú eres genial porque te vas a morir.

—Pues manos a la obra, que dicen en las películas. Hay que prevenir mantas para luego. Vete buscando mantas por la casa.

Me levanto arrastrando mi sábana/clámide, como un griego de la carretera de La Coruña, y busco en el garaje. Ya está, la gasolina huele a velocidad y a grito, el dunhill de oro debe de ser de Rita, yo no fumo, ya se ha dicho, o quizá no, Berrendero ha traído mantas y la vieja madera arde por los pies enanos, pies odiosos de bestia inmensa, la madera marrón pintada de claro, la madera clara pintada de oscuro. Berrendero da con un hacha, el hacha de la leña, en los costados del armario, y metemos el fuego dentro. El coloso en llamas. Ya lo has jodido con tu cultura cinematográfica. El armario arde de abajo arriba. Es la parra de fuego que revienta de chismes, las puertas se entreabren como movidas suavemente por una mano de llama, el incendio arroja fuera abrigos del pasado y paraguas como avestruces negros.

Berrendero y yo, con las mantas preparadas, nos sentamos en el suelo a mirar la estatura natural del fuego, que va de abajo arriba, al revés que el agua, ¿y por qué?, es una pregunta que se haría un aristotélico del siglo XIII.

Berrendero tiene un pasado de música y palabras, un descapotable blanco y viejo, como una barcaza que hace agua, y que él conduce durante toda la noche, sin destino, y lo blanco del coche, con la velocidad, se va tornando azul, morado, verde, rojo, amarillo. Berrendero tiene una casa vacía, con gran puerta de Churriguera, más los *graffiti* de los amigos que le dejan sus notas a navaja. Berrendero va por la carretera recogiendo las aves que caen del cielo y los puercoespines que aplasta en la autopista, sin querer. Se pega el puercoespín al corazón, mediante la propia sangre de la víctima, llora siete minutos, se hace un porro/trompeta y sigue viaje. El armario es ya una catedral gótica de llamas, el fuego es lo que habría que salvar de los fuegos, pero olvidamos a Cocteau, cogemos las mantas y las echamos sobre el sensurround.

Todo es ya chamusquina, humo y los ronzales negros de la muerte, que han perdido el caballo de la vida.

—Vale, gracias, Berrendero, enterremos el puercoespín.

Dejo caer la sábana, voy desnudo al garaje y me pongo la ropa del jardinero. En mi trayecto he comprobado que los hombres grises, los tripulantes de las otras casas, ya se han ido. Hay restos de pollo y alguna aceituna en actitud de cucaracha, sobre mi interior Constantinopla. El desorden de los muebles se va tornando vagamente racional por sí mismo. Basta dejar las cosas quietas para que se vuelvan razonables. Esto sigue siendo un caos, pero un caos que medita.

Berrendero ha metido el coche en el jardín. El jardín está atardecido, diciéndose palabras de sombra a sí mismo. La parra virgen quiere aún triunfar, como una soprano vieja de manto rojo en un teatro ya apagado.

—Aquí vamos a enterrar el puercoespín, Berrendero, junto a la parra roja.

Berrendero se abre la cremallera de la cazadora negra, de cuero, se levanta la camiseta de IBM y se despega del pecho el puercoespín, que lo traía sobre el corazón (yo no había reparado en el bulto), y le deja sobre el pecho sin vello un perfil de rata entrañable delineado en sangre. Es como si se hubiese sacado el corazón para enterrarlo. Trabajamos con las herramientas del jardinero. Hacemos un hoyo pequeño, entrañablemente pequeño, dulcemente pequeño, para el pequeño ser. Tomo el puercoespín de manos de Berrendero y le miro los ojos reventados, le beso el hocico mínimo, aprieto levemente su cuerpo, su muerte pequeña y todavía caliente, le paso un dedo por el rabo y se lo devuelvo a mi amigo para que lo entierre él. Lo hace despacio y con cuidado, como si el bicho fuese de porcelana. En el fondo del hoyo, parece recién desenterrado, más que recién enterrado. Lo cubrimos de tierra hasta tener un pequeño montículo (siempre sobra más tierra de la que se ha sacado, aparte del tenue volumen del puercoespín).

Berrendero se sienta encima de la tierra, con las piernas cruzadas. Dice que el puercoespín, a través de la tierra removida, perfumada, otoñal y fresca, le transmite buenas vibraciones que le entran por el culo. Yo me siento a su lado. El jardín ya no es

más que un rehén del cielo negro, una mínima provincia de cualquier constelación, un pequeño orbe de matemática, giro y podredumbre.

—Oyes, Berrendero ¿y en qué se diferencia un puercoespín de un erizo?

Berrendero ha encendido un porro, que me pasa, y la estrellita viva viaja de uno al otro.

—Pues un puercoespín es un puercoespín y un erizo es un erizo. Está bien claro.

—Tienes razón. Está bien claro.

Rita encima de mí, Rita a caballo sobre mí, dentro del coche empalmado, Rita de cuero y entrañas rosa, que no soy una ninfómana, te lo prometo que no soy una ninfómana, pero me excitas, es que tú me excitas, todo ocurre a espaldas de la franela de plomo (un plomo de franela) del mecánico/guardaespaldas. Estoy casi tendido en el asiento trasero, Rita me ha bajado la ropa, sus pómulos de as de picas se pronuncian extremadamente cuando ella succiona, el fuego otoñal de su pelo, pariente de mi parra virgen, me acaricia las rodillas desnudas, sus pechos delgados y maduros andan entre mis piernas, como dos gatos sin pelo, como dos lechoncillos contentos. A Rita le gusta hacerlo así, con el coche parado en una calle céntrica, entre los grandes Bancos, bajo una madrugada intermitente, junto a semáforos muertos, árboles de hierro que dan repentinas cosechas ámbar, verde, rojo, para recolectarlas en seguida, a Rita le inerva (no me escribáis *enerva, please*, que es todo lo contrario) la provocación, el escándalo, el peligro, y tanto que peligro, la ráfaga de plomo que llueve contra el coche blindado de su suegro, los que quieren, como siempre, matar al viejo dictador (ex) sudoca/sudaca, el soplo, el soplo, quieto, no ha sido nada, siempre lo intentan, el chófer no se ha movido, se ve que está acostumbrado, sólo una leve subida y bajada de su visera, que veo en el espejo, me revela que ha fruncido un poco la frente. Y es cuando Rita, excitada por la muerte más que por todas las otras excitaciones/incitaciones, me cabalga con sus piernas desnudas y delgadas, como un polvo de arroz francés que halaga la braña/breña de mis propias piernas, y el cuero negro y rojo de su ropa me huele a auténtico, veo el Banco Español de Crédito a través de una galaxia de estrellas de bala, estilizado edificio fin de siglo, coño, así, así, *mon chéri, mon chéri*, Rita hace el amor en francés, todas las mujeres hacen el amor en francés, sólo se hace el amor en francés, como la diplomacia (en otros tiempos), o como la cultura se hacía en latín, como la medicina se hace hoy en inglés, el médico me tiende en la camilla de cuero negro, o de plástico negro, seamos sinceros, me toma el pulso, me ausculta el pecho, el soplo, el soplo, me somete al electro y mi corazón, buen caligrafista, va dibujando en el papel inmenso y apaisado un código rojo, varios renglones a la vez, una armoniosa escritura con algo de musical y algo de veredicto. De modo que mi única obligación, ahora, es apretar los glúteos y mantenerme erecto, Rita se ha clavado profundamente en mí, hay que aguantar, esto de las mujeres es una cuestión de aguantar, llevas toda una vida aguantando, cabrón, con soplo o sin soplo, esto es el soplo, mire usted, me explica luego el doctor, está bien claro, cuando la escritura roja (como si el corazón escribiera con su propia tinta) hace una *ele* alta, parece que quiere escribir una *ele* o una *te* o una *be*, una letra elevada y airosa, pero eso no conviene, por lo visto, el corazón debe ir despacito y buena letra ¿qué escribe mi corazón en esta falsa caligrafía ilegible, que sólo de lejos parece escritura, qué me dice mi amigo/enemigo hablador, escritor y sin idioma, de qué me avisa, qué coños me cuenta? Así, amog, así, yo aguanto el soplo y la erección, primero morir en el trance que dejar a una dama defraudada, Rita se derrumba en cada orgasmo, lo cual me permite descansar un poco, mi corazón se derrumba después de cada extrasístole, lo cual me trae el descanso definitivo de una premuerte pequeña y feliz.

—¿Tú crees que pasarán otra vez?

—Quién.

—Los de los juguetes.

E indico con la cabeza las estrellitas blancas y simétricas de las balas.

—Oh, no, amog. Pero ello da igual, amog.

Me irrita a veces la sintaxis castellana de Rita, si es que a eso se le puede llamar sintaxis. Otras veces me gusta, como ahora, de modo que tomo sus finos glúteos en mis manos, pequeños y como satinados de papel japonés, y la aprieto contra mí, mientras el electro sigue fluyendo de la máquina, palimpsesto impecable en dóciles dobleces, los líquidos vaginales siguen fluyendo de Rita y el fuego sigue fluyendo de la

acera de enfrente, los cabrones han vuelto, los cabrones.

Qué hermosas naranjas de fuego fructuaban en la acera de enfrente. Y luego, las estrellitas casi navideñas, escarchadas, en el cristal del coche, junto a mi sien (al coche le recambian los cristales antibalas todos los días). Ahora (alguna orden de Rita) el coche se desliza lento por la ciudad, toma calles inesperadas, huyendo blandamente de los asesinos (a quién se le ocurre tener amores con la nieta de un dictador latinoché), y Rita, momentáneamente agotada, o agotada para siempre, se desliza sobre mí, es el momento de atacar a fondo, de coger aire en los pulmones y fornifollar hasta el alma fucsia y puta de una mujer, de cualquier mujer, este alarde las asombra y despierta cuando ya se han satisfecho solas, amog, amog, y entramos por un revés de ciudad que conozco y desconozco en la noche, un, dos, tres, el extrasístole, un, dos, tres, el extrasístole, eyacular en lo profundo de una adorable mujer sin profundidad, amog, amog, y al fin cerrar los ojos, ya he cumplido, bueno, pues ya está, tiene usted lo de siempre, el soplo está controlado, vístase (me subo un poco la ropa dentro del coche, Rita duerme en mis rodillas), el médico es un hombre gris y elegante, asequible y dulcemente antiguo, explicativo y tranquilizador, alto, no demasiado, con la melena gris y escasa del gran sabio que pudo ser y no es, quizá, pero sí para uno, que ha puesto su corazón en las manos oscuras de este hombre, en su viejo aparato de hacer unos electros como de telegrafía primitiva. Paramos en una plaza en cuesta, llena de luna y declive, ¿dormimos aquí un poco, amog?, el gran coche queda oculto en un cartapacio de sombra, en un cartabón de noche, la plaza es un poco Chirico, a esta hora, pienso antes de dormirme, y dormimos los tres, el chófer sobre el volante, sin roncar por respeto a la señora, la señora sobre mis rodillas picudas de Cristo de Velázquez, y el señor, o sea yo, transitorio señor de una noche, o de varias, o de las mil y una noches, con la cabeza para atrás, inclinada a la derecha, el soplo en calma, el electrocardiograma finalizado y la sien refrescada y bendita por una estrella de bala, plata y fuego que hay en el vidrio grueso, navidad, navidad, dulce navidad.

El blanco, lo blanco, la blancura, la blanquinosidad, lo blanquísimo, lo blanqueado, el blancor. Francisco Tomás es pintor, tiene el estudio en el piso catorce de un rascacielos redondo (sólo oficinas, aunque lo suyo no sea una oficina) y lleva toda la vida (la vida que yo le conozco, unos cinco años) haciendo el mismo cuadro, que no es un cuadro, sino una persecución sañuda y fantasmal de lo blanco. Aquí estoy, en su estudio, sentado sobre un arca, comiéndome una manzana a mordiscos, entredurmiendo lo que no dormimos anoche en el auto empalmado de Rita, y mirando el huevo blanco que fabrica Francisco Tomás.

Francisco Tomás es así como de mi edad, un viejo amuchachado, quizá un poco bajo (o quizá sea que pinta cuadros demasiado altos [tres por tres metros]), que se está quedando calvito por detrás, aunque él haga como que no lo sabe. Es la tonsura que nos va otorgando a todos el ángel de la vida, el Nuncio de la muerte y de Su Santidad, que vive en la calle de Sacramento, me parece, Tagliaferri o así, Francisco Tomás nunca pintaría un Nuncio. Francisco Tomás sólo pinta lo blanco, el blanco, la blancura, pero el Nuncio no está aquí de más, pues yo sé que el Nuncio (si no éste, otro anterior) era o es muy amigo del abuelo de Rita, como de todos los señores presidentes latinochés que se refugiaron en los predios de Franco cuando de su país les echaba la revolución u otro señor presidente (son recambiables, usar y tirar) designado por la Casa Blanca, que ése es el blanco que persigue Francisco Tomás, el blanco/blanquísimo de la Casa Blanca.

Francisco Tomás, de espaldas a mí, pinta de puntillas las partes altas del gran lienzo cuadrado, está en calcetines, calcetines a rayas, calcetines de chiste, con el hilito en la punta y todo, aunque luego se pone unas de esas almadreñas (me gusta llamarlas así) que llevan en los hospitales los médicos y las enfermeras que me cuentan el soplo, unos coturnos clínicos de madera y cuero negro, sin talón.

El abuelo —¿abuelo o suegro?— de Rita, nada más venir a la Madre Patria y conocer a aquel Franco que había, preguntó por el Nuncio, e iniciaron relaciones financieras, la teología de la liberación y eso, la Banca romana, el abuelo de Rita iba por las tardes a tomar chocolate con soconusco a la Nunciatura, calle de Sacramento, me parece, como ya he dicho, al costado galdobarojiano de la ciudad, el prelado con alas y el dictador con cartucheras de sangre, dos afables ancianos, pero luego al Nuncio lo cambiaron, o se murió, y el Generalísimo también se murió de muerte natural (y la izquierda contenta como si le hubiese asesinado), y es cuando los revolucionarios y terroristas exiliados de la banana republicanera de Rita empezaron a perseguir y tirotear el coche del viejo por la ciudad, pero el coche siempre lo usaban Rita y sus amantes, que el anciano guillotinator se paseaba a pie, desconocido, particular y peatonal, por las zonas tranquilas (pocas) de la ciudad, como un jubilado, y lo era, jubilado del oficio de matar. Había descubierto, de pronto, que se puede quitar uno de la muerte como del tabaco.

El blanco. El blanco son sábanas de hilo popular secándose al sol. Lo blanco. Lo blanco es un monje de Zurbarán cuando nadie lo mira. La blancura. La blancura es «del tamaño de la nieve». La blanquinosidad es lo blanco con niebla, lo blanquísimo es un anuncio, y un superlativo, lo blanqueado es una pobreza digna, el blancor, en fin, es un ángel de William Blake que se ha escapado de la Tate Gallery y se está beneficiando a una turista suiza en unos retretes de Picadilly, dejándole en la boca ese punto de sal que los ángeles de Blake llevan en la lengua.

Por todos estos blancos ha pasado Francisco Tomás, que a veces se vuelve y me sonrío con su cara de eterno estudiante:

—¿Quieres otra manzana?

—Mejor un *whisky*.

—Tienes razón. Un *whisky*. Va bien para tu soplo, es vasodilatador.

—Si me lo vas a dar como medicina, no me lo tomo.

—Lo voy a tomar yo contigo.

—Vale.

Pero más que el *whisky* vasodilatador y más que nada, lo que me cura el soplo es venir al estudio de Francisco Tomás y mirar el blanco, los blancos que él está pintando siempre, mayormente por las mañanas, «por la tarde no se puede pintar lo blanco, por la tarde la luz está ya podrida, según Einstein, rojiza, llevo toda una vida, tú lo sabes, persiguiendo lo blanco de lo blanco, y cuando creo que lo he conseguido y me acuesto a dormir tranquilo, aquí en el suelo, resulta que no, porque, al despertarme, he soñado otro blanco más resplandeciente, y el blanco de mi último cuadro está lleno de azules frívolos y rosas lujuriosos, que todo eso aflora debajo de lo blanco, si se sabe mirar y ver».

—Como un gángster ensangrentado asoma debajo de un Nuncio —digo.

—¿Qué?

—No, nada, que traigas el *whisky*.

Lo blanco, decía, el blanco, la blancura que va fluyendo de su brocha, los muchos cuadros blancos que hay en su estudio, ése es el mejor aire que respiro con los ojos, lo que me sana la aorta, lo que me seda, tranquiliza y salva.

—Al monje blanco de Zurbarán le sobra el monje —dice Francisco Tomás.

Y cosas así. Él quiere conseguir lo blanco neutro, con el artículo neutro, sin monjes. Yo vengo aquí (el ascensor es suave y lentísimamente vertiginoso), me pongo un *whisky* o busco una manzana, me siento en el arca y miro. Empiezo a respirar blancura, entreduerdo y me curo. Nunca me he atrevido a explicarle al doctor gris y eficiente, gris y elegante, que lo que a mí me cura es lo blanco. Después de una noche como la de anoche, o cuando fuera, entre metralletas revolucionarias y orgasmos de Rita, someto mi corazón a la blancura balnearia de lo blanco.

Vengo, sí, al estudio de Francisco Tomás como a un balneario del cielo (el piso catorce ya es el cielo). Y el caso es que Francisco Tomás vende un cuadro de vez en cuando. Los hace de todos los tamaños, siempre blancos, siempre cuadrados, y sus blancos han empezado a cotizarse, aunque él dice que los clientes y los galeristas se llevan mierda, «no se llevan más que mierda, un blanco sucio como una nieve pisada y orinada por un caballo, ahora es cuando voy a conseguir el blanco blanco». Ah. Un Nuncio de sombra y un dictador latinoché, condecorado de sangre, traman algo por detrás de lo blanco. Puedo verlos transparentándose en el lienzo. Unos terroristas revolucionarios y latinochés tratan de matarnos a Rita y a mí por detrás de lo blanco, sin saber lo que matan ni a quién matan. Lo veo todo en el lienzo blanco como en una pantalla de cine. Pero Francisco Tomás, tras tomarse el *whisky*, está generando un blanco que no es el blanco/semén de otras veces, sino la blancura que hay interior y anterior a lo blanco. De nuevo, o al fin, un blanco que se respira, un vacío que emana frescor, salud, quietud.

Francisco Tomás va y viene con sus chanclos, en mi sueño, recorriendo las dimensiones del cuadro. Quizás anda por la pared para pintarlo todo mejor.

Una vez más me he salvado en lo blanco. Soy un convaleciente de blancura.

Que estoy en la cama, con el soplo, mirando la parra virgen y vinácea, llena de la luz amembrillada de un otoño como un siglo, y ha venido a verme Enedina, que tiene trece años y es esa ninfa constante que siempre aparece y desaparece en la vida de uno.

Enedina viene en bicicleta, por los caminos de octubre, y me trae unas orquídeas (parece que la palabra procede del griego y es un derivado de «escroto»: las ninfas son eróticas sin saberlo) y unas liebres que ha matado su padre, ahora que se ha abierto o se ha cerrado la veda. La bicicleta de Enedina es rosa y, de lejos, caída en el jardín, se diría hecha de carne femenina. «Una bicicleta desnuda», se me ocurre pensar. Enedina es la Caperucita Roja de este cuento, pero uno ya no es ningún lobo. Uno, más bien, va siendo ya la abuelita.

—Que dónde pongo las orquídeas.

—Tú sabrás. Por ahí. En agua. No sé si las orquídeas llevan agua.

Enedina es bella, rubia y cantábrica. Tiene el cuerpo de la niña que es y las manos y la cara muy hechas, de mujer. Pero yo estoy con el soplo y, además, uno ya no es un menorero, aunque lo fue, y, por otra parte, estas cosas siempre tienen peligro.

—Te voy a hacer un poco la cama.

—No, deja. Es que hoy prefiero no levantarme. El soplo.

—No necesitas levantarte.

Y Enedina echa para atrás la ropa y quedo desnudo como un Cristo de cincuenta años (qué cosas habría dicho Cristo a los cincuenta años), y mi soplo es mi llaga del costado, mi estigma. Pero Enedina es una niña hacendosa y parece no reparar en mi desnudo. Me estira un poco las sábanas y luego se va a poner orden en la casa.

—Esto, de pronto, se te ha llenado de muebles y cosas que no parecen tuyas.

—Quema lo que quieras.

No le cuento que Berrendero y yo ya hemos quemado un armario.

—¿Y toda esta ceniza, en el suelo?

—El otro día, un amigo y yo, quemamos un gigante.

—¿Un gigante?

(Uno cree, todavía, que a las niñas hay que hablarles de gigantes y cosas así).

—Eso, un gigante. Andaba por el jardín comiéndose las ciruelas más altas, adonde sólo llegan las urracas.

—¿Y mataba a las urracas?

—Pues claro. Los gigantes siempre matan alguna urraca.

—Qué miedo.

—Hale, barre un poco al gigante.

Y Enedina trae una escoba y barre. Ya se me había olvidado que era un armario. ¿Era un armario?

Enedina suele venir por los hondos caminos del estío o por los tostados caminos del verano, en su bicicleta rosa y desvariante. Enedina siempre me trae cosas: margaritas, libros escolares, muñecos, botellas de leche, bolígrafos, conejos muertos y hasta conejos vivos. Una vez me trajo un hámster, que es el bicho heráldico de su generación. Al hámster me parece que se lo comieron los gatos.

La vida de un hombre suele principiarse por una mujer como Rita y terminar por una niña como Enedina.

La vida de un hombre nunca se sabe.

De una cosa estoy seguro: de que Enedina será la última criatura que me visite en bicicleta. Quizá venga a mi entierro (incineración, *please*) en su bicicleta rosa. Mientras la oigo por la casa, cambiando cosas de sitio, poniendo un poco de orden infantil y femenino en la conflagración de casas y cosas, miro el racimo de conejos muertos que ha dejado sobre la consola. ¿Son conejos o liebres?

Ahora comprendo que no sé distinguir un conejo de una liebre. Que no sé nada del campo ni de sus bichos, a los que sólo amo teóricamente. Reflejados en el espejo que

hay sobre la consola, galgos o podencos, liebres o conejos, parecen ratas grandes y muertas. No me apetece nada tener esos bichos ahí. Contengo la respiración, porque me huelen a cadáver colectivo, pero me entra el soplo. En cuanto a las orquídeas, Enedina se las ha llevado quizás a la cocina, para ponerlas en agua. ¿Y dónde ha encontrado orquídeas Enedina?

A lo mejor resulta que las ha comprado para mí con sus propinas dominicales. Estos jardines de por aquí no dan orquídeas, claro. Más bien son huertos que dan tomates impetuosos y patatas acérrimas. Entonces me crece la gratitud hacia Enedina y, solo en la cama, mientras ella anda perdida por el caos de la casa/casas, paso de la gratitud al deseo y ordeno las siete maneras teóricas de beneficiarse a Enedina (maneras que jamás llevaré a la práctica) sin daño para ella ni peligro para mí.

A saber:

Se le proporciona a Enedina (o a cualquier menor) un somnífero fuerte y largo, se la viola uno con profiláctico, luego la limpia bien, le pone un camisón y la mete en una camita hasta que se despierte: «No ha pasado nada, que te dio un mareo».

Dos: se asesina a la niña con el cuchillo del pescado, diciéndole que como queda bien la melena es con un corte a cuchillo y, una vez muerta, se la beneficia uno todavía calentita. El cadáver, luego, se arroja a la piscina atado a una piedra, y se cambia uno de casa.

Tres: se le jura a Enedina amor eterno y se la masturba, cosa que, sin duda, ella ya ha hecho por sí misma. De ahí se pasa a lo demás.

Cuatro: se le corta la cabeza a Enedina con el hacha de la leña y se la beneficia uno por el agujero de la tráquea.

Cinco: se ata a la niña a una silla o una cama y se trabaja a gusto.

Seis: se espera cuatro o cinco años a que la niña se enamore de uno, sólo que a uno no le quedan cuatro o cinco años.

Y siete: se penetra a Enedina por toda clase de orificios, excepto el «vaso idóneo» (Torrente Ballester), para que conserve su virginidad y, por tanto, su valor tribal de hembra casadera.

En esto que entra Enedina, con las flores, o lo que sea esa planta griega, en una jarra.

—Ya he puesto un poco de orden por ahí. Los conejos los guisas tú mismo, que ya sé que guisas muy bien. Y a ver si un día me invitas a conejo.

Me da un beso en la frente y se va. Me levanto de la cama para verla irse en su bicicleta rosa, por la ventana, pedaleando como un chico, pero con cierta gracia femenina que tiende a juntar las rodillas. Hasta que los grandes pepinos y los ciruelos estériles de los huertos la devoran. De vuelta a la cama, se me ocurre una octava y última forma para holgar con Enedina: se guisa un conejo a modo, se la invita a conejo envenenado y, una vez muerta, se la trocea minuciosamente —«cadáver exquisito»— para írsela comiendo con tomate y pan tostado, en plan hamburguesa. (Imprescindible frigorífico).

Paso la mañana en el espejo de la gran peluquería del gran hotel, peluquería que está en el sótano (con las piscinas, saunas, salas de masaje, atletismo, etc.). Me veo, mirando desde dentro del espejo hacia la realidad, con el babero del que va a ser afeitado hasta la calavera. Cuando ya no tenía remedio, cuando estaba como atornillado en el sillón, con el babero puesto y el jabón a punto, como esa papilla que se va a tomar el nene (come y calla, que aquí quien habla es el barbero), me ha parecido reconocer al tipo que va a afeitarme. Horror. Es uno de los terroristas que persiguen a Rita, o al coche de Rita, o al coche del abuelo de Rita.

He venido hasta aquí a curarme la barba. Me estaba saliendo ya la barba de enfermo, el soplo, el soplo, esa barba que sale en la cama, y que a mí ya me blanquea por zonas. El tipo y yo nos miramos en el espacio. El tiene la navaja en la mano, brillando como la espada de Federico II. Es un hombre joven, moreno, de nariz respingona y larga, casi un pinocho. Tiene malicia en los ojos y sadismo en la sonrisa, bajo el largo bigote cínico. ¿No es cínico dejarse un bigote tan largo? De modo que no le oculto mi última mirada de víctima, cierro los ojos y espero. Este hombre juraría que me ha reconocido como el acompañante de temporada de Rita (hay acompañantes de temporada como hay abrigos de entretiempo), Rita, «la nieta francesa y puta del tirano», como se que le dicen entre ellos.

Llevo cinco horas con los ojos cerrados, o cinco minutos, amordazado de espuma de jabón caro, sintiendo el filo de la navaja como en las novelas de Somerset Maugham, aquella vieja tortuga que escribía para dependientas, caricaturizado sabiamente por Anthony Burgess en *Poderes terrenales*. Llevo cinco horas con los ojos cerrados, o cinco minutos, y me pregunto por dónde va a empezar el sacrificio, si todo va a ser un corte pulcro en la nuez. Pero no, el tipo empieza por la oreja derecha. Siento que tira de ella suavemente. Sin duda, la ha pinzado con dos dedos. La cuchilla va separando la oreja de mi cabeza higiénicamente, lentamente, con un dolor infinito y muy soportable. ¿Se cortó Van Gogh la oreja derecha o la izquierda? No lo recuerdo ahora. Lo que sí recuerdo es el comentario de Antonin Artaud: «No comprendo para que se ha dejado la otra oreja».

Ya está. La sangre o el jabón, seguramente ambas cosas, hacen gárgaras en el hueco de lo que fuera mi oreja. He oído un ruido leve y blando en la papelera. ¿Habrás tirado mi oreja derecha a la papelera? Espero que no venga un gato a comérsela. Amo mi oreja derecha, quiero que perdure, siquiera sea en una papelera.

Ahora va con la izquierda. El mismo tirón suave, el mismo pinzamiento con dos dedos que me huelen —¿se huele por las orejas?— a nicotina. La nicotina de los terroristas, que son unos tipos que fuman mucho. No duele o duele infinitamente, viene a ser lo mismo. La navaja, «bella de sangre contraria», limpia mi cráneo de una oreja, de la otra oreja, y pienso, con la lucidez del dolor, que nuestras orejas son, efectivamente, una cosa ridícula, de un barroquismo malo, una cosa innecesaria: bastaría un agujero para oír, como lo tienen algunos animales. ¿Por qué esas dos torrijas a los lados de la cabeza?

¿Por qué?

Las orejas son lo que tenemos de marcianos.

Ni pienso en abrir los ojos. No podría, aunque quisiera. ¿Qué es lo que me va a cortar ahora este hombre? ¿Me va a castrar? Me cubro la bragueta con las manos, bruscamente, y luego disimulo el gesto rascándome una rodilla. Pero, de momento, parece que el respeta los genitales. Por los genitales estoy unido a la familia del tirano. Temo quedarme reducido a un tronco sin brazos ni piernas, como esos que salen en las revistas del amarillismo. Pero no. Un barbero tiene, digamos, un cierto derecho a equivocarse y rebanarle a uno una oreja. Entra en el costumbrismo del gremio.

Pero no un brazo o una pierna. Eso no se lo permitiría el sindicato. Es cuando me pinza la nariz, con los dos dedos nicotinados, con las dos ásperas yemas de sus dedos, y

comprendo por dónde va a seguir el sacrificio, aunque guarde las apariencias del ritual barbero, ya que esto lo hacen siempre para afeitarme a uno el bigote (yo no tengo bigote, salvo los pelos que me han crecido estos días en la cama). La navaja corta de arriba abajo. La nariz duele más.

¿La nariz duele más?

Lo que duele es el alma, la conciencia, la conciencia de mutilación. No me siento capaz de abrir los ojos y mirar desde el espejo mi cara, mi cabeza hecha un muñón de jabones y sangres. No hay nada casual. Estos sujetos han espiado mis costumbres, saben que vengo a este hotel a afeitarme, han sustituido a uno de los empleados por un terrorista y han esperado pacientemente mi llegada. Ya estoy en su poder.

«Cierro los ojos y el negror me advierte que no es negror». Veo la rosa mallarmiana en las tinieblas. ¿Por qué hay ahora más negror dentro de mis ojos cerrados?

—Perdone el señor, se ha ido la luz y estamos utilizando un candelabro.

Espanto. Me están troceando a la luz de un candelabro, como en las novelas, como en qué novelas. Las orejas no tienen hueso, pero la nariz sí. Sin embargo, la cuchilla se desliza entre el jabón de la nariz como un trineo entre la nieve. El barbero tira un poco más fuerte de mi nariz, hacia arriba, y ya está, ya se ha repetido por tercera vez (también oí lo de la segunda oreja) el golpe flojo de la piltrafa en la papelera automática, que a su vez tiene un golpe metálico y eficaz. Ya no tengo orejas ni nariz, ya soy un monstruo para las ferias o para quedarme en la cama eternamente. Lo que no siento es el soplo, en cambio. Unos males se llevan otros. Ha vuelto la luz.

Rita ya no me va a besar en las orejas, ni va a introducir su lengua francesa y judía en ellas. Rita ya no va a frotar su nariz, de un judaísmo corregido por no sé qué helenismo, contra la mía, que no tengo. Rita ya no me va a querer, aunque Rita no me quiere. Pero me quiere dentro de su no quererme. Aunque, ahora que no tengo soplo, podre fornifollarmela con más violencia que nunca. Rita no me quiere dentro de su mucho quererme.

Es lo que pretendían estos malvados. Convertirme en una momia mutilada para separarme de Rita. Quizá tratan de secuestrarla, para chantajear al viejo, y yo, en eso, soy un estorbo. Ahora me siento, de pronto, el caballero andante de Rita. Pero un caballero muy chapado por la navaja. Un caballero chapado a la antigua.

Abro los ojos. Me miro en el espejo.

—El señor está servido.

El señor está perfectamente rasurado. El señor es un ente geométrico con dos orejas a los lados de la cabeza y una nariz en el centro. Qué bien pensado está el señor por la madre naturaleza. El señor lo tiene todo intacto. El señor, sin la barba enferma de la cama —la barba que suelen ver Berrendero o Enedina—, es un maduro casi guapo; a quien el afeitado mejora la simetría de la cara.

Me quitan la toalla, me cepillan. Me pongo en pie. Ahora no me atrevo a mirar en el espejo al honesto mancebo de barbería que tan pulquísimo lo ha hecho. Dejo en su mano oscura y nicotinada un vináceo billete de cinco mil, sin esperar la vuelta. Subo a la primera planta del hotel, busco uno de los bares, un *pub*, y pido un chivas solo. Me toco disimuladamente la nariz y las orejas. Me veo completo en los espejos negros del bar. El señor es un Lázaro, un mártir cristiano que ha vuelto intacto a la vida, algo. El señor tiene que celebrarlo con un *whisky* solo y a solas.

Eso, y a solas.

El soplo, el soplo, estábamos en mi dormitorio, en la multiplicación de dormitorios que es mi cuarto, fornifollando a la luz vinácea y octubre de la parra virgen, Rita y yo, y ella me dijo después, cuando ya nos íbamos:

—Que he perdido las bragas.

Las buscamos por toda la casa, por las diversas casas que se adunan en la mudanza, o lo que sea esto, por el retorno masivo de las viejas casas a mi casa. Las buscamos incluso entre los tomates del huerto.

—¿Y cómo eran?

—Unas bragas rojas con lacitos. Casi un tanga. Nada.

—Bueno, es igual, tendrás muchas bragas en casa. No te vas a enfriar por eso.

—Amog, amog, yo tengo un marido y tú lo olvidas.

—¿Lo primero que te mira son las bragas?

—Lo primero, al llegar.

(Deduje que más de una vez había llegado desbragada y me dolió hasta sentirme yo el marido: intolerables cuernos los encandelabrados cuernos del amante).

Vamos ahora mismo al cortinglés a comprarte unas bragas.

(Rita, en la aceleración previa de la cosa, se las quitaba en cualquier parte, las echaba a cualquier sitio).

El coche blindado/empalmado y el mecánico de franela y visera nos llevaron al centro de la ciudad. En los grandes almacenes, Rita empezó a elegir bragas de *boutique* francesa.

Bragas triangulares con flores.

Bragas florales con triángulos.

Bragas góticas, un triángulo isósceles por delante y nada más.

Bragas de señora bien que va al médico a que le vea las bragas.

Bragas fastuosas con grandes firmas que quedaban sobre la ingle, como la cicatriz de la apendicitis.

De pronto se me ocurrió la cosa malvada:

—Rita, me gustaría verte con una braga barata, popular, juvenil, con una braga de obrerita relimpia que se cambia dos veces al día de braga, en los servicios de la fabrica.

—Oh, sí, amog, siempre tan literario, amog.

De modo y manera que nos perdimos en el mogollón de las ropas de saldo. Rita llevaba su vestido de mantilla española, el vestido que se había hecho con un mantón de manila negro, y me excitaba, pese a los trabajos y los días de hacía una hora, imaginarla sin bragas bajo el vestido/mantilla.

Infinitas Ritas (unas veinticinco) en los espejos del probador. Rita desnuda con una braga de viscosilla, Rita desnuda con una braga de percal, Rita desnuda/vestida con una braga de braga, rebajada y todo. Uno, ante todo, es *voyeur*, y me hubiera estado toda la tarde, toda la vida, sentado en la banquetilla del probador, rodeado de infinitas Ritas desnudas —¿unas veinticinco?—, mirando cómo se sacaba y se metía bragas baratas en su cuerpo delgado, crístico y sexual. Hubiera sido una especie de humillación excitante (¿cómo no decir «sádica»?) lo que estaba haciendo con Rita, la judía multimillonaria y francoplatense, pero resulta que ella aceptó el juego con docilidad, con naturalidad, sin pensar que era un juego, sino un esnobismo de su amante, lo de las bragas baratas, y con esto le quitó un poco de encanto a la cosa.

—Bueno, es lo mismo, Rita, cualquier trapo sirve, el caso es que pases la aduana matrimonial. Tu braga aparecerá en lo alto de un almendro y te la devolveré.

Pero a Rita, sin que yo lo advirtiese, le había excitado la imagen de sí misma multiplicada al infinito, el juego de piernas y bragas, de modo que echó la aldabilla y se me sentó encima.

—¿Es que lo vamos a hacer aquí, Rita? —dije espantado.

Pero Rita ya se había sentado encima de mí, cabalgándome, con la falda por la cintura, entre braga y braga hortera. En el probador de al lado sonaba una conversación:

—Este calzoncillo te está grande, Felipe.

—Pues pide una talla menos.

—O un *slip*.

—Déjate de *slip*. Eso es cosa de maricones.

—Hijo, que antiguo.

Rita cabalgaba en la jaquita ferial de mi falo.

—Ni prejuicios ni hostias. Que pidas otra talla.

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas así.

—Me pongo como me da la gana.

Rita había hecho una dulce gola con sus brazos en torno de mi cabeza, besaba una de mis orejas con su boca francesa y me marcaba en la mejilla un as de picas a medida que el placer le iba llegando y su galope se hacía más rápido. El dependiente daba con los nudillos en la puerta de madera hueca y falsa:

—¿Le va la prenda a la señora?

—Un momento, un momento, que está eligiendo.

Rita le sacó la lengua al dependiente, a través de la puerta, y la misma lengua exhibida fue la que entreenloqueció con la mía, seguidamente, en el momento en que se le desencadenaban los orgasmos sucesivos, de mayor a menor, o de menor a mayor (eso va en coños y en mujeres, que tampoco los coños y las mujeres son la misma cosa, aunque lo parezca).

—Felipe, hijo, que nos estás dando la tarde con los calzoncillos, al dependiente y a mí.

—Yo no soy un guarro que vaya por ahí marcando paquete.

—¿Y qué es marcar paquete?

—Enseñar el taller, Felisa.

—El taller, ¿qué taller?

—Pues esto que estás viendo, la cosa genital.

—Hijo, cuantas cosas sabéis los hombres. Me parece a mí que tú eres un poco golfo.

Rita deliraba en francés, inglés, castellano, latinoché, italiano y algo de ruso, mientras su galope se hacía furioso, y yo la sentía como una yegua ganando la carrera en el hipódromo de la Zarzuela, una tarde de domingo, y yo sólo era el césped sobre el que ella corría, o el freno que tascaba (mi engrandecido miembro), excitándose más y más.

—Venga, que traigan otra talla.

—¿Y un ocean? ¿No te gustaría un ocean?

—No sé lo que es un ocean, pero me da igual. Quiero unos calzoncillos grandes de lienzo moreno, los de toda la vida, los que me hacía mi madre, calzoncillos de hombre, que raspen el culo.

No sé si Rita oía algo de la conversación de al lado. Yo lo oía todo. Lo cual no es óbice para que cuando Rita quedo desmayada sobre mí, casi dormida, niña, dejase yo correr mi vegada libremente, con lo que hubo en la hembra nuevos estremecimientos y contracciones/ondulaciones.

—Señora, por favor, tiene que vestirse y abrir.

Se vistió y abrió.

—Es usted un pesado (yo quedaba detrás de la puerta). Tráigame una braga grande, negra, hasta la cintura, una braga de cocinera antigua. Eso es lo que quiero.

—¿... dice la señora?

—Digo que rápido. Ni siquiera me la voy a probar. Son las que más abrigan. Padezco cistitis. La primera que encuentre. Y que sea gorda.

Cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—Amog, amog...

Yo ya me había vestido y recompuesto. Por los espejos venía una multitud de mujeres

y hombres que éramos nosotros dos. En el vestidor de al lado (vestidor/límite entre hembras y mujeres) seguía la disputa sobre los calzoncillos largos de lienzo moreno. Salimos de nuestro probador, recogimos la gran braga empaquetada de cocinera (de cocinera empaquetada), pagamos y nos fuimos a la calle. Tomamos un *whisky* incoherente con las tortitas de nata que también pedimos, en una cafetería hortera (o quizá fuera en la alta cafetería de los almacenes) y yo, cansado y sin deseo, seguía mirando a Rita y pensando que iba desnuda por debajo de la ropa. ¿No había comprado la braga para someterse a la aduana matrimonial? ¿Y cómo iba a tragarse el marido latinoché lo de aquella braga de viuda de provincias?

—Amog, amog...

Todas las familias de la ciudad estaban en torno a nosotros (cuatro millones), pidiendo asimismo tortitas de nata y nescafé descafeinado. La escalera mecánica, que viene directamente de los cielos, nos depositó con blandura en la tierra. Nos separamos en la puerta, junto a la amplia sección de discos Mahler/Barón Rojo, con un beso que era una cita, con una cita que era un beso en la boca. Cogí un taxi y di una dirección, ya solo, acompañado únicamente por el perfume multinacional y vaginal de Rita.

De pronto recordé entre la parla del taxista, que nos habíamos dejado la gran braga en el mostrador.

Navegantes, inteligentes, inquietantes, los delfines viven en elipse, han descubierto la elipse sin leer a Kepler (que a lo mejor lo han leído), y viajan siempre en elipse, se mueven elípticamente, son sirenas en el agua, quizá las únicas sirenas que oyó Ulises, los únicos seres acuáticos con capacidad de hablarle a un hombre. *Dauphin* que aparece en el sueño de André Breton cuando encuentra a Nadja, cuando la va a encontrar en la plaza parisina de Dauphine, el delfín navegando por las aguas del dormir surrealista, delfines de piedra y bronce entre las columnas de agua y los circos de sol rojo, allá en el fondo, delfines como embarcaciones de combate, apolos de fondo, grecias sumergidas, odontocetos heráldicos, delfínidos carnívoros más altos que un hombre, con su espalda negra y su vientre blanco, cabeza grande e inteligente, el pico largo, los ojos, los dientes delgados, su cortesanía, su urbanidad (también se usa una cierta urbanidad en el fondo del agua), su gracia templada y tropical, sus saltos, sus saltos, una elipse de la que vemos la mitad en el aire y la otra mitad bajo el agua, su condición pàrvula y amena, sus dieciocho palabras sagradas, como las cinco vocales coloreadas de Rimbaud, un idioma entre dos aguas, el rastro de bahamas que me traen consigo, plomo sobre verde, heráldica submarina, estelas como hawais, los delfines.

La cita es en el delfinario. Me lo había advertido Rita en la escalera mecánica de los grandes almacenes, el día de las bragas:

—Que el viernes tomamos el vermú con el abuelo en el delfinario, amog.

Llamo a Rita por llamarla, desde la cama, y quedo como un dios, sin proponérmelo:

—Oh, amog, sabía que no te olvidarías de la cita con el abuelo.

—Sí, claro, el abuelo, naturalmente.

(El soplo, el soplo).

—Bueno, en realidad temía que te olvidases.

—Cómo me iba a olvidar, mujer. A propósito, que te olvidaste la braga, bueno, que nos la olvidamos en...

—¿De qué braga hablas, amog?

—No, nada, perdona. ¿Tú me quieres, Rita?

—No te quiero, pero te beso.

Y me llega un beso francés y judío, judío francés y telefónico, hasta la oreja donde tengo el auricular, un beso que no es un as de picas, sino un as de corazones; un as de corazones que me decora ya la oreja izquierda todo el día, como un pendiente. El delfinario es un sitio matinal e higiénico, nublado y con sol, donde los delfines dan saltos y hacen pingaletas, todo el rato, por demostrar al hombre que son tan inteligentes como él, como nosotros, en el supuesto de que nosotros, los humanos en general, y Rita en particular, seamos inteligentes. El abuelo/suegro, o lo que sea, de Rita, resulta un anciano afable y más bajo que alto, con el pelo blanco y limpio, un bigote blanco en pirámide, los ojos claros y la tez pàlida. Va de gris, con camisa blanca y corbata también gris. Parece un profesor de lenguas muertas invitado por la Universidad de Oklahoma, un doctor *honoris causa*, más que un tirano del Cono Sur, del otro Cono o del coño de Cono que sea. Lo que no parece para nada es un «asesino de cólera y patíbulo» (Neruda).

—Muy bien, mijo, pues muy lindo, de modo y manera que diariero, aquí amigo de la niña, yo tendría que contarle muchas cosas para que usted las pusiese en los periódicos y el mundo supiera...

—Le advierto que a mí no me lee el mundo.

—... y el mundo supiera que yo no he sido un dictador, sino un benefactor de mi madrecita patria, ahora destronado por el paleocapitalismo de los Estados Unidos, que en mi lugar han puesto un títere.

—Qué gracioso, un títere.

Estamos en un sitio encristalado y otoñal. Los delfines saltan por encima de nosotros

en saltos geométricos y calculados que quieren probar su inteligencia humana, injustamente encerrada en un cuerpo de pez, de mamífero o lo que sea. Rita trae un trajecito de chaqueta blanco, muy mañanero, y parece como si estuviera presentando su novio a la familia. El marido de Rita no ha venido. Ya saldrá en otro capítulo. Mi dudoso talento novelístico no da para meter más gente en una misma escena. Es como si estuviéramos tomando el vermú en el fondo del mar, por la mañana (en el fondo del mar también se nota cuando es por la mañana y cuando es por la tarde o por la noche), sólo con los guardaespaldas. Los matones.

Cuando el dulce y blanco y pálido tirano, asesino de medio país, vino a refugiarse a España, Franco le puso dos matones (dos policías de paisano) que le acompañaban a todas partes, matones que pagaba el contribuyente nacional y olé. Cuando murió Franco, el latinoché no tuvo que buscarse otros dos matones, sino que los policías se salieron de policías y se quedaron con él, porque eso les gustaba más. Sólo que ahora los paga el viejo de su bolsillo. Los delfines es que no paran.

El venerable anciano toma una cosa colorada y sin alcohol. Rita toma una cosa blanca y con alcohol y hielo. Yo tomo un *whisky* ligero con grandes cantidades de agua. Los matones no toman nada.

—Pues así es, mijo nomás. Aquí llevo desde que su Excelencia me mandó llamar. Lo cual que me dijo al fon: de aquí para allá Francisco Franco; ¿de allá para acá? Yo le di mi nombre por el fon, nos dimos un abrazo telefónico, de continente a continente, y aquí estoy, nadie me ha molestado en la Madre Patria, ni siquiera desde la muerte de Paco Generalísimo.

—¿Y esos que disparan contra su coche, casi todos los días, es decir, casi todas las noches?

Ovidio y Arión paseando entre los delfines, delfines blancos, ahora, Luis el Grande y Dieu entrando por los claustros del agua, por las salas de lo azul y lo blanco, elipses y primogenituras, peluca, traje de naipe, cara de imbécil, el hombre, contra la inteligencia, contra la sensatez de los delfines, constelaciones boreales que miro en el delfinario, Eudoxio y un obispo y San Paulino, todos delfínidos e indefinidos, espuelas de caballeros, don Manuel Delfín y Zamora, con su cara de entre dos siglos, la aleta dorsal de don Manuel Delfín, más que aleta es ala, gente dulceacuícola, los círculos concéntricos de Delfos, torres de Delft, Diana desnuda, como si fuera Rita, Diana con cara de Rita, nadando/navegando entre delfines, el viejo tirano ama los delfines, por eso estamos en el delfinario, los viejos tiranos se vuelven muy humanitarios en el dulce exilio, Rita tiene un Dauphine descapotable en el que a veces me lleva, más seguro que el coche blindado, por la cosa de los terroristas, yo he vivido en la plaza Dauphine de París, y allí nos citábamos con Breton y con Nadja, con Michaux y Artaud, con Aragon y Delvaux, una tertulia en pie, casi una tertulia de españoles, hasta que los relojes blandos de Dalí y sus mesillas con pies y sus teléfonos sangrantes invadían la plaza, así como los desnudos de Duchamp bajando todas las escaleras y los desnudos (más carnales y femeninos) de Delvaux llegaban procedentes de todas las estaciones de París y cercanías: era un modesto pícnic surrealista al que ahora me devuelven los delfines, pero que interrumpe el tirano.

El viejo bebió de su cosa roja. El Señor Presidente, el Tirano Banderas, el Patriarca Otoñal, el coronel que ya no tiene quien le escriba, bebió de su cosa roja. Yo bebo de mi *whisky*/oro. Rita bebe de su cosa blanca. Los matones, ahora, beben cocacola directamente del bote. Para ser exactos, uno bebe coca y el otro pepsi. No debe suponerse que los matones están hechos en serie. Cada cual sus gustos.

—Ustedes los periodistas estáis enterados de todo, mijo. Mi coche oficial sólo lo utiliza mi nieta, y a veces su marido, que a mí no acaba de gustarme...

—A mí tampoco.

—Venga esos cinco.

Y nos damos la mano, por encima de las bebidas. «Venga esos cinco», que horterada, Pizarro y Cortes y Las Casas no llevaron a América más que horteradas. Estamos en el Quinto Centenario de la Horterada. O así.

—Pero yo hablaba de los revolucionarios.

—Asesinos a sueldo es lo que son. Tiran por tirar. Seguro que son de la CIA.

—Yo creo que son comunistas.

—¿Comunistas? Yo implanté el comunismo católico en mi país, y Juan Pablo II vino a confirmármelo con su teología de la liberación. Los comunistas no tiran contra mí, sino la CIA.

Picábamos almendras, caviar, salmón, pijadas.

—Y escúcheme, joven... —el padre se puso paternal—, yo no moriré frito dentro de mi coche o por la calle. Yo moriré en la cama, y usted será el primero en dar la noticia.

Picábamos caviar, salmón, pijadas.

—Aquí en Europa se dice que usted, como otros, saltó cuando estaba quemado y la CIA decidió poner uno nuevo.

Yo me estaba pasando, yo estaba olvidando que sólo era el novio de Rita (cosa que el benefactor veía bien, ya que odiaba a su yerno). Yo me estaba poniendo en lo mío, o sea en «diariero». Quizá era el *whisky*. No, el *whisky* no. Uno necesitaría mucho más *whisky* para perder la cabeza. A uno, como es alto, tarda en llegarle el alcohol a la cabeza. Era el instinto profesional. Pero vi que Rita me veía, miré que Rita me miraba, y en sus ojos nocturnos había como un dulce reproche, te estás pasando, amog.

—Aquí en Europa no se sabe nada de América. Yo soy el primer patriota de mi Patria y la CIA me echó para poner a un títere, como creo que ya le he dicho.

—*Libération*, de París, dijo que a usted, anteriormente, también le había puesto la Casa Blanca.

—Yo gané unas elecciones democráticas. ¿Me está usted haciendo una entrevista amarilla, mijo?

—Perdón, Presidente. Señor Presidente. Sólo trato de contrastar pareceres.

(Me odié por mi recurso al tópico, aunque a él le gustó).

—Eso es. Contrastar pareceres. Eso es la democracia, eso es Europa.

—Sabe, Presidente, que si escribo una columna sobre usted será elogiosa, justa. Y si no, no escribo nada.

—Muy bien, mijo, muy bien, y perdone que no le invite a almorzar, pero me lo impide el colesterol. Sólo una manzana. Una manzana y a dormir la siesta. Así acabamos los protagonistas de la Historia.

—Hermosa frase, «los protagonistas de la Historia». ¿Me permite hacerla mía?

(Me estaba jugando un polvo con Rita, o varios, o muchos).

—Con mucho gusto, mijo. Creo que le he aclarado un poco las ideas sobre nuestra América. En cuanto a esos que disparan contra mi coche oficial, en el que, naturalmente, nunca voy, no dude usted de que son de la CIA.

—¿O del FBI? —digo yo, alabancioso, recordando novelas.

—No, de la CIA.

—Ah.

El anciano es pálido, el anciano tiene los ojos claros, el anciano gasta pelo blanco, bigote blanco y abundante, y tiene un aire de indiano inverso, un aire bondadoso y manuficiente, el anciano es un asesino de cólera y patíbulo que encerraba cientos de niños en un barco de cemento y los ponía a navegar. Rita y yo, y por fin los matones —¿escoltas?—, picoteamos caviar, salmón, pijadas. Los delfines siguen haciendo su juego de circo por encima de nuestras cabezas.

—Amo a los animales —me dice el viejo—. Un hombre no puede ser malo si ama a los animales.

—Hitler amaba a su perro.

—Hitler era un gran hombre. ¿O es que usted lo duda?

Nos despedimos a la salida del delfinario. Un escolta se había sentado al volante de un toyota y el otro esperaba al Señor Presidente con la puerta del coche abierta.

—Si escribe usted algo, sea usted piadoso, mijo, con este viejo bolivariano, mártir de su Patria.

—Se dice que se ha traído usted a Europa una inmensa fortuna...

—Soy pobre, mijo, soy pobre. Hasta los guardias me los tenía que pagar el Generalísimo, aquel Caudillo que fue ejemplo para nosotros, los buenos americanos.

—Así lo haré constar.

—Gracias, mijo.

Se fueron en el toyota. Hubo un palomeo de manos en despedida, por su parte y por la nuestra. Me vuelvo hacia Rita. Rita ha traído un mini rojo.

—Has estado un poco indiscreto con el abuelo, amog.

—Era por hacerle hablar, por distraerle.

—Y claro que se ha distraído. Le has caído bien. Eres inteligente, amog.

Volvíamos a la ciudad en el mini rojo de Rita. Yo iba pensando en los delfines. Son inteligentes y no matan a nadie. ¿Nos sucederán sobre la tierra cuando haya volado el último misil?

—Dime en qué piensas, amog.

Coros de delfines, elipses y Dianas aureolando la cabeza del viejo, mares color de vino, como en Homero, por la sangre que el viejo ha derramado, lejos, en su país, sangre que le acompaña como un manto que sólo yo veo, por sobre su traje gris de jubilado afable con buena jubilación. (Rita/Diana/Nadja: la mujer).

Se condecoran de Europa, si salvan la cabeza, hay delfines de Francia, ciudades de Grecia y poetas surrealistas en su cortejo, José Ferrer y miles de extras, la película del tirano la estoy viendo en la película (pielecita) del agua.

Se condecoran de Europa, los viejos caudillos americanos, el bondadoso viejo dialogando con los delfines, algunas mañanas, en el delfinario, huido de los hombres, por miedo o por asco, los delfines tienen dieciocho letras en su alfabeto y el tirano sólo tiene seis: sangre. Sangre. Ese, a, ene, ge, erre, e. Navegantes, inteligentes, inquietantes son los dictadores, especie opuesta al delfín, pero el delfín, al fin (delfín/alfín) viene a aureolarles con su inocencia inteligente y su elipse blanca y negra. Ulises inverso, el tirano, nunca oyó otras sirenas que las de la policía, convocadas por él previamente, vive sujeto al palo mayor de su poder, en la nave quieta que él mismo ha creado y ocupado, la nave de la Patria, que dicen en sus discursos, delfines de piedra y bronce en su palacio presidencial de allá, o de cobre y pirita, palacio rodeado de favelas, chabolas, casas coloniales hundidas por el desplome de siglos como vigas, el tirano.

—En ti, naturalmente.

Y nos besamos. Rita puede conducir besando, mirando para atrás, follando, masturbándose o masturbándome, Rita es la mujer más segura del mundo al volante. Las mujeres fáciles de orgasmo también suelen ser fáciles de volante. Manejan un coche como un hombre, o a la viceversa. Cierro los ojos en la velocidad y veo la inteligencia enigmática de los delfines, expresada en saltos, juegos, cosas, todo matemático y perfecto.

El delfín es el Descartes de las profundidades. O Descartes es un delfín de tierra que nos ha enseñado a pensar, «animal de fondo de aire» (Juan Ramón Jiménez).

La cuchilla, la navaja de afeitar, entre los muslos de Rita, delgados, largos y rubios, abiertos. Rita se está afeitando el pubis. Se lo he pedido yo ¿por qué se lo he pedido? Estamos a la luz de la parra virgen, «un rubor cansado», en mi dormitorio, y Rita ha accedido encantada, porque Rita gusta de estas experiencias, de cualquier experiencia.

—Una vez lo hice por una enfermedad, amog.

—¿Ladillas?

—Eso, ladillas, como decís en España —y la palabra le da mucha risa.

—Ahora no tenemos ladillas, Rita.

—No, y por eso me gusta. Es un capricho tuyo, amog, siempre se te ocurren cosas.

Hemos venido a mi casa/huerto en el *dauphin*/delfín descapotable de Rita, seguidos por los delfines del delfinario, de los que no consigue hacerse buen amigo el viejo dictador, el abuelo de esta mujer. Se conoce que los delfines tienen buen instinto para los dictadores. Y cuando Rita creía que yo la iba a violar (siempre se viola, cada nueva cópula es una violación, tiene carácter de tal, y el amor cesa cuando cesa esa violencia), le he pedido simplemente que se afeitase el pubis.

No sé por qué, o no lo sabía. Ahora lo voy entendiendo, me voy entendiendo a mí mismo. La cuchilla va despacio por la zona enjabonada, actúa con facilidad en los dulces muslos y en el vientre plano y paridor, pero debe ir con más cuidado cuando roza los grandes labios, la vulva de la mujer. Hubo un barbero que a mí me cortó fría y cruelmente las orejas y la nariz. Quizá le estoy devolviendo a Rita el dolor o el pavor de entonces, aunque a ella no le empavorece nada afeitarse el sexo, sino que la divierte y seguramente le excita. Altorrelieves indios, kamasutras en piedra, sexos de granito milenario, infantiles sexos de mujer oriental descienden sobre el coño de Rita, a medida que va apareciendo limpio: uno busca lo natural absoluto y encuentra una acumulación de cultura. Somos animales culturales. Rita va siendo un sexo femenino, infantil y maduro, a la sombra roja de un árbol de la India.

—¿Así, amog?

—Así, lo haces muy bien.

—¿Te excita, amog?

—Claro, y pronto voy a demostrártelo.

Enedina viene por los caminos, o se aleja, en su bicicleta rosa, en su bicicleta malva. Lo que yo quiero encontrar en Rita es el sexo inencontrable de Enedina, quizá, vivir la niña en la adulta, poseer a Enedina en Rita, anifiar a la hembra, que es un juego que me ha fascinado siempre. La hoja barbera ha afeitado el vientre, las ingles, los grandes labios, o su borde, y ahora afeita ese tramo de selva virgen que va del coño al ano, lo que obliga a Rita a posturas gimnásticas. Enedina, en su bicicleta, o quizá en el monopatín, viaja de huerto en huerto, entre lechugas moradas y coles de Bruselas que nacen aquí mismo, tan lejos de Bruselas. La tarde ya sólo vive en la luz enferma de la parra virgen, cuyas hojas caen sobre el césped y la grama como notas que se le caen al mal músico del piano. Todo es un fracaso.

Quizá el violador de entre dos luces, algún violador, está poseyendo el pubis limpio de Enedina, con su boca o su sexo, y yo aquí, como un imbécil, viendo afeitarse a una vieja. En las niñas, en las muñecas, en las mujeres afeitadas, me ha fascinado siempre esa indefensión, esa falta de falo de la mujer, esa tierna hendidura que la torna desvalida, por fuerte que sea ella. Lo que se quiere poseer, siempre, es la niña que queda en la mujer. Lo que a la mujer le queda de niña.

Follar es recuperar: recuperar en una mujer la niña que fue.

El pubis se vela con el vello, la valva/vulva pone una mariposa de luto sobre el sexo de la niña sin sexo. Es la edad poniendo malicia en la infancia. El sexo se viste una mantilla negra, como la que tiene Rita, y con la cual se ha hecho un vestido, su mejor vestido. Quizá ya lo he anotado aquí. Mantilla o mantón de Manila, volveremos sobre

ello. Rita sólo justifica su nombre tan español cuando se pone ese vestido. El violador de entre dos luces ha sorprendido a Enedina en un tranco de bosque entre dos casas. El violador ha partido el monopatín en astillas, ha golpeado con él a Enedina, la tiene seca de espanto y ahora está disfrutando de un sexo párvulo, limpio y nuevo. Necesito que Rita termine pronto de quitarse la mantilla, el mantón, el vello, lo que sea, para tener mi propia Enedina, mi sexo de mujer/niña, esa huchita modeladísima y graciosa que en las menores, ay, es más dura, es de oro puro.

Parece como si Rita le estuviera afeitando los bigotes a un hombre (su marido, por ejemplo), con la cabeza del tipo entre las piernas. La cosa empieza a cansarme. El violador de Enedina tiene cara de albañil, edad de albañil, manos de borracho, cara sin cara, y un miembro desmedido y brutal que se embute en la niña, que la llena por dentro completamente. Enedina ha desfallecido de espanto y dolor, es lo que veo ahora que no veo, quizá la encuentren mañana por la mañana, muerta y desnuda entre las hojas del otoño, los guardas jurados o los repartidores de leche.

Tengo que salvarla, tengo que poseerla antes o al mismo tiempo que el albañil loco, y para eso no que queda otro recurso que follar adolescentes hindúes de vulva sin vello, diosas egipcias afeitadas del coño a la cabeza, Ritas de vello rosa, porque Rita, ay, tenía el vello rosa y ahora casi lamento que se lo haya afeitado, cojo un rizo del suelo y lo pongo en un dije, como los románticos, oh qué caballero espagnol, ríe ella, me molesta la gente que dice pelo por vello, el vello es más sutil, secreto y musical, el pelo es la piel prehistórica y el vello es la seda humana, la seda que da el cuerpo.

Rita ha terminado. Se lava mientras yo me meto en la cama, el soplo, el soplo. Reaparece desnuda incluso de vello. Efectivamente, que da infantil, al menos de cintura para abajo. La niña que fue se refugia ahora (es toda mujer) en la dulce vulva. No hay más que quitarle a la vulva su mantón de Manila y reaparece la niña, agazapada entre las piernas de la hembraza.

Eso es lo que parece una vulva limpia, con sus dos mitades y su hendidura: una niña desnuda y agazapada entre las piernas de una gigante. Poseo a esa niña mientras el albañil con cara de albañil, el albañil sin cara, posee a la niña Enedina, imagino con la seguridad de lo imaginado, entre matojos y basuras. Cuando descanso en el lecho junto a Rita, cuando su mano gótica, anillada de huesos (osamenta de anillos millonarios) recorre mi pecho, dejo caer la cabeza para el otro lado y pienso en Enedina, desnuda, violada y muerta, virgen y mártir entre huertos de clase media.

Rita, que conoce mi pasión por los blancos de Francisco Tomás, me susurra:

—Amog, te he regalado un cuadro de Francisco Tomás para que lo pongas en esta casa llena de mudanzas. Sé que lo blanco te quita el soplo, te hace respirar mejor...

Un inmenso cuadro de Francisco Tomás iluminando la lobreguez de esta casa, ahora que a la parra virgen se le está cayendo el resplandor hoja a hoja. Esta mujer me quiere más de lo que yo imaginaba. Pero cómo olvidarse de la pobre Enedina, de la niña Enedina, esa Santa Gema Galgani de este laberinto de huertos suburbanos por donde los asesinos de niñas acechan con la polla y el cuchillo tensos. ¿Y el monopatín de Enedina?

Más que el gran cuadro blanco de Francisco Tomás, quisiera vivir y morir abrazado al monopatín (madera con olor a lapicero infantil) de la niña Enedina.

Un velero blanco y desvariante entre el tráfico de la gran ciudad, una vela romboidal, o que así lo parece, desgarrando dulcemente eso que los cronistas llaman la polución, un viento de acacias municipales y semáforos vibrando en la navegación de esta vela.

—Me parece que el cuadro canta mucho, Rita.

—No había otra manera de transportarlo.

—Gracias de todos modos, amor. O amog si lo prefieres.

Del estudio de Francisco Tomás a mi huerto, que cuido como Voltaire el suyo (ya no va estando uno en edad de otra cosa). Rita ha pagado al pintor en dólares. Ahora pienso que lo blanco del cuadro es un blanco manchado por el dinero del tirano, que es el dinero que maneja Rita.

—Rita, tienes que explicarme un poco la historia de tu abuelo.

Rita conduce sinuosamente su descapotable/velero por las calles de la ciudad.

—La historia de mi abuelo ya es Historia. Está en la Historia.

—Pero la historia sigue. Hay revolucionarios que nos disparan cuando hacemos el amor.

La vela romboidal y resplandeciente pone y desliza una mañana marítima por la mañana brumosa de Madrid.

—No son revolucionarios. Son gánsteres.

—Rita, soy periodista, sé algo de eso. Lo sé casi todo. Y tú estás con el dinero del abuelo y con mi polla, repartida a partes iguales. Son revolucionarios terroristas.

—Son gánsteres. Gánsteres pagados por revolucionarios.

—Ah.

—Los revolucionarios de mi país, del país del abuelo, tienen dinero de Castro o de Moscú o de quien sea, tienen más dinero que ánimos, los devora el relajo, y entonces han alquilado profesionales para que les hagan el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Dos trabajos. Pero no escribas nada.

—No, mientras me ames.

—¿Tu denuncia sería tu venganza?

—Eso.

—Así anda el cuarto poder.

Y Rita se metió impetuosamente en la Gran Vía.

—Un trabajo es matar al abuelo. ¿Y el otro?

El velero/descapotable remontaba la alta mar de la Gran Vía y todo el mundo nos miraba. Rita iba/va de gafas negras.

—El otro trabajo es encontrar la pirita.

—¿Pirita?

—Sí. Pirita de cobre. Aparte el dinero que tiene en Suiza, el abuelo guarda aquí en España, en Madrid, mucha pirita de cobre.

—¿Y eso vale dinero?

—La hostia, como decís vosotros.

El tableteo de las metralletas sonaba a novela policíaca. Rita acelera violentamente, se salta los semáforos, se mete entre dos autobuses rojos, buena protección, y al fin sale escapando, en relámpago blanco, hacia Princesa y las amplitudes de la Moncloa.

Yo, que me había echado sobre el regazo de Rita, saco al fin la cabeza y miro para arriba, con una mejilla ungida por el perfume de la mujer. La vela del velero tiene tres agujeros en una esquina, tres agujeros de bala, breves, negros, marrones, casi simétricos.

—Creo que han completado un gran cuadro abstracto, Rita. Esto nunca se le hubiera ocurrido a Francisco Tomás.

Corremos por la autopista.

—Lo siento por ti, amog. Tú necesitas respirar blancura, para tu aorta.

—El cuadro me gusta más así. Aunque mejor que no se entere nunca Francisco Tomás.

—Lo has pagado, amog, y es tuyo. Puedes hacer con él lo que te dé la gana.

—Te amo, Rita. Háblame de la pirita.

—Búscalos en un diccionario.

—Es que voy a morir por culpa de la pirita de cobre. Me he convertido en un patriota de la pirita, y ni siquiera sé lo que es. Como los mártires antiguos, y los místicos, muero sin saber por lo que muero.

—Tú tienes diccionarios, amog.

—Está claro que no sólo quieren matar al viejo, sino también a ti. Y quizás a mí.

La vela romboidal y blanca, ahora maculada, vibra en el viento de la autopista, vibra y zumba como un mínimo velero en el triángulo mortal de las Bermudas.

—Muramos por la pirita, amog.

Rita empieza a burlarse.

Me relajo en el asiento y me tranquilizo. Nunca olvidaré que he viajado en velero por el centro de la ciudad, bajo el fuego de los piratas (piratas de pirita), poniendo una bandera de blancor en el gris amarillo de la mañana. Cuando llegamos a la región de los huertos y Rita atenúa la velocidad, Enedina se nos cruza en su bicicleta rosa/malva, entera y verdadera, y nos saluda con la mano.

Enedina pedalea como huyendo de mi sueño, de mi pesadilla, de mi invento, hacia otros huertos donde quizá tiene otros amigos maduros que la aman en secreto, ay de mí, ay dolor, el soplo, el soplo.

Entre Rita y yo, más los confusos proletarios que siguen deambulando a días por la casa colocamos el cuadro frente a mi cama, quitando el que había. La mía es una cama de entre dos siglos, con prisión manuelina de barrotes forjados/forzados, una mezcla de hierro colado y hierro forjado, pero nadie sabe establecer la diferencia entre estas dos cosas de modo que nadie aprecia el valor de mi cama, el valor de la cama donde tanto he amado y tanto he muerto. Donde voy a morir.

Rita se va a las lejanas cocinas a hacer un poco de comida para los dos. (Los proletarios siguen comiendo su escudilla sobre las alfombras). Yo me tiendo sobre la cama y miro el cuadro, respiro el cuadro, el cuadrado cuadro inmenso, una blancura de tres por tres, el tamaño preferido por Francisco Tomás, últimamente, y no tengo ganas de levantarme a mirar en un diccionario qué cosa sea eso de la pirita de cobre.

Cuando me venga el soplo, cuando necesite respirar blancura, ya no tendré que refugiarme en el alto estudio de Francisco Tomás. La blancura la tengo aquí delante, y el blancor y el blanco y hasta la blanquinosidad. Lo que dijo Francisco Tomás: «Al monje blanco de Zurbarán le sobra el monje». Pero el cuadro, mi cuadro, tiene tres agujeros negros y marrones, casi simétricos, sí, en el ángulo inferior izquierdo. (Hemos colocado el cuadro así porque las balas le dan ahora un equilibrio, una base, y quedarían mal en la parte de arriba). Los gánsteres creían estar haciendo crimen y estaban haciendo estética.

Por eso sólo creo ya en la estética.

—Te he hecho unos huevos fritos, amog.

La pirita en cubos dalinianos, deslumbrantes, lujosamente deteriorados, la pirita, hecha de geometría natural y musculatura mineral, amarilla, oro y latón, la pirita, dura y chispeante con el eslabón, qué sulfuro de hierro, qué alta cristalización de lo profundo, qué piritoedros viajando por el aire de mi casa, qué masas botrioidales, qué galaxia. Pero el sulfuro me acelera el soplo, pirita de cobre que va dejando rastros de azufre y hierro por mi dormitorio y por el comedor, por toda la casa, visos pardos y rojizos, magnéticos y fusibles, la pirita. Estoy en cama con el soplo cuando se me ha revelado todo. Rita ha promovido estas mudanzas, o parte, el desfile de casas que atraviesan mi casa, llenando de pirita los viejos burós y las Vírgenes románicas. Rita ha gestionado mi pasado por esconder su pirita, la pirita del abuelo, aquí donde nadie va a venir a buscarla. Con la revelación (quizá me ha regalado el cuadro blanco en premio o pago), he empezado a revolver las cosas, a abrir armarios y secreters (pero el armario que quemamos Berrendero y yo sólo contenía mierda). Ando por la casa arrastrando la sábana/clámide, desnudo, ahora que estoy solo, sin Rita ni proletarios (Rita me hizo la confesión de todo después de un polvo y unos huevos fritos), y encuentro pirita por todas partes, caigo al fin, atacado del soplo, sobre mi lecho de hierro colado/forjado, y las piritas vuelan en legión por mi fiebre, acuden a mi atmósfera, son cubos deslumbrantes, son oros que iluminan como lámparas que viajan solas, son latones como un guerrero en piezas, chispas que inquietan la media tarde gris de mi cuarto, son cristalizaciones que se geometrizan y desgeometrizan ante mis ojos, en el aire, sobre el fondo del cuadro blanco de Francisco Tomás, piritoedros suspendidos sobre mi cabeza, como si yo fuese la Madonna de Port Lligat, y a lo mejor lo soy, masas botrioidales que ponen sombra o luz, según, en la luz de huerto que aún me deja la tarde.

Pero el sulfuro, ya digo, es un rastro que me acelera el soplo, el azufre me acelera el soplo, el hierro me resguarda de señores chapados a la antigua, de armaduras, visos pardos y rojizos en la fiesta de la pirita, vivo un mundo magnético y fusible, me tomo el pulso, un, dos, tres, extrasístole, un, dos, tres, extrasístole, el corazón se para, asisto con el corazón parado a la orgía de la pirita, a la invasión de mi casa por legiones de pirita de cobre, legiones venidas dentro del caballo de Troya de mis pobres mudanzas, mas la pirita se ha liberado de tanto arcón de abuela y mi casa es ya un Titanic que se hunde bajo el peso de los tesoros escondidos y revelados.

Siento, sí, cómo la cama se va hundiendo en la casa, cómo la casa se va hundiendo en el huerto, cómo el huerto se va hundiendo en el planeta, cómo el planeta se va hundiendo en el vacío, el soplo me marea y allá, en lo alto, cubos de pirita de cobre, las infinitas formas geométricas de la pirita, la geometría natural de la materia, el mineral riguroso y brillante, como un rey cúbico, la entrada mineral del mundo, revelándose en el aire.

«Todo es geometría», el enigma del universo es geométrico y sencillo, como dijo Descartes o quien lo dijera, soy un griego apresurado, soy un clásico raudo, con la sábana/clámide en vuelo tras de mí, buscando el *whisky* por la casa.

—¿Buscaba algo el señorito?

Es un proletario dormido bajo un diván. Todavía quedan proletarios en mi casa. Éstos son los que han traído la pirita, bajo especie de muebles, cómodas y tresillos del pasado. ¿Estarán conmigo o contra mí?

—No, nada, buscaba el *whisky*.

—Perdone el señorito, pero tengo yo la botella. Claro que me va más el cigales, pero no encontraba tinto ni clarete y me he permitido tomarle una botella de *whisky* al señorito.

El proletario se ha puesto trabajosamente en pie. Es el mismo proletario de siempre, o su repetición infinita, con el pelo de ceniza y la sonrisa humilde y vengativa.

—Gracias, es usted muy dueño, beba todo el *whisky* que quiera. Pero sí que hay vino,

si lo prefiere. Baje a la bodega y encontrará muchos vinos.

Le tomo la cúbica y grata botella de chivas y me vuelvo a la cama, dándome con los cubos de pirita en la frente, que viajan por el aire. Necesito un par de *whiskies* que me pongan en marcha el corazón parado por el exceso de azufre de la pirita, por su estela de azufre. Abandono la clámide, me tiendo desnudo sobre la cama/prisión, bebo directamente de la botella, el corazón canta y cuenta, aunque penosamente, hasta que el chivas me crea mi propia atmósfera interior, la atmósfera que yo genero al exterior, y hay cristalizaciones de pirita, hermosos cubos de oro y cobre, de cobre y azufre azul, allá en lo alto, muy visibles contra lo blanco del gran lienzo de Francisco Tomás, que parece un encerado blanco de tiza sobre el que se dibuja la hermosa lección de geometría de los cubos de pirita. La cama/camarote se hunde, se hunde mi Titanic de muebles viejos y tesoros, me hundo dulcemente en aguas somnolientas y profundas, para siempre, y mi último pensamiento es para el proletario que, allá en lo más bajo de la bodega, debe de estar buscando buenos vinos. Él se hunde antes que yo, porque está más abajo, el agua ya habrá llenado todas las botellas de vino, el proletario flota a la deriva, mientras aún sobrevivo. Y yo que era un periodista de izquierdas.

Espero que, al menos, el proletario de la mudanza se haya tomado un buen trago, a morro, de mi mejor Vega/Sicilia, antes de morir.

Suena la campanilla del huerto y es Teófilo que viene con una cabra. Teófilo, como Berrendero, es amigo que aparece de vez en cuando, de tarde en tarde, de pronto en pronto, traído por el tiempo, o retraído.

Teófilo es bajo, indefenso, intelectual, una hilacha de hombre que lo ha leído todo y lo ha escrito todo:

—Nada, ya ves, he venido en el autobús, te he traído una cabra, esta cabra, sé que hace tiempo querías una cabra.

—Sí, claro, pasa, es guapa la cabra. ¿Cómo se llama?

La cabra es joven, señorita, con una tierna cornamenta, casi como una permanente en hueso, y unos ojos de diosa egipcia.

—La cabra se llama Alma Mahler.

—Alma Mahler. Está bien. Se lo has puesto tú, claro.

—Sí, ya sabes que ni Alfonso Guerra ni yo podemos pasarnos sin Mahler.

—Alma me parece que era un poco puta.

—Sí, le salió un poco puta al pobre Mahler.

—Un poco cabra.

—Eso, un poco cabra.

Interno a Teófilo en las profundidades de la mudanza y saco *whisky* para los dos: es decir, me limito a tomar la botella que el proletario de turno ha dejado sobre la alfombra bizantina ¿hay alfombras bizantinas?

—La cabra es que te la vendo.

—Ah. Creí que era un regalo.

—Necesito dinero. No colaboro nada. Y lo que colaboro, no me lo pagan. De modo que me dije: ¿qué puedo yo vender y a quién? Una cabra. Y me fui a buscarla a Entrevías. Por allí andan rebaños.

La cabra, que Teófilo sujetaba de una cuerda, había empezado a comerse la tripa de serrín de los sillones.

—¿Y cómo has traído a Alma Mahler hasta aquí?

La cabra era guapa, joven, con el cuello larguísimo, picassiano, y las tetas rosavináceas.

—La metí en el coche, apartándola de un rebaño, mientras el pastor se masturbaba, o masturbaba al perro, no sé. La he tenido en casa unos días. Se ha comido todos los tiestos de la terraza. Y hoy me he subido al autobús con la cabra. Al principio, el tipo se ponía borde, pero luego le he dado cuarenta durandartes, que añadido al precio de la cabra. A los viajeros les caía bien el bicho y se han manifestado a favor. Cuando les he dicho que se llamaba Alma Mahler, un viajero le ha pedido al conductor que pusiese algo de Mahler en el transistor, que siempre lo llevan encendido, ya sabes, pero el conductor no había oído hablar de Mahler y dijo que él prefería la salsa. Ya sabes cómo son. Funcionarios públicos. Encarnaciones del socialismo en paño azul y sudado.

—En alguna emisora están poniendo siempre Mahler. En una o en otra.

—Sí, pero el tipo era el tipo. Luego nos hemos dado un paseo hasta aquí, Alma y yo.

Teófilo, ya digo, es una hilacha de hombre, una hilacha de intelectual, una hilacha de amigo, una hilacha de hilacha. Teófilo, como Berrendero, viene a reposar y repostar en mi huerto cuando le da la gana. No sé si los trae el buen o el mal tiempo, la lotería o la amistad. La cabra, blanca y café, empieza a comerse una silla de enea.

—Quieta, Alma...

—No, déjala, que coma lo que quiera. Estoy de mudanza y necesitaría un rebaño de cabras que se comiese todos los muebles. No me caben ni me gustan. ¿Cuánto es la cabra?

—Lo que quieras darme.

—¿Traficas en pirita, Teófilo?

—¿Pirita?

—Sí, pirita de cobre, hay países de América que producen mucha, ya lo sabes.
—De modo que andas en eso... Y luego escribes lo que escribes.
—Sólo se puede escribir contra el dinero cuando se tiene dinero.
—Siempre fuiste un poco cínico. Quieta, Alma...
—Y si no quieres pirita, dime cuánto vale Alma Mahler. La pirita te la regalo.
—Entre lo que tengo que pasar a mi mujer, lo de la hipoteca del piso, lo de la hipoteca del coche, coñac Torres y chicas trinconas, no me vendrían mal cinco verderones, hasta que cobre en Ediciones Libertarias.
—No vas a cobrar nunca.
—Por eso.
—¿De verdad quieres lechugas?
—Lagartos.
—O sea, novela verde.
Pero al final le pagué con uno azul de diez, que trae al príncipe. Qué menos por Alma Mahler.
—Sabía que te iba a gustar el regalo.
—Bueno, Teófilo, pues yo te voy a regalar a ti un poco de pirita de cobre. Cualquier joyero te la compra.
Teófilo ata la cabra a la pata de una consola y se viene conmigo al otro salón donde abro un armario/biblioteca lleno de pirita. La cabra viene detrás arrastrando la consola.
—Tendrás que atarla a una cosa mucho más sólida.
—La voy a atar al piano, qué mejor para Alma Mahler.
Le entrego a Teófilo un bloque aproximadamente cúbico de pirita. Yo le hablo de joyeros por no hablarle del Rastro. Sé que va a vender la cosa en el Rastro para seguir pagando deudas matrimoniales y no matrimoniales, ediciones de sus propios libros y putas. De la tonelada de agua marina puede obtenerse un gramo o un miligramo de plata. De los diez o quince kilos de pirita no sé si podrá obtenerse algo de cobre.
Volvemos al sofá/diván donde estábamos, Teófilo cargado penosamente con la pirita, y la cabra arrastrando la consola, que es rameada y falsa. Teófilo se sirve más *whisky*:
—No te bebas todo el *whisky*, Teófilo, que es del proletariado.
—¿Sigues haciendo la revolución?
—No, pero se me han metido en casa.
—¿Para qué?
—Para traerme pirita de cobre.
—O sea que traficas. No lo entiendo.
—Yo tampoco, pero da igual. Sírvenme a mí. Que se joda el proletariado.
—¿Han tomado posesión de esta dacha?
—Sí y no. Quiero decir que como lo de «dacha» suena soviético, a lo mejor...
—Los zares también tenían dachas.
—Gracias por la información, pero no soy un zar.
La cabra va y viene, mordisqueando flores de trapo y arrastrando la consola. Tengo que atarla al piano. Un piano de cola, negro y en llamas, que ha venido macizo de pirita de cobre.
—Bueno —dice Teófilo—, pues yo ya me voy.
—Acábate el *whisky*, hombre. Lo del proletariado era una broma.
—Dime una cosa, antes de irme. ¿De verdad te vas a tirar a la cabra, como siempre decías?
—Ahora que vamos a tener relaciones domésticas, lo pensaré. Siempre que oigo a Mahler, el alma me pide tirarme a Alma.
—Se dice que andas con una judía millonaria. O sea que estás servido.
—Sí, pero el caso es que la cabra se parece a la judía, a Rita. O la judía a la cabra. Y esto me crea un problema de afinidades electivas, como decía tu admirado y

reaccionario Goethe.

—¿Vas a traicionar a la judía con una cabra?

—Quizá traicione a la cabra con la judía. A fin de cuentas, la cabra va a vivir conmigo, va a ser la doméstica, la legal. Y la judía tiene marido.

—Nunca te entenderé. Quizá escriba algo sobre ti.

—Mejor sobre la cabra.

Y Teófilo se va. Teófilo, hilacha de hombre, hilacha de escritor, hilacha de hilacha. Se va a dar un paseo hasta el autobús, cargado con el bloque de pirita. La cabra quiere salir a despedirle, pero la consola no pasa por las puertas.

Ya a solas, me dedico a Alma Mahler, la observo, la estudio, la rodeo, la acaricio, la quiero, le traigo cosas del huerto para que se las coma. A Alma le gusta todo —tomates, zanahorias, fruta—, como a la Mahler le gustaban todos los hombres.

Luego la desato de la consola y la llevo dulcemente hasta el piano, un piano negro y en llamas (creo que ya se ha dicho), un piano de cola que viene macizo de pirita. Demasiado peso para Alma.

—Ven, amor.

La ato a la pata del piano. Dejo que se coma, en torno, estirando su largo cuello picassiano, libros antiguos y valiosos. Las cabras se alimentan de papel, como los críticos literarios de los suplementos dominicales que nadie lee, salvo una tía del crítico y una tía del autor. Dos tías.

De todos modos, Alma Mahler no puede estar siempre a la sombra. Mahler no me lo perdonaría, aunque a mí Mahler me la trae flojísima y hasta me la suda. Soy de la generación de Antonio Machín. He pensado en el invernadero como recinto de Alma. De momento me tumbo en un sofá desconocido, la veo triscar, bebo *whisky*, observo cómo Alma Mahler va devorando, minuciosamente, como si lo leyese, una colección de comedias de Alarcón, «Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, tomo segundo, con licencia, Madrid, Imprenta de Ortega y compañía, 1829, *Los empeños de un engaño*, acto primero», etc. Cuando acabe con este segundo tomo, le serviré el primero, que también lo tengo. El caso es que Alma se sienta contenta y a gusto en esta su casa.

La digestión de Ruiz de Alarcón hecha por la cabra emite un rumor grato y vegetativo que me va adormeciendo. En el sueño, por supuesto, Alma Mahler, la cabra y Rita son una sola mujer a la que me estoy beneficiando con ardor, con tanto ardor, el soplo, el soplo.

Y el soplo me despierta. Alma también quiere ser rentable, como crítico literario, comiéndose lo que sobra.

Rita ha venido a verme, a mediodía, sin el descapotable y sin el vestido de mantilla. Esto significa que viene a hablar de negocios; afuera está el coche blindado y empalmado, con el chófer de franela y enigma, esperando.

—Faltan mil millones para terminarla —dice.

—Para terminar qué.

—La Almudena.

—Ah. ¿Y la tenemos que terminar nosotros?

—Debe estar terminada en 1992.

—Manos a la obra.

El *whisky* va y viene entre nosotros, como un gato. También tengo un gato color *whisky*.

—Se han realizado dos tercios de la fachada de la calle de Bailén y otros importantes avances en el resto del edificio.

—Bueno. Eso me tranquiliza.

—Ahora hay que cubrir la girola y la cúpula. La girola y la cúpula, claro. ¿Y la pirita?

—Eres mejor reportero de lo que suponía. Ahí está lo de las visitas del abuelo al Nuncio.

—Creo que toman chocolate con soconusco.

—El abuelo le va a dar un gran donativo al Nuncio, quizá la mitad, o más, de esos millones que faltan.

—Para que se termine la Almudena.

—Para que no se termine.

Un gato color *whisky* andaba entre nosotros.

—Creía yo que el abuelo era muy piadoso.

El abuelo tiene que dar salida a la pirita de cobre. Necesita un gran almacén en Madrid, mientras se la va vendiendo a las potencias europeas.

(El castellano de Rita mejoraba notablemente hablando de negocios).

—Y vais a meterme aquí en casa una mina entera de pirita de cobre.

—No, amog. Esto que ha venido dentro de tus muebles no es más que una pequeña muestra, la que el abuelo necesitaba para persuadirse de que las minas siguen en su poder, y para persuadir al Mercado Común de que él, aunque depuesto por la Casa Blanca, sigue vendiendo cobre, cobre auténtico y bueno.

—O sea, que el cobre a lo bestia está por llegar.

—Irá llegando en barcos.

—Y lo vais a almacenar en la Almudena, donde a nadie se le ocurriría buscarlo.

—Olé mi amog espagnol.

(A Rita, el entusiasmo amoroso la volvía insoportablemente francesa).

—Por eso tu abuelo va a dar un donativo al Nuncio, de quinientos millones, para que se termine la Almudena. Quedará en la Prensa como un benefactor, cuando el donativo va destinado, justamente, a que la Almudena no se termine nunca (lleva un siglo en obras), en tanto que él va despachando cobre como si fueran tabletas de chocolate. Pero dime una cosa, Rita: ¿qué tiene que ver con todo esto el Nuncio, que es italiano?

—El Nuncio manda algo en los curas espagnoles.

—Claro, manda mucho, pero no pensé que tanto. ¿Y el negocio está cerrado?

El *whisky* va y viene entre nosotros, mañanero, recogiendo en su oro maduro el oro joven del día. Rita lo toma con hielo y yo lo tomo con agua. El gato se ha ido al huerto a matar urracas.

—Oh, no, amog. El negocio no está cerrado. Quizá el Nuncio pide más dinero, quizá pide una parte para Roma, que es pobre, quizá la operación no le parece muy limpia, o teme que le pueda costar el cargo. En Madrid se vive bien ¿sabes?

—¿Y por qué no les cuentas todo esto a los alcapones para que empiecen a matar curas y nuncios y nos dejen a nosotros en paz?

—Bueno, ya lo sabes todo. Cuando seas viejo, podrás escribir un gran reportaje sobre todo esto. O mejor un libro.

—Eso, un libro. Ya tengo el título: *El cobre de Rita*. Suena como *El oro del Rhin*.

—Pero ahora no vas a escribir ni una palabra.

—Me sobornas con tu cuerpo —dije jugando al melodrama, y silbé un poco, porque un melodrama es un drama con música. En el salón de al lado se oían golpes, balidos, teclas de piano, arrastrar de sillas.

—¿Están trabajando ahí los de la mudanza?

—No. Es Alma Mahler.

—La criada.

—Ninguna criada se llama Alma Mahler.

—Nadie se ha llamado nunca Alma Mahler —dijo Rita.

—Siempre supe que amabas la música, amog —la parodié—. Es una cabra.

—Una cabra. ¿Una cabra?

—Luego pasamos a verla. La tengo atada al piano. ¿Hemos terminado con la novela negra? Porque parecemos una novela negra, Rita. Creía que me ibas a meter en una novela de amor y me has metido en una novela negra.

—Es lo que siempre pasa en las novelas negras.

—Tienes razón. Te perdono que no sepas nada de Alma Mahler.

—Nunca me han gustado los bichos. ¿Y es que a ti no te gusta la novela negra?

—Me gusta en lo que tiene de negra y en lo que no tiene de novela. Es decir, me gusta en los buenos autores, algunos yanquis, algunos negros, los que hacen literatura con la disculpa de un crimen. El crimen es para el quiosco y la literatura para mí.

—Vamos a ver la cabra —dijo Rita.

A Rita le congestiona la cabeza, breve bajo su gran melena, el que yo me ponga a hacer ensayismo verbal, al que soy tan proclive. Rita vive de realidades y piritas, y hace bien. Lo de la cabra, en el salón de al lado, era ya un escándalo.

—Parece que está celosa, esta mañana, Alma ¿qué?

—Pues no vas descaminada, amog. Alma Mahler.

La cabra, bella y en sombra, parece un diablo. En vano tira del gran piano de cola en llamas, macizo de pirita. Le echa mordiscos a todo lo que tiene en torno: pantallas de lámpara, flores de plástico, flores de flor, libros, cosas (ahora anda con Jovellanos, que la tiene muy bien nutrida: Jovellanos en libro era más rico en proteínas que su prosa desproteïnizada: la pasta de papel alimenta, y cuanto peor escrito el papel, más proteínas).

—¿Y por qué tienes aquí este bicho asquegoso?

(Cuando Rita se enamora o se indigna, habla con la ge. Como María Félix).

—Porque se parece a ti. Quiero decir que es casi tan bella como tú.

—Sí, ya sé que Picasso hizo una cabra en bronce. Pero no es lo mismo viva. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—La he cambiado por pirita.

—¿Estás negociando con mi pirita?

—Apenas nada. Compró bienes pecuarios.

—Oh, amog, eges adogable. Pero, al menos, ¿por qué no la sacas al huerto?

—En cuanto tú te vayas.

—¿No vas a invitarme a almorzar?

—No, porque acabaríamos haciendo el amor. O el amog, si lo prefieres.

—¿Y con quién lo vas a hacer, entonces?

—Con la cabra.

—Siempre jugando a tegible. Adiós, Alma.

Y le dio a la cabra entre los cuernos con uno de sus guantes rojos, de piel tan auténtica, cortaditos por la muñeca.

Cuando Rita y su coche empalmado/baleado se van, salgo de la novela policíaca, salgo de *El cobre de Rita* y de *El oro del Rhin*, salgo del género negro y del género lírico, y vuelvo a este relato, *El soplo*. Desato a Alma Mahler del piano y me la llevo fuera. La meto en el invernadero, atada a una estaca, para que se coma las plantas. Me siento entre dos tiestos, la observo, la admiro. Es más bella que Rita y que cualquier mujer. Lástima que no sea una mujer. Lástima que las mujeres no sean cabras. Alma Mahler le echa mordiscos a todo, mucho más feliz aquí que atada al piano. Su belleza se abre como la de una flor, su cuello se alarga, tiene toda ella la «femenina distinción» que dijo el poeta. Entre muerdo y muerdo, sus ojos largos, grandísimos, atlánticos y cálidos, me miran un momento, como con gratitud. Alma Mahler no lleva esquila al cuello, hubiera sido humillante. Más falta le habría hecho a la otra Alma Mahler una esquila al cuello. Llena de bondad hacia mí, la cabra bala.

¿Balan las cabras?

El Nuncio, el Nuncio, de morado y rojo y blanco y negro y púrpura y cadmio/fucsia, el Nuncio, el Nuncio, en el entierro del abuelo, porque el abuelo ha muerto placenteramente y de muerte natural, como me anunció a mí personalmente en el delfinario, mientras los terroristas persiguen su coche por la ciudad. El abuelo benefactor ha muerto asistido espiritualmente por el Nuncio, que ahora lo bendice todo, va destiñendo el entierro, y la Almudena entera, el gran cementerio, de un púrpura grato, frío y acogedor que, en la mañana casi inverniza, deja lampasados a los del cuerpo diplomático, a los de otro cuerpo diplomático, a los exiliados compatriotas del viejo (algún mulatón grande y con paraguas abierto, aunque no llueve, algún cuarterzón menudo y *dandy* a la manera latinoché).

Púrpura que destiñe sobre el cielo invernizo, sobre la mañana solemne y blanca, sobre los curas de oficio, sobre los monaguillos, sobre los escoltas, de gris y con brazalete negro, sobre la carroza negra, sobre los caballos y sus plumeros fúnebre/morados, sobre los empleados del hotel donde vivía el anciano benefactor y «bolivariano», como él se decía a sí mismo, los empleados con el gerente al mando, de chaqueta negra y pantalón de rayas.

Púrpura que destiñe sobre los tardofranquistas que fueron amigos del viejo, sobre la gente que se apunta a todos los entierros importantes, sobre los taxistas que han traído invitados a esta decapitación y esperan la vuelta, hablando del partido de ayer domingo, que es que el Atlético no se aclara con este don Jesús Gil y Gil.

Púrpura que destiñe, cuando el Nuncio abre los brazos o los cierra, cuando hace la señal de la cruz o bendice a alguien, sobre Rita (traje de mantilla española negra, con una combinación negra debajo, según entreveo, gafas negras modelo Jackie Onassis), y sobre su marido, un latinoché altiricón con bigotito a lápiz sobre el que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero.

El muerto, el abuelo benefactor, siempre en blanco y gris. Blancos el pelo, el bigote de pirámide y la corbata, gris el terno y la mirada. El muerto, el abuelo benefactor de su patria y de algunos mafiosos españoles, salió hace rato de la carroza, por su pie, ayudado a bajar por dos lacayos negros, y se ha alineado junto a sus familiares para recibir el pésame de los cuerpos diplomáticos, religiosos y financieros, de los compatriotas, de la gente en general. Para muerto, está de buen color, el abuelo.

A mí me hace un guiño que interpreto: «Lo que yo le dije, joven, que moriría en la cama, plácidamente, con la paz de la morfina y los santos óleos del Nuncio, y no abrasado en la calle por los pistoleros». El muerto lleva muy bien su muerte, saluda a todo el mundo, agradece el pésame, se comporta como un viudo afligido y mundano. Trato de encontrar la mirada de Rita tras de sus gafas negras modelo Jackie Onassis, pero nada.

Sí que encuentro, en cambio, la mirada del marido, con frecuencia, y no sé si me odia (es una mirada de odio) por novio de su mujer o por mala fama de periodista de izquierdas, enemigo de los ideales del abuelo benefactor y enemigo de la pirita de cobre. «Por cierto, que, ahora, toda la pirita de cobre pasa a manos de ese gilipollas, incluso la mía, incluso la pirita que tengo en el piano; lástima que las cabras no coman pirita».

El muerto, el abuelo benefactor, está, ya digo, como si se le hubiese muerto la mujer de cáncer o como si hubiera casado a una hija. Su cordialidad y su bonhomía se acompañan de una sombra pálida de tristeza, de una discreta convicción de que el muerto es él. De modo que, llegado el momento, aunque estoy lejos, bajo el paraguas innecesario del mulatón, me parece que el muerto les indica a los operarios de la muerte: «Por mí, estoy dispuesto». Vuelve a subir a la carroza, como si fuese a Palacio, a presentar las credenciales, como cuando se las presentó al Caudillo, y se acolchona en su gran ataúd con herrajes, forrajes y de todo. O como un ajusticiado.

Lástima que no me haya dado la mano a mí, pienso. O quizá sí que me la ha dado.

¿Acaso no he estado yo en la cola de los saludadores, acaso no he estrechado, la primera, la mano fría y seca del viejo, no ha cruzado él conmigo una sonrisa de pirita de cobre y una mirada de muerto vivaz? Del mismo modo, al final de la fila, he dado la mano al marido de Rita, Francisco José, y he encontrado en él una mano blanda y húmeda, una mirada distanciadora y retadora, y he comprendido que mi peligro, ahora, es este hombre. Por Rita o por la pirita, pero el tipo me detesta. Pobre de *moi*.

Al muerto lo enterraron como se entierra a todos los muertos, pero con más solemnidad, y el Nuncio fue el primero en partir, tras sus latines papales y papalicios, en un Austin negro y grandioso. Luego nos fuimos dispersando todos.

Contra lo que yo esperaba, el marido de Rita se dirigió al coche blindado y oficial de su suegro, con un grupo de latinochés, más el negrazo del paraguas, y una mano levísima me llevaba hacia un descapotable blanco y capotado, que era el de Rita, claro, que era la mano de Rita:

—Usted, por favor...

Me volví.

Un guante negro me azotó la cara. Era Francisco José, el marido de Rita.

—En esta ocasión solemne de la muerte de mi padre, queda usted retado a duelo, en presencia y memoria del invicto, por haber ultrajado a la familia. Recibirá mis instrucciones.

El altiricón tenía la voz enferma y asesina. Asentí con la cabeza.

—De acuerdo.

—Ustedes, los españoles, llevaron la noble Ley del duelo a nuestra América. Yo se la devuelvo. Usted y yo vamos a matarnos en duelo.

—Como guste.

—Porque es usted un miserable y un roto.

—A mandar.

Se dieron media vuelta él y los suyos, hacia el coche blindado de mis fornicaciones con Rita. Entramos nosotros en el auto blanco de ella, con capota negra. Lo primero me dio un beso en la boca, luego se quitó las gafas negras para mirarme a los ojos, mientras ponía el motor en marcha y, finalmente, volvió a ponerse las gafas, el luto no había terminado, la prensa del corazón y de la vagina andaba por allí, y regresamos a la ciudad.

—Tu abuelo ha estado hecho todo un muerto. Qué bien ha llevado la ceremonia.

—Ya sabía yo que el abuelo moriría bien.

—Me lo profetizó en el delfinario, que él moriría en la cama, como todos los dictadores.

—¿El abuelo era un dictador?

—No lo sé, amor. Pero todo un caballero, en la despedida del duelo.

—Duelo el que te tiene montado mi marido.

—No me gustan los juegos de palabras, pero está claro que Francisco José quería hacer un poco de teatro. Los latinochés estáis todavía en el Romanticismo. Revoluciones románticas, entierros románticos, duelos...

—Francisco José te quiere matar de verdad.

—¿A espada?

Rita rió, y esta risa daba por terminado el luto.

—Supongo que a pistola.

—Había un maestro de florete en la calle Echegaray que me hubiera enseñado en una semana a matar a tu marido.

—No es necesario. A mi marido lo van a matar los terroristas, como tú dices. Los tegogistas, que te gusta más.

—¿Por qué estás tan segura?

—Esto es una partida de ajedrez. No hay más que aplicar la lógica del ajedrez. ¿Sabes jugar al ajedrez, amog?

—A la brisca.

Rita volvió a reír y ya, definitivamente, tiró las gafas negras, modelo Jackie Onassis, al asiento de atrás.

—Vosotros, ágabes, con el alma de nagdo del ágabe espagnol, desconocéis el ajedrez.

—Bueno, no todos. Tuvimos uno, cuando la posguerra. Arturito Pomar. Yo le gané una simultánea. Y gracias por tus ges.

—¿Qué ges?

—Son como las de María Félix, también en la posguerra, pero más francesas, más auténticas. Tú eres judeofrancesa y por eso te amo.

—Eges un amante gacista. De todos modos, tendrás que batigte con mi marido.

—¿Es peligroso?

—Es tonto.

—Pero tira bien.

—Todos, allá, tigan bien.

«Allá» era América. Joder con América y el Quinto Centenario. Resulta que el Quinto Centenario lo iba a inaugurar yo, muriendo por el honor español, una de las cosas salvajes y católicas que exportamos allá. «Ayá».

Hemos llegado. Rita me deja en mi huerto. La muerte del viejo no mejora las cosas, sino que las complica. Francisco José, de *cornamenta encandelabrada* (Ramón), quiere retarme en duelo, no porque yo sea, hoy por hoy, el novio oficial de Rita, sino porque, quizá, sospecha que estoy metido en el negocio de la pirita, cuando la verdad es que a mí la pirita de cobre me la suda tantísimo. Pero el viejo ha estado muy bien de muerto, saludando al personal y preguntándoles por la familia. Así quisiera que me enterrasen a mí, si me mata en duelo Francisco José (o los pistoleros esos: alguien va a matarme, o el soplo), dejándome diez minutos para cumplir con el acompañamiento. Ya solo, me dirijo directamente al invernadero y me encierro con Alma Mahler, habiendo cogido previamente unos puñados de yerba que le pongo en la boca.

Alma Mahler come, se alegra, devora y, de vez en cuando, levanta su cabeza de Rita egipcia y me mira.

La amo, la amo.

Calle de Echegaray número 13. El maestro Afrodísio Aparicio tiene su sala de armas en la primera planta. El maestro Afrodísio es profesor de esgrima de la Academia de Sanidad Militar, del colegio municipal de San Ildefonso, y cuenta con la Cruz de Beneficencia, con la de Alfonso X el Sabio y con la de la Orden de Cisneros. Bizarría y floretes. El maestro Afrodísio, al que yo daba por muerto, debe andar por los cien años. Tiene la melena blanca y da clase de sable. ¡En guardia, cinta de estocada marchando, a fondo, parada en cuarta rompiendo, corte a la cabeza, parar primera y segunda, rompiendo, revés de la cara...!

Mostacho y un siglo en los ojos. Me gustaría que fuese uno de mis padrinos en el duelo con Francisco José, si es que llega a haber duelo y si es que llega a ser a espada o florete. Con estos latinochés nunca se sabe. El maestro Afrodísio fue profesor del Casino Nacional, campeón de España y campeón del mundo. Toma treinta cafés diarios, que son los que le hacen inmortal. Floretes, sables, guanteletes, caretas metálicas. El maestro Afrodísio enseñaba esgrima nada menos que a la reina Victoria.

Me visto de gilipollas y hago florete con el maestro Afrodísio, que sólo está vivo con un arma en la mano. Es un muerto al que galvaniza la espada. Le digo que todo esto es para un reportaje, que voy a hacer un reportaje, pero la verdad es que quiero estar prevenido por si Francisco José me sorprende con un duelo a arma blanca. ¿Y por qué tengo que meterme yo en un duelo, a finales del siglo xx?

Porque, de otra manera, Francisco José y sus sudacas me cocerían a tiros, por cobarde, a la vuelta de cualquier calle. Sospecho, intuyo, adivino, además, que a Rita le gustaría que yo me batiese por ella contra su propio marido. Lo encuentra romántico. Gomántico. Aunque no lo diga. Me veo en los inmensos espejos dando saltos y estocadas. Soy una mosca, soy una araña, soy una cigarra del verano pasado, una cosa entre ridícula, muerta y vivaz. Rita va en el fondo del coche «oficial» de la familia, en el fondo del coche empalmado/blindado, y de pronto el hombre de franela y musculatura se mete por calles que no son. Oiga, que por aquí no es. Voy a repostar, señora. Y Rita vuelve a cerrar los ojos y ponerse las gafas negras, que se había quitado un momento. El maestro Afrodísio y yo somos dos moscas histéricas, dos arañas humanas, dos chicharras locas, dos hormigas violentas y rítmicas, en los grandes espejos del estudio de Echegaray. El chófer para en unas traseras, en una calle de almacenes cerrados que no parece madrileña, en el revés de algún mundo fabril y soleado. Sin testigos, Rita, que no es del todo inconsciente, de pronto ha comprendido. Este hombre está vendido al mierda de mi marido y me va a secuestrar.

Lo del florete tiene su gracia al principio. Luego es una gilipollez. No me extraña que sólo se dedique a ello un muerto, como el maestro Afrodísio. Y mientras yo hago el hombre/mosca en un espejo que tiene el mar Adriático dibujado en las ausencias de azogue, a mi Rita la toma violentamente el mecánico de franela y musculatura, el mecánico que tiene una visera por cara. Advierto que el ejercicio me sienta bien, que me quita años, o siglos, pienso que Francisco José no ha estudiado florete con el maestro Afrodísio, y que le puedo matar.

Rita, amordazada y atada de pies y manos por su chófer, penetra en la oscuridad de un gran almacén que huele vagamente a azafrán, como todos los grandes almacenes vacíos. Y también un poco a patata rancia, revenida. Al menos, así es como me lo contaría Rita después, mucho después.

—¡En guardia!

Y me pongo en guardia. El chófer/gorila (siempre me había parecido un traidor) tiene a Rita convenientemente atada y bien atada, y se la lleva en brazos hacia mayor oscuridad.

—¡Cinta de estocada marchando...!

Y le pego una estocada al cadáver saltarín del maestro Afrodísio. Tenía que haberlo sospechado antes: muerto el muerto, toda la pirita de cobre pasa a Rita. Francisco

José no se conforma con un reparto matrimonial en el que Rita, dado que no es tonta y que no le ama, se va a llevar la parte de la leona. Hay que eliminar a Rita mientras se negocia con el Nuncio, con América y con el Mercado Común.

—¡A fondo!

Me lanzo a fondo y me doy un hostiazo. Sigo pensando en el problema familiar de la pirita. Así no hay quien aprenda florete. Tengo que encontrar a Rita. Pero ¿cómo la voy a encontrar si todavía no sé que la han secuestrado? Algo funciona mal en esta novela.

—¡Parada en cuarta rompiendo!

No sé lo que es eso. Desisto. Francisco José es capaz de matarla. Cree que ella va a huir conmigo y con la pirita. No saben que yo quiero quedarme en casa con la cabra.

—¡Corte a la cabeza!

Y le corto la cabeza al viejo maestro Afrodasio. Se la vuelve a poner en su sitio, ante el espejo. El acierto me ha dado fuerzas y confianza en mí mismo. Salvaré a Rita. ¿Y de qué es de lo que voy a salvarla?

—¡Parar primera y segunda!

Tampoco sé lo que es. Vuelvo a desistir. Si el duelo es a florete, el cornudo me matará. A mí no me importa la pirita de cobre. A mí me importa Rita. ¿Me importa Rita? Bueno, al menos se ha afeitado el pubis por mí. Eso siempre obliga a una correspondencia. Algo tengo que hacer.

—¡Rompiendo!

¿Y qué es lo que tengo yo que romper? Soy una mosca del verano pasado pegada al espejo inmenso del salón, bordeando el mar Adriático. Estoy desgadamente metido en una historia que no me gusta, en una novela que ni siquiera es buena. Las novelas reales siempre son malas. La realidad es mala novelista.

—¡Revés de la cara!

Le doy en el revés de la cara y cae al suelo. Francisco José cae al suelo. He ganado. Me he ganado a Rita en duelo. Francisco José, sentado en el suelo, se quita trabajosamente la máscara de hierro, y lo que sale es la cabeza centenaria o milenaria del maestro Afrodasio. Aquí hay algo que no funciona. Yo ya había ganado el cómic.

—Bien, hijo, con unas cuantas clases más, no sólo harás el reportaje, sino que serás un maestro en la esgrima.

—Maestro Afrodasio —le digo al irme a la calle vestido de hombre/mosca—, y si yo tengo un duelo a florete, ¿usted querrá ser mi padrino y asesor?

—¿Pero es que todavía quedan duelos, hijo?

—Los latinoamericanos, que lo heredaron de España y siguen con la manía. Ya sabe que allá son violentos.

—Pero suelen usar la pistola.

—Es lo que me temo, maestro Afrodasio. Y muy buenos días.

—Son mil cuatrocientas pesetas, hijo.

Le pago, mete mi ropa en una bolsa de El Corte Inglés y me paseo por la ciudad vestido de hombre/mosca, con el florete al cinto. Casi nadie me mira. Deben de pensar que soy un extra de cine. A uno le miran más si va con su cara. De la televisión, claro. Vestido de hombre/mosca, rescataré a Rita a florete.

Son todas las pijadas que puede pensar un hombre que está enamorado y no lo sabe, o un hombre que no está enamorado y tampoco lo sabe. A mí lo que me importa es Alma Mahler. Si ella es una mujer/cabra, yo soy un hombre/mosca.

Lo que pasa es que cada vez me cuesta más distinguir, mentalmente, a Rita de Alma. Voy a tener que beneficiarme a la cabra, realmente, para apreciar las diferencias. Un hombre/mosca se pasea por la ciudad sin que nadie vuelva la cabeza (esta ciudad ya no vuelve la cabeza por nada), Rita está secuestrada en algún sitio (el hombre/mosca la ha llamado desde diversas cabinas, confirmando su intuición: nadie al aparato) y los padrinos enlutados de Francisco José deben de andarme buscando para fijar las

condiciones y fechas del duelo.

Así las cosas, dentro de un taxi me quito la careta metálica:

—¿Un extra de la tele, eh?

—Pues ha acertado usted.

—Me gustan a mí las películas de capa y espada.

Llegado a casa, pongo el contestador y no hay recados de Rita. Cuando menos, la intuición me funciona. Francisco José la ha secuestrado. Yo podría aliarme con los terroristas para liberar a Rita y devolver el cobre al pueblo americano. Eso es lo que haría un hombre de izquierdas. ¿Soy yo un hombre de izquierdas?

Me miro en uno de los armarios de la mudanza y sólo veo un hombre/mosca. Me desnudo y me vuelvo a mirar.

Pero un hombre desnudo no es de izquierdas ni de derechas. Es sólo un hombre de Desmond Morris.

Ah la penetración, siempre profanación, siempre/simple profanación, ah la penetración, qué ciega precisión, qué ahondar árido y gratisimo, ah la estrecha cloaca de musgo rosa al tacto, ah las vegetaciones interiores, lo femenino de lo femenino, mujer o cabra, cabra/mujer, tenues dificultades, repetidas virginidades que van cediendo una tras otra, un camino en la noche oscura del alma, a través del cuerpo ¿las cabras tienen alma?, la insondable vagina hembra (tautología, sí, vagina/hembra, pero es lo que uno va penetrando, destruyendo suavísimamente, conociendo: tautologías: un redundar de la hembra en más hembra, de la especie en más especie, del sexo confirmándose a cada centímetro como sexo, innecesariamente, deliciosamente). Penetrar a Rita por detrás es como violar a una cabra. Violar una cabra es como penetrar a una mujer por detrás. Cualquier mujer a gatas es cabra o loba, con los pechos colgantes y la vagina ofrecida como un hongo, como una seta fresquísimas y reciente, nacida en la lluvia de ahora mismo.

Ah la penetración, ah de Alma Mahler/Rita/cabra, tres vaginas en una, o las que sean, una interminable sucesión de vaginas/cloacas por las que ese pocero cumplidor que es el miembro se adentra más y más, pasando de lo ancho a lo estrecho, de lo estrecho a lo ancho, vadeando aguas corporales, lluvias interiores, tanteando paredes que estremecen, fondos provisionales, abiertos pronto a más placer.

Ah la vagina joven, de un color que no vemos, de un color que no existe, vagina color cabra, color hembra, color Rita, color Alma, ah la vagina de humilde y sempiterno color de oveja, vagina color niña, la vagina Enedina, Enedina/vagina, a todas las penetro dulcemente, violentamente, sangrientamente, esta mañana, una vagina color niña es lo que me envuelve, lo que envuelve mi sangre en lanzadera, adónde voy, adónde, adónde vas, cabrón, ah niña, niña. Alma Mahler a gatas bajo el empuje musical del genio, y yo, Mahler en pie, entrando musicalmente, golpeando, percutiendo obscenamente en el final uterísimo de la vagina, de la total vagina, vagina que palpita, serpiente inversa, hueca, la hembra es serpiente, lo dice el catecismo, ay Ripalda cómo me corro, cuán larga vegada, padre, la serpiente interior de ellas, esa serpiente inversa que es una vagina, vibración y serpenteo de la serpiente, amor, amor, sexo, confundidas vegadas, hondísimo placer, «lo esencialmente otro», lo hembra, poseído al fin, querido Marcel, contra lo que tú decías, amor, y el yo soluble en hembra, el yo soluble en cabra, en especie, en universo, no hay otro adulterio que el salto de especie, adulterar con una cabra, amancebarse con una cabra, adulterar con Rita, amancebarse con Rita, profanar a Enedina, fornifollarse fuerte a Alma Mahler, Alma pataleando embutida en un falo de música y orgasmo, Alma pedaleando en el aire del amor ciclista, pedaleando en un piano que flota en el aire, dando al pedal y al teclado, muriendo en el orgasmo, y la cabra balando ¿balan las cabras, maestro Lázaro?, el coño abierto como una gigantea, la vulva y el bulbo sangrando sangre de cera virgen, pasar a través de los sexos y de las especies, eso es follar, esto es follar, esto nos hace inmortales un segundo.

Don Enrique Larreta y don Ramiro miran muy serios mi follar con la cabra. Han entrado en el invernadero y cuando abro los ojos es cuando les veo.

—Ustedes disculpen. Y me abrocho.

—No se apure por nosotros, jefesito, allá en nuestra nación es muy corriente.

—¿Follar con animales?

Alma Mahler trisca tiestos de invernadero con discreción, ajena a la visita, siempre discreta.

—Ustedes los hispanos nos los llevaron allá, ustedes fornicaban con las llamas bolivianas.

—¿Bolivarianas?

—No, bolivianas.

—Pero entonces no existía Bolivia. Salgamos de aquí, por favor.

—O casi.

—O casi qué.

—Bolivia, Bolívar, todo estaba latente en nuestra Atlántida.

—Y ustedes que lo digan.

Rasco a Alma entre los cuernos y me llevo a don Enrique Larreta y a don Ramiro hasta la casa. Voy ajustándome los pantalones a la cintura. «Somos los enviados y padrinos de Francisco José». «Ah». «Usted tiene con él pendiente un duelo».

Entramos en el caos de la mudanza. Nos sentamos y les sirvo de todo. Ellos están al borde de sus asientos, enlutados y de visita.

—Somos los enviados y padrinos de Francisco José.

—Ah.

—Usted tiene con él pendiente un duelo.

Me suena la conversación como de haberla oído otra vez. Los latinochés siempre se repiten. O quizá sea mi cabeza.

—Ustedes me recuerdan a Enrique Larreta y *La gloria de don Ramiro*. Le odio porque dio una versión cursi de España.

—Allá lo tenemos olvidado.

—¿Ah, sí? Pues ahora mismo le doy el libro a comer a la cabra. Perdonen, que voy a buscarlo a mi biblioteca.

—Usted plagia a Manuel Vázquez Montalbán —dicen a dúo (siempre hablan a dúo)—. El héroe de Vázquez Montalbán quema los libros que no le gustan en la chimenea. Quiere liberarse de la cultura, ese lastre.

—Les prometo que es pura coincidencia. Leo mucho a ese autor y amigo, pero a mi cabra le gusta el papel y no puedo remediarlo. No le basta con la Prensa del día.

Voy a la biblioteca, encuentro a ojo *La gloria de don Ramiro* y se lo llevo a la cabra, al invernadero. En realidad, estoy ganando tiempo para pensar en los padrinos del duelo, que al parecer va en serio, y en el duelo. Vuelvo con ellos.

—Admiro y quiero mucho a Vázquez Montalbán.

—Pero no hemos venido aquí a hablar de literatura —dice el dúo—. Le dejamos nuestras tarjetas con el día y hora del duelo, que será en la Casa de Campo. Búsquese dos padrinos.

Me acordé de mi amigo muerto, Miguel Mihura: «Campo del honor: entrada una peseta». Y me entró la risa, claro:

—Pero los duelos ya no se llevan en Europa.

—Ustedes los exportaron a América.

—En España están prohibidos por la Constitución.

(Yo no había leído la Constitución).

—No es un problema constitucional —dijo el dúo—. Es un problema personal. El honor y la honra. Calderón, todo eso. Francisco José tiene que matarle a usted.

Le puse agua a mi *whisky* o le puse *whisky* al agua. No sé.

—Quiero que el duelo sea a florete —dije.

—¿A florete?

—¿No pretenden ustedes seguir los usos caballerescos españoles? Aquí los caballeros se matan a florete.

—Usted domina el florete.

—Puach —dije con superioridad.

—El duelo es a pistola —dijo el dúo.

—Yo no tengo pistola.

—Los padrinos proveerán.

—Eso es arrancar con ventaja.

—Y lo de usted también —dijo el dúo Larreta/Don Ramiro.

—Bien, acepto.

—No tiene más remedio que aceptar. En caso contrario, ya sabe que hay mucha inseguridad ciudadana.

—Sí, eso dice la derecha.

—No lo dice nadie. Es verdad. Madrid es ya como Manhattan. Usted puede morir en cualquier esquina.

—O sea que debo morir caballerosamente, a manos de Francisco José.

—O a la inversa. Búsquese los padrinos. Ahí queda nuestra tarjeta con día y hora.

—¿Y mes? —pregunté, por preguntar algo.

—Y mes. Este mismo.

El dúo Larreta/Don Ramiro se puso en pie y se fue con la misma luctuosidad con que había entrado. Me quedé dándole al alpiste y pensando: de modo que ahora tengo que aprender pistola. Y pistola romántica. Estos traerán unas pistolas virreinales. Nos odian, pero nos siguen en todo. No sé si he escrito ya en esta novela, o lo que sea, que voy a ser el mártir del Quinto Centenario. ¿Y si le pidiera una subvención al Ministerio? Pacordóñez es amigo. Podría gastarme la pela con Alma, Enedina y Rita (si es que sigue viva), antes de que me maten con una pistola pavonada.

Mi día había empezado feliz con la profanación sacrílega e incestuosa de Alma Mahler, Enedina, Rita y la cabra (uno siempre piensa en otra cuando folla, o en otras). Pero don Enrique Larreta y don Ramiro, con su gloria como una sombra, han venido a ensombrecerme la vida. No la vida, sino mi vida, que peligrá. Vuelvo al invernadero y saco a Alma Mahler, llevándola sujeta de la cuerda. Alma se ha comido ya media obra de Larreta. Paseamos entre huertos urbanos (o no sé cómo los llama ahora el socialismo), ella triscando aquí y allá, yo admirando su belleza de mujer convertida en cabra, disfrutando del paisaje suburbano y procurando olvidarme del duelo anacrónico y novelesco en que voy a morir. Pero estoy escribiendo una novela *light* y no tengo más remedio que seguir el argumento, si es que hay argumento.

—Para merienda te queda la otra mitad del *Don Ramiro*, Alma.

Y acaricio y rasco a la cabra entre sus cuernos telefónicos, peluqueros y de hueso. Tengo que buscar dos padrinos. Es decir, que habrá que mirar por la agenda. El mediodía de noviembre está claro y quieto, bello y soleado, apurando los colores como un pintor al que se le agota la paleta.

Verde llovido de los ciruelos, ocre seco de otros árboles, desgarradura de las parras rojas, como un final de ópera, y tanto cielo sobrante y hermoso para respirar. Alma se para a triscar cualquier cosa.

—Vamos, Alma, —le digo cansinamente.

Cientos, miles, millones de mujeres cosiendo a máquina en las inmensas naves de Antuán. Antuán es modisto. Cientos, miles, millones de mujeres jóvenes y maduras cosiendo a máquina, en combinación, ligeras de ropa por el esfuerzo, trabajando para Antuán. Un clima absoluto de coño y dulce axila mojada. Los antiguos prohibieron la máquina de coser porque el pedaleo generaba orgasmos involuntarios en la costurera. Igual podrían haber prohibido la bicicleta, sólo que la bicicleta pedaleaba a otro nivel social, y era más difícil de prohibir. Antuán tiene aquí su taller y su harén. Se tira a la que quiere, imagino. Cientos, miles, millones de mujeres cosiendo a máquina, sólo que ahora las máquinas son más modernas, no exigen pedaleo, han suprimido el orgasmo. La técnica es la asepsia y va siempre contra el placer, contra la vida. Odio la técnica. Antuán me lo dijo una vez, quiso prohibir las máquinas modernas, porque las costureras orgasmizadas por el pedaleo le eran más aseguibles, pero hubo un paro, un plante, una cosa. Ellas renunciaban a su propio orgasmo, allá ellas.

De cualquier forma, el espectáculo es grandioso por unánime, unánime por grandioso, y me quedo un rato disfrutando de él, antes de pasar al pequeño estudio de Antuán.

Como los cisnes unánimes de Rubén, todas estas mujeres bellas (la unanimidad da armonía: belleza) me enhechizan. Respiro profundamente un olor de axila fresca y laboral. Las amo. Seguro que Antuán se folla una por día. Luego paso yo solo al estudio del sastre, que ya sé dónde está, sin que una sola costurera levante la cabeza. Como si fueran chinitas. (El trabajo masivo y capitalista tiende a chinizar a las masas).

Antuán es alto, más que cincuentón, delgado y fuerte, con el pelo blanco y duro, la tez morena y andaluza (es como de Huelva o así), la expresión dura y cordial al mismo tiempo. Antuán lleva siempre un lapicero en la oreja, como los carpinteros, para dibujar sus patrones (en realidad es un genial modisto, un creador). Cuando se quita el lapicero de la oreja, lo sustituye por un cigarrillo negro hecho a mano. En otra mesa de su estudio tiene retazos de tela negra, y sobre ellos dibuja, con tiza, las curvas y las rectas que luego sus obreras van a pasar a la máquina de coser Singer último modelo (todavía queda alguna de los años bellos, manuales, pedestres y orgásmicos).

—*Whisky*, como siempre.

—Eso.

—Lástima, Antuán, que hayas ido sustituyendo las viejas Singer.

—Ya sabes que tuve un plante de las hembras.

—Claro. ¿Te las tiras a todas?

—Voy seleccionando. Qué alegría verte por aquí.

—Esta vez no voy a escribir un reportaje sobre tu manera de hacer moda, Antuán. Vengo por un duelo.

Antuán, que, como queda dicho, es andaluz, ha vivido siempre en París. Quizá se llamaba Antonio y ha castellanizado el Antoin de su nombre, a la vuelta a España con la transición esa de la cosa. Antuán es un Anthony Quinn con mucha marcha para las tías, me parece, pese a los años.

—¿Un duelo? Eso me gusta. Sabes que me gusta todo lo antiguo y de ello vivo. Hago mi moda según los pintores renacentistas y sólo me tiro mujeres renacentistas. Hay muchas entre el pueblo, entre las obreras. Fui y soy anarquista porque es una cosa antigua. Me encanta, y es muy tuyo, que sigas practicando la vieja gracia del duelo.

Estamos sentados en dos sillones viejos y sin carácter. Bebemos nuestro *whisky*. Antuán es joven y eterno, camino de los sesenta, a la luz de la mañana.

—Bien, en realidad me han metido en el duelo. He pensado que seas uno de mis padrinos. Pensé que te gustaría. Se trata de un latinoché que no me perdona los cuernos.

—Qué hermoso todo. El pasado sigue gobernándonos.

—Yo siempre he pensado que nos gobiernan los muertos.

—Y tienes razón. Bakunin, D'Annunzio, Marx (Marx sin Rusia), todo eso. Cuenta

conmigo.

—Resulta que nosotros exportamos allá todo esto del honor y la honra y ahora tenemos que enfrentarnos con ello.

—Me gusta el Imperio, me gusta el Quinto Centenario, me gusta el Gran Cachondeo. La mentira sólo se redime cuando se sublimiza. Es ya La Gran Mentira.

—¿Y si me matan?

—Morirás a la antigua. La izquierda también tenemos una antigüedad.

Le dejo a Antuán fecha del duelo y sitio, la Casa de Campo, y el lugar determinado. Antuán es muy inteligente, y además tiene mucho trabajo. Del taller nos llega un rumor laboral y femenino.

—La buena izquierda fue la izquierda naciente, la decimonónica, *mon ami*. La izquierda tecnológica es una puta mierda. Me gusta que mueras de una manera antigua.

—¿Das por seguro que voy a morir, Antuán?

—Es tu obligación.

El soplo, el soplo, ¿dónde está Rita? Buscando a Rita desesperadamente, el soplo, el soplo. Un dos tres, extrasístole, un dos tres, extrasístole. Han secuestrado a Rita, han descuartizado a Rita, han matado a Rita, lo he visto en visión interior, lo vi haciendo florete, su contestador no contesta y ella no me llama, el soplo, el soplo, buscando a Rita desesperadamente. Y ahora tengo que batirme en duelo por una mujer que ya, a lo mejor/peor, ni siquiera vive. El soplo, etc.

Berrendero vive en una casa vacía, sin muebles ni tabiques.

—Mis padres hicieron lo mismo. En cuanto murió mi abuelo, a la vuelta del entierro, mis padres y mis tíos, sin ponerse de acuerdo, empezaron a tirar paredes, en mangas de camisa. Yo, en cuanto alquilé este piso, piqué paredes y pasillos, aquí con un colega albañil. Hay que matar a los muertos.

—A tu erizo le rezo un poco todos los días.

—Es mentira, pero gracias.

Berrendero vive en una casa de luces opacas, rojos esmerilados, mantas por el suelo, para dormir, y una pirámide de yeso en el centro, aunque esta casa no tiene centro. Creyendo hacer acracia, se ha limitado a seguir la tradición familiar: echar abajo desde dentro las casas que habita.

Nos sentamos en un rincón a fumar porros. Suena heavy metal por algún sitio. Quizá tenga la música en la cocina, el tipo.

—¿Se te han muerto más erizos?

—Ahora se me mueren contadores.

—No baciles conmigo, oyes.

—Te lo prometo: contadores de la luz, contadores del agua, contadores del gas. Cada vez que viene un tío con el recibo, le digo que vuelva, o que no vuelva, bajo al sótano y rompo el contador. Ya no hay más gasto.

—Pero me parece que estamos con velas.

—Sí, de todos modos me han cortado la luz, ya sabes. Los Oriol. Y gracias por la visita.

—Te vengo a buscar para un duelo.

—No creo en la violencia.

—Es de testigo.

—¿De testigo, como en las bodas?

—De padrino.

—¿Tengo que ponerme corbata?

—Eso quiere decir que aceptas. No. Nada de corbata. Vete de negro, como estás ahora mismo, como siempre.

Le apunto día, hora, lugar y todo en un papel, que clavo en la pared con chinchetas.

—Ahí tienes, para que no se te olvide.

—Una jai, supongo.

—Un marido, más bien.

—Eso. Me gusta la idea. Hay que volver al duelo.

—Es cosa del tipo. Es latinoché.

—Claro. Están viviendo por anticipado el Quinto Centenario ese de la cosa.

—Claro.

—Te podemos enterrar con el erizo.

—¿Das por supuesto que vais a enterrarme?

—No le vas a poder tú a un latinoché, que llevan en guerra desde Buffalo Bill.

—Bucéfalo.

—Eso, Bucéfalo. ¿Tienes pistola?

—Yo me estaba preparando para un duelo a florete, pero el tipo impone la pistola. Es el ofendido y el retador. Tiene derecho.

—Lo teníais que haber hecho a navaja. De todas maneras te va a matar. Yo me voy a morir del pico, pero más tarde. Por eso digo que si te enterramos con el erizo, en tu

huerto. ¿O es que no te gustaba mi erizo? Te dará buenas vibraciones incluso después de muerto.

—Déjate de vibraciones. Lo que quiero es que no me faltes. Ya tengo el otro padrino.

—Estás mentalizado con que te van a matar. Y qué.

—Nada.

—Pues eso. Te vendo un erizo.

—Otro erizo. ¿Muerto?

—Vivo, coño.

La casa es una noche de rojo esmerilado y heavy distante.

—Ahora tengo una cabra.

—¿Te tiras a una cabra?

—Cómo lo sabes.

—Para qué vas a tener tú en casa una cosa con coño si no es para tirártela.

—También tuve una criada de noventa y cinco años.

—¿Cómo se llama la cabra?

—Alma Mahler. ¿Por qué?

—Porque las cabras sin bautizar se mueren en seguida. Lo dice Cela.

—¿Te gusta el nombre?

—Alma. Alma Mahler. Sí, está bien. No le has echado mucha imaginación, pero está bien.

—No se lo puse yo. Se lo puso el que me vendió la cabra.

—¿Compraste la cabra?

—La cambié por pirita de cobre.

—Que yo me aclare.

—Ahora trafico en pirita de cobre. Si le das salida a un poco de pirita, yo controlo material y te suministro.

—No es mala idea. O sea que la tía tiene pirita.

—Lo deduces todo.

—El pico da lucidez. La muerte da lucidez. La lucidez final se llama muerte.

—Detesto tu filosofía. Ven.

Me pongo en pie y le arrastro hasta el cartel que he clavado en la pared.

—No me falles ese día. Madruga.

—Yo no madrugo. Lo que hago es que no me acuesto.

—Mejor.

La música es más intensa y las velas huelen a entierro. La pirámide de yeso no es más que una pirámide de yeso. No dice nada. Berrendero se viene conmigo en el viejo ascensor/jaulón, antiguo, decorado, dorado y espejeante como el retrete de la Montespán.

—Tengo que bajar al sótano a romper un contador.

Ligeros, veloces, patinadores, raudos, vamos en el monopatín de Enedina, Enedina y yo, cruzando la ciudad, desvariando entre los coches, atravesando plazas por el aire, recorriendo avenidas por el cielo. Voy cogido a la cintura canéfora de Enedina e inclino mi cabeza sobre su cabello corto y violento, que huele a velocidad y a colegio. Vamos hacia el delfinario. Yo llevo un pie en el aire y con el otro impulso el monopatín, como Enedina. Hacemos sky, trineo de las nubes.

Me lo dijo ayer tarde, de huerto a huerto:

—Lo mejor, para saber la verdad de tu lío, es hablar un poco con los delfines. (Yo le había contado por encima mi lío).

—¿Tú te entiendes con los delfines?

—Claro. Sólo tienen dieciocho palabras. No hay más que poner atención.

—¿Y crees que sabrán algo de lo mío?

—Tú me has dicho que el viejo te citó en el delfinario.

Audaces, veloces, deslizantes, vamos en el monopatín de Enedina, viajamos a través de una ciudad intransitable de luces y bocinas.

Me gusta que esta niña de trece años, esta púber canéfora, me ofrende el acanto de la velocidad, y todas las enramadas del cielo que vamos desgarrando con nuestro viaje.

Navegantes, inteligentes, inquietantes, los delfines viven en elipse. Enedina se acerca para hablar con ellos. Yo me distancio y miro los flamencos, siempre con una pata en el aire.

Los flamencos, con su leotardo rojo. Enedina —la veo a cierta distancia— está de pie frente a los delfines, que saltan fuera del agua y emiten sonidos. Enedina les pregunta cosas en un lenguaje que no entiendo o que no me llega, por la distancia. Comprendo que si alguien puede entenderse con los delfines son los niños, las niñas. Las niñas listas.

¿Cómo los científicos no han pensado en eso?

Los científicos es que no piensan en nada. Los delfines han descubierto la elipse sin leer a Kepler, y viajan siempre en elipse (a lo mejor sí que lo han leído), y se mueven elípticamente y su cuerpo es una elipse con aletas. Son sirenas en el agua, quizá las únicas sirenas que oyó Ulises. *Dauphin*, que aparece en el sueño de André Breton cuando encuentra a Nadja, etcétera. Dejémonos de literatura. Quiero asistir, siquiera sea a distancia, al diálogo de Enedina con los delfines. Al espectáculo.

Los delfines dan siempre saltos ojivales. El delfín es un pez gótico. El delfín no es un pez. La niña parece una santa medieval arrodillada ante las arcadas ojivales y fugaces que dibujan los delfines en sus saltos. Pero hay un rumor de agua y palabras que no son humanas. Pienso que Enedina es una mística de los delfines, como Santa Teresa lo fue de los pucheros. Las mujeres tienden a la mística, desde niñas, y lo mejor es dejarlas a su aire. Rita —¿vive Rita?— es, por ejemplo, una mística del falo, del pene, de la polla. La cabra es una mística de todo lo que le entra por detrás. La hembra tiende siempre al conocimiento místico del mundo, y ahí entra el sexo. La hembra, humana o animal (si es que esto son cosas diferentes), tiende a mistificar, con ese, toda relación con el mundo. El macho tiende a mixtificar (con equis), a falsear su relación con el mundo.

La mística femenina es una superación del mundo, un entendimiento por elevación (San Juan de la Cruz sólo es místico en cuanto que es femenino: poeta). La mixtificación macho (humana, divina o animal) prefiere dominar el mundo a entenderlo. El mundo lo han hecho los hombres en cuanto que prefieren dominar a entender (o lo han deshecho). Así funcionan todos los machos de todas las especies, o casi. Las hembras, de Enedina a la lombriz, prefieren entender el mundo, no por la vía racional, que es dominadora, sino por la vía mística (Descartes es un dictador), que es penetrativa. Y no pienso que esto sea bueno ni malo, sino que del equilibrio de ambas fuerzas (la fuerza macho, modeladora, la fuerza hembra, entendedora) está hecho el

equilibrio que nos permite vivir, que compensa el planeta, salva la entropía y sigue adelante. Pero Enedina viene hacia mí. Tras ella veo, lejana, la bóveda ojival e instantánea, repetida, que los delfines van dejando en el aire, como el arco de su pureza, de la pureza de Enedina.

—Que dicen los delfines...

—Espera, amor, que ya ha sido mucho monopatín. Recoge tu chisme y vamos a tomar un taxi. En el taxi me cuentas despacio todo lo que te han dicho los delfines.

El taxi se defiende como puede en el tráfico de la ciudad, procurando meterse en todos los líos, para que suba la cuenta. Yo lo prefiero: escucho a Enedina con más calma:

—Tú me contaste que tuviste aquí tu entrevista con el viejo presidente. Su gente sigue viniendo aquí todas las mañanas, como sitio poco sospechoso. Los delfines oyen y entienden a los humanos. Los delfines han oído hablar a Francisco José, tú sabrás quién es, y dicen que está muerto de miedo, que sabe que le vas a matar. Ellos quieren matarte a ti por no sé qué de la pirita, pero confían poco en Francisco José. Es todo lo que han oído los delfines. Yo estoy muy preocupada porque me parece que estás metido en un asunto de muertos y que te pueden matar. Yo no quiero que te maten. ¿Por qué no te quedas en tu huerto y seguimos viéndonos todos los días, tan felices?

Y Enedina, que lleva el monopatín contra el pecho, como Santa Teresa llevaría un crucifijo, me coge una mano con su mano hecha y niña al mismo tiempo, y siento que sólo por ella habría que vivir. Es la mano del futuro, que tira de mí.

El taxista, viejo y miope, sigue llamando hijos de puta a todos los que va dejando atrás.

Acaricio Cachemira, acaricio Angora, Anatolia, acaricio países cuando paso la mano, a ciegas, por el fino pelo de mi cabra, en la cópula loca, que dijo el poeta, acaricio los lomos de Alma Mahler, la piel de tabaco de Afganistán, la placidez de Nubia y Palestina, una cosa rubia y morena al mismo tiempo, penetro la vagina misma de Abisinia, tan negra y rizada, toco lo ceniciento y lo rojizo, toco la leche de Granada, una Granada hecha de leche, toco la roña que mi cabra ya no tiene (como si me estuviese beneficiando a una gitana), me expongo a la fiebre ondulante, que debe ser una hermosa fiebre, algo así como mi soplo, toco el pelo largo y fino del Tibet, penetro, sí, una vagina bóvida, una bóveda de vagina, follo un antílope hembra, y el orgasmo es ya, para ella y para mí, la capela astron, una estrella de magnitud 0,09, de la constelación Aurigae, gigante amarilla de tipo espectral G, como el sol, es todo lo que veo durante la vegada, que no sé si coincide con la de la cabra, estamos a cuarenta y cinco años luz de la tierra, y hay dentro de mi cabeza una luminosidad mayor que la solar. De pronto, qué gran fatiga, el soplo, el soplo.

La Casa de Campo está fría y bella a las siete de la mañana. Me ha traído un taxi. Se diría que el frío apura los colores, espiritualiza las luces, deja la Casa de Campo en una finísima alusión a sí misma. El sitio elegido para el duelo veo que es feo y frío, pero tranquilo. Aquí nadie nos va a molestar. He llegado el primero. Tengo impaciencia por morir.

¿Tengo impaciencia por morir?

Despedido el taxi, me siento contra un arce, en el suelo, a esperar la llegada del futuro, que para mí va a ser corto o así. O así. De pronto, en un viejo taxi, don Afrodiseo Aparicio. Me pongo en pie y nos abrazamos. Don Afrodiseo es el mosquetero esmerilado de un Madrid que ya no queda y por el cual yo muero:

—Pero el duelo no es a florete, don Afrodiseo, maestro.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero he venido a morir contigo.

(El soplo, el soplo).

En esto que una escuadra de coches, por el otro lado del calvero, y, entre los coches, el auto empalmado/blindado del abuelo benefactor, que ahora usa su yerno, el altiricón Francisco José.

El maestro Afrodiseo y yo estamos sentados en el suelo.

—También podría haberte dado unas clases de duelo a pistola, hijo, si me lo hubieses dicho.

—Demasiado tarde, maestro.

Los hombres de Francisco José, alcaponianos y eficaces, toman medidas del terreno, cuentan los pies y con un metro, van y vienen, acotan el espacio de la muerte, la cancha de mi muerte.

Ahora, Francisco José, de negro como un romántico latinoché, altiricón y romántico (siguen admirándonos) como un Herrera y Reissing del crimen, viene hacia mí. El maestro y yo nos ponemos en pie:

—Buenos días. Estamos entre caballeros. Morirá el mejor. Hasta ahora mismo.

Francisco José tiene la cara de haberse acostado tarde y haber bebido como un poco demasiado. De todos modos, es seguro que tira mejor que yo. Y ha dicho las palabras justas y precisas. ¿Vendrán en algún código del honor español? Los españoles es que ignoramos nuestros códigos.

A partir de este momento, todo se vuelve sonámbulo, y sonambúlicamente me ajusto la ropa negra que he traído para mi entierro, qué van a decir, si no, los sepultureros, me pongo en pie y recibo a un elegantísimo gángster de corbata negra con brillantes incrustados que me ofrece dos pistolas para que elija. Son dos pistolas idénticas, dos hermanas gemelas de la orfebrería del crimen, dos armas como forjadas por Benvenuto Cellini, dos obras de arte:

—A mí es que me gustan las dos.

—Muy ingenioso, pero tiene usted que elegir una.

—A mí es que me da igual. Ya le digo que me gustan las dos.

—Que elija por usted el padrino.

El maestro Afrodísio no es mi padrino (por cierto que los padrinos aún no han llegado, quizá no lleguen nunca), pero me callo y le dejo que elija. El maestro Afrodísio toma las dos pistolas, las sopesa, las calibra, las monta, las desmonta y me da una. Le devuelve la otra al tipo:

—Ésta.

El otro se va satisfecho. Miro a lo lejos, miro en torno y comprendo que mis padrinos se han olvidado del duelo, trasnochadores como son los dos, y no van a llegar nunca. Mal elegidos, pero tengo conmigo al centenario maestro Afrodísio, que me va a ser más útil.

—¿Por qué ha elegido usted esta pistola, maestro?

—Porque está mejor pavonada.

—Pero no se trata de la estética. Se trata de matar. Se trata de que no me maten.

—Si conserva mejor el pavonado, quiere decirse que está mejor hecha. Funcionará mejor.

La Casa de Campo, inmensa y diferente siempre de sí misma, se va dejando inundar por el nuevo día, un noviembre mediado, soleado, con verdes dormidos, ocres pugnaces y rojos valientes como un bailarín ruso exiliado de la perestroika.

Sonambúlicamente, como todo (he tomado unos *whiskies* del proletariado en casa, antes de venir), cuento los pasos hasta mi adversario, los vuelvo a contar. Él se quita la chaqueta y la tira. Yo me quito la chaqueta y la tiro. Él se quita el lazo negro y lo tira. Yo me quito la corbata y la tiro. El geometrismo de la situación me ayuda mucho. Morir resulta que es una cosa cartesiana. Me limitaré a morir cartesianamente, sin salirme de las reglas ni de las coordenadas, ni de la geometría: mi viejo maestro Eugenio d'Ors, a quien me encontraba en las redacciones de Madrid, me enseñó a respetar la geometría. Hay que ser ácratas de derechas o de izquierdas, pero un respeto con la geometría: lo que yo llamo no descomponer la figura. No desfigurar la compostura.

La cuenta atrás, la cuenta adelante, todo. El espíritu de geometría sustituye en mí al mero espíritu, cuando voy a morir. Qué gozada, morir geoméricamente (el *whisky* debe de estar haciendo ahora sus efectos). Morir cartesianamente. Saldrá en los periódicos. Saldré: soy un reportero conocido. «Ayer se enfrentaron en insólito duelo el conocido reportero, etc». Es la gloria que me espera. Tengo a Francisco José a muchos metros de mí, pero apuntándome, déjate de geometrías, cabrón. ¿Y por qué no ha escrito nadie, que yo sepa, una geometría del duelo?

En el duelo se gana y se pierde cartesianamente. El duelo es Descartes explicado con sangre. Qué idea, qué columna, y es cuando el coche blanquecino, cualquier coche, pasa por el sendero adyacente, dispara a quemarropa y bocajarro sobre Francisco José, lo deja muerto en el suelo, con la espalda llena de plomo, y sigue viajando a gran velocidad, como llevado por un dominguero impaciente.

Los padrinos de Francisco José (Larreta y don Ramiro, ahora caigo en que eran ellos), los hombres del gang y casi toda la tropa cogen uno de los coches y se van en pos del dominguero asesino (aunque no es domingo). El resto de los hombres atienden al muerto, meten el cadáver en el coche blindado y se van. Caigo al suelo como herido de bala. El maestro Afrodísio se inclina sobre mí.

—¿Usted cree, maestro Afrodísio, que me considerarán culpable de este atentado?

—No lo creo, hijo. Está claro que todo es un ajuste de cuentas entre villanos. Ya ves que se han ido sin ocuparse de ti. Saben bien quiénes son sus enemigos. Saben que sus enemigos no actuarían para salvarte la vida, sino para eliminar a ese indio disfrazado de caballero de Pantoja. Todos los indios quieren disfrazarse de caballero de Pantoja.

Tendido en el suelo, convaleciente de nada, con la cabeza en el regazo del maestro

Aparicio (ni rastro de Antuán y Berrendero), pienso en Enedina y los delfines. Los delfines le predijeron a Enedina, más o menos, la muerte inmediata de Francisco José. Por mi mano hubiera sido imposible. La Casa de Campo, hacia las nueve menos cuarto de la mañana, no es sino la orla loca y bellísima de un cielo azul y vertical y frío: el cielo de los vivos, el mío.

Convalezco del duelo en casa del señorito Blas, en el huerto del señorito Blas, que lo tiene enfrente del mío. El señorito Blas es, más menos, de mi generación quemada, perdida, perdiquemada, quemaperdida, lo que sea. Convalezco de la herida del miedo. El miedo es una herida que se abre en el corazón como una flor de cementerio, como una vergonzosa flor de muerto, como una doliente rosa negra e interior de culpabilidad y satén, aquellas flores de satén que nuestras madres llevaban en el sombrero, grises o negras, ala de mosca, como alivio de luto. Convalezco, sí, de la herida del miedo.

El señorito Blas debe de ser algo así como un aristócrata agrario venido a menos, o que, con esto del socialismo, se ha refugiado en este huerto suburbano, aunque sospecho que administra a distancia fincas y pinares. Calvo, cincuentón y con grandes manos de labrador o de guerrero, el señorito Blas se dedica a las arañas.

—¿Y tú por qué te dedicas a las arañas, Blas?

—A algo hay que dedicarse.

Estoy tendido en un viejo sofá de cuero, veo por el ventanal los huertos de los vecinos, hasta el de Enedina. El señorito Blas ha encendido la chimenea y me ha traído *whisky*. Un poco incorporado, para beber, pienso en Berrendero, que se dedica a los erizos (a enterrar dignamente los erizos muertos), pienso en Teófilo, que se dedica a las cabras, y en Antuán, que se dedica a las mujeres (tiene un harén de costureras), y en el maestro Afrodisio, que se dedica al florete cuando la gente resuelve sus problemas con misiles de cabeza atómica, y en el viejo benefactor, que se dedicaba a la pirita y a coleccionar testículos de los comunistas de su país, como si fueran bolas de billar. Tenía ya todo un billar americano y sangriento, por lo que me contó una vez Rita.

¿Y Rita? Pienso en Rita, que se dedicaba, directamente, a los hombres. Ésta es la cuestión, que cada hombre se dedica a una cosa (el señorito Blas, a las arañas), o a varias, pero las mujeres, todas, se dedican única y exclusivamente al hombre. Ellas son el erizo y la pirita y el florete y la araña del hombre. Una mujer no es sino un delicado juego de erizo/pirita/florete/araña, todo eso funcionando en función del hombre.

Para matarle o para salvarle. Para matarme o para salvarme. ¿Y ella, se ha salvado o ha muerto? El viejo benefactor y bolivariano parece que le tenía algún cariño a su dulce nuera, quizá más que a su propio hijo. Desaparecido el viejo benefactor, el hijo altiricón, Francisco José, ha eliminado a su mujer para no tener que repartir con ella y sus amantes la pirita de cobre.

Pero Francisco José ha muerto, lo he matado yo en duelo, qué coño le voy a matar yo en duelo, le han matado los terroristas de ultraizquierda de su país, con lo que, ahora, ya no se sabe de quién es la pirita. Quizá, de aquel Gobierno. Quizá de los terroristas, si hacen a tiempo la revolución y su país no lo visita demasiado el Papa.

Pero me aburre estar en el centro de esta novela policíaca. Yo lo que quería era escribir una novela de amor y surrealismo. Lo que pasa es que las novelas (Norman Mailer llamó a la novela *La Gran Puta*), como las mujeres, le llevan a uno por donde quieren.

Prefiero seguir pensando en Rita y en mi teoría (tan improvisada) de la mujer erizo/pirita/florete/araña. Yo he conocido, efectivamente, una Rita/erizo que me ha clavado las uñas en la espalda, cuando la cópula loca (esto, afortunadamente, es una cosa que no puede hacer Alma Mahler, ni la muerta ni la viva). Yo he conocido una Rita/pirita, toda ella aferrada de cobre, con el esqueleto, tan a flor de piel, sonándole a cobre, de millonaria que era (dermoesquelética, la hubiera llamado Unamuno).

¿Y qué rayos pinta aquí Unamuno?

Yo he conocido una Rita/florete que se me ha clavado en el sexo (siendo como era a la inversa), con voluntad de posesión y alegría de sangre. Yo he conocido una Rita/araña que ha tejido por la noche su tela, en torno a mí o a otro, y la ha retirado por la mañana, como las arañas. Yo sé lo que la mujer tiene de arácnido y a pesar de eso las amo. A *La estrategia de la araña*, de Borges y un italiano, le falta más mujer (cosa que siempre

le faltó a Borges y a su literatura), le falta estudiar la última estrategia de la última y más fascinante araña, la mujer (y no quisiera caer en el viejo tópico extra/boom de la mujer/araña).

Uno ha conocido muchas Ritas, uno ha conocido muchas mujeres en una, o una mujer ¿la mujer? (queda cursi) en muchas. Uno sabe que ella, o ellas (quedémonos en Rita, de momento, que estoy convaleciente de nada y se me va la cabeza), puede ser todo eso y mucho más. Nos tiramos a una tía y no pensamos más en ella.

Ahora, promovido por el *whisky* (y porque a esta novela de acción le viene bien un capítulo de meditación), tendido en este sofá de cuero noble y campesino, mientras el señorito Blas trabaja en su huerto (yo jamás trabajo en el mío: todo crece solo), siento que he sido injusto con Rita (no hablemos de las anteriores, que luego los críticos lo achacan a jactancia).

Pienso que no me he detenido despacio a considerar, valorar, apreciar, justipreciar, querer todo lo que Rita me daba (no sólo pirita de cobre) y por eso la he perdido. ¿La he perdido? Amo, necesito y deseo a la mujer/erizo/pirita/florete/araña y tantas cosas más.

Rita resume todo esto como pocas. O las resume a todas. ¿Estoy enamorado de Rita? Siempre se enamora uno de las asesinadas. Es el único amor razonable. Incluso hay que llegar a asesinarlas para quererlas de verdad. Aparte lo que los gánsteres de-uno-u-otro-signo hayan hecho con Rita, yo la he asesinado en una cabra, la he hecho soluble en una cabra, he reducido a cabra la inmensa, dispersa y musical riqueza humana de Rita.

¿O la he sublimado en una cabra? Picasso, en *La Californie*, tenía la cabra viva atada a la pata de la cabra de bronce, ya inmortal. Eran la misma cabra. La realidad sujeta por una pata al arte. En mi caso, ¿quién es la cabra de bronce y quién la cabra viva, Rita o Alma Mahler? ¿A quién tengo atada a la pata de quién, en mis imaginaciones interiores?

¿Amo la cabra como un bronce y a Rita como una cabra? ¿Amo a Rita como si estuviese hecha de pirita de cobre, y le he atado una cabra cabrera al fino tobillo con media negra de encaje? Ah de la literatura. Pero Rita quizá está muerta. Y Alma Mahler está sola. Entra el señorito Blas con sus enormes manos de San Cristobalón llenas de cosas que ha cogido en el huerto:

—¿Quieres probar algo crudo?

—No, gracias, nada, estoy leyendo *Lo crudo y lo cocido*, de Levy-Strauss.

—Déjate de lecturas. ¿Más *whisky*, más lumbre, algo de comer?

—Gracias, Blas. Siéntate un momento y explícame qué pasa con las arañas.

—Eso requiere tiempo. Eso lleva su tiempo.

(Blas gusta de hablar como sus criados: la aristocracia agraria lo ha hecho siempre).

Blas se sienta en un cráneo de toro que hay a la altura de mis pies, y empieza:

—La puntualidad de la araña, la paciencia de la araña, la precisión de la araña, la geometría de la araña, la voracidad de la araña, la cautela de la araña, la constancia de la araña. Todo eso es lo que me fascina en las arañas. En ellas aprendo cómo la vida se hace y deshace cada noche, mientras dormimos, cómo el ser tiende su tela, sin querer, incluso dormido, para apresar una porción de vida, quizá otro ser, con que sobrevivir. La mujer, concretamente, y sabes que les he dedicado la vida a ellas aparte de las arañas, tiende su tela durmiendo. Cuando duerme es cuando más nos atrae. El sueño femenino es lo más parecido a una tela de araña. El sueño masculino es cerrado en sí mismo, pero el dormir de la mujer genera una red en la que la vida acaba presa, con individuos cercanos y lejanos...

—¿Y cómo puede uno sustraerse a eso, Blas, en caso de que hubiera que sustraerse?

—Durmiendo con ellas. Sólo el que duerme a su lado está libre del hechizo de la mujer dormida. Así los maridos, por ejemplo...

—No sigamos por ese camino, Blas, que vamos a caer en samanieguismo, en fabulismo, en glosadores de los bichos redichos como ejemplos de la conducta humana. Y ya tiene uno bastante mala fama literaria como para hacer ahora de Samaniego posmoderno. Mira quién viene por allí.

Por el ventanal veo a Enedina salir de su casa con la bicicleta. Ya en la puerta del huerto, se sube a la bici y empieza a pedalear por los caminos desvariantes entre los huertos. Enedina, con el pelo corto, de chico, la chaqueta de astronauta y las zapatillas de tenis, como las que llevaba Joyce cuando era pobre (hay que joderse con la literatura), viene del pasado inmediato al presente. Por la dirección que toma, comprendo que se dirige hacia esta casa, hacia la casa del señorito Blas. De modo que un simple ventanal puede ser una manera de asomarse al tiempo. Estoy viendo llegar a Enedina, que todavía no ha llegado. Estoy asistiendo a una acción en pretérito. (Blas calla, bebe y revuelve por la casa). Luego, cuando Enedina se vaya, la veré irse, veré su futuro, su no estar ya en esta casa, el llegar a la suya para la hora del almuerzo familiar. Sólo los convalecientes tenemos este don de abarcar los dos éxtasis del tiempo, pasado y futuro, que Heidegger llamó así.

Enedina está ahora tan cerca que ya no la veo. Los árboles del huerto no me dejan ver el bosque de su pelo corto y nutridísimo. Pero ya ha sonado la campanilla.

Enedina entra oliendo a bicicleta y frío. Oliendo a Enedina. Me da dos besos en las mejillas que me refrescan mi fiebre de imaginario herido en un imaginario duelo (por cierto, que en el duelo se me olvidó hablar del médico, y necesariamente tenía que haber algún médico: yo no lo vi).

—Sabía que estabas aquí, convaleciente de un duelo. Qué romántico.

—¿Quién te lo ha dicho?

Enedina se ha quitado la cazadora de astronauta, los guantes, quizá un gorro, y se pasea por el cuarto de Blas, lleno de trofeos de caza.

—Los delfines.

No sé si habla en serio ni quiero saberlo. Pero la verdad es que Enedina va algunas mañanas a conversar con los delfines. Sólo los niños se entienden de verdad con los animales (esos eternos niños).

—Ven aquí, Enedina, siéntate a mi lado.

—Vamos a ver si es verdad que tienes fiebre.

Se sienta al borde de mi diván y me toma el pulso. Lo de menos es la fiebre. Lo conmoviente es su mano segura y fresca, un poco grande para su edad, en mi muñeca débil.

¿Es Enedina una mujer/araña (en embrión)? ¿Lo es Alma Mahler? No. Me parece que se escapan a la teoría de Blas, del señorito Blas, que ha dedicado su vida a las arañas como metáfora de las mujeres, o viceversa. Blas, que, por cierto, en este momento le trae una cocacola bien fría a Enedina y se va a otro cuarto a llamar por teléfono a sus aparceros.

—Enedina.

—Qué.

—Gracias por venir a verme.

—Han podido matarte. Te has metido en un duelo por una mujer.

Lo de «una mujer» ha sonado sombrío. ¿Está celosa Enedina?

—Tú también eres una mujer. Por ti también me habría batido.

—A mí todo eso me parece muy antiguo. Lo que hace falta es que te salgas de ese lío y que no te maten.

Enedina huele a huerto e infancia. Está sentada muy cerca de este convaleciente. Enedina huele a ternera y ordenador.

—Enedina, te voy a regalar una piedra de piritita de cobre, un cono truncado, como los que estudiáis en la clase de geometría.

—¿Por qué?

—Porque tengo mucha pirita de cobre.

—¿Y eso para qué sirve?

—Para que lo tengas y me recuerdes.

—Ya te recuerdo.

Las niñas son así. Sueltan estos misiles sentimentales como si uno tuviera el corazón de piedra berroqueña del Guadarrama.

—Te van a matar por la pirita.

—Y tú cómo lo sabes. ¿Por los delfines?

—Por esas mujeres con las que andas.

Pubis afeitado de la pobre Rita, por entrever el pubis de Enedina, vagina profunda y africana de la cabra, por llegar más al fondo de la vagina de Rita. Vagina breve y azul de la niña, vagina fucsia y puta de Alma Mahler (en la música hay una cabra o no hay nada), vagina profunda, bovina y agradecida de Rita. ¿Cómo perderse/salvarse en la vagina universal?

—Ya no ando con mujeres, Enedina. Sólo ando contigo.

—Yo paso de eso. Lo que tengo que hacer es aprobar los parciales.

Ahora se aleja, se distancia. ¿También las niñas manejarán una tela arácnida? Uno nunca sabe. Enedina se va, tras dejarme unos frutos de su huerto. Se entretiene afuera hablando con Blas. Los dos besos de despedida no han sido tan inervantes como los de llegada. Ya no tiene en la cara el frío generacional.

Tomates violentos, lechugas moradas de tan verdes, manzanas como glúteos, cebollas como un soviet nevado cada una: es el tesoro que me ha dejado Enedina. Todo es sano y todo voy a comérmelo. Ahora la miro irse por la ventana. Desde mi presente de sofá y *whisky*, puedo asistir al futuro como he asistido al pasado. Enedina pedalea ya en otro tiempo, con su cazadora de astronauta. Enedina pedalea ya en el futuro, hacia el hogar y el almuerzo que le espera. Es mágico esto de ver los «éxtasis del tiempo», maestro Heidegger.

—¿Decías algo de Heidegger? —me pregunta el señorito Blas, que está cocinando la comida.

—No, nada, que me gusta Enedina.

—Joder, y a cualquiera. Pero es ya un poco mayor para nosotros.

Tienes razón, Blas, es ya un poco mayor. Y seguramente tiende una red de sueño por las noches.

Estoy ya en mi cama, con el soplo, convaleciente de anteriores convalecencias, cuando empieza una nueva movida de proletarios en mi casa. ¿Otra vez la revolución, otra vez las mudanzas, todas las esposas de una vida devolviéndome en bloque las casas que pusimos, embutiendo muebles en más muebles, otra vez? Y el proletariado volverá a beberse mi chivas.

—¿No eras tú un periodista de izquierdas? —pregunta en abstracto alguna de mis abstractas amantes—. ¿No estabas con el proletariado? Pues toma proletarios.

El cajón mide tres por tres, como los cuadros de Francisco Tomás. El cajón viene de París. Envuelto en mi sábana/túnica/clámide, ordeno que lo abran en medio del salón. Los transportistas empiezan a quitar tablas y tengo un presentimiento: ¿no será esto un regalo envenenado? Un presentimiento y un sentimiento: pienso en Rita. Después de clavos desclavados, después de tablas y estrazas, lo que aparece es un inmenso cubo de polivinilo, o como se llame eso, con Rita dentro, intacta y muerta:

—Jé, una muñeca, la tenía pedida a París. Por fin ha llegado. Ya estaba tardando.

El proletariado sonrío vengativo y se reparte mis propinas. (Un hombre desnudo también puede dar propina). Sé lo que van pensando: aquí el señorito vicioso, que encarga una muñeca a París porque ya le aburren las mujeres. Me da igual lo que piensen. Lo que quiero es que se vayan. Y se van. Se han creído mi versión, porque el proletariado nunca piensa en un crimen como éste, le falta imaginación. Ya a solas con el cubo de polivinilo, me siento en un sofá de la primera o la segunda esposa, la que fuere (mi vida, con tantos casamientos y divorcios por distintas sectas, o por ninguna, es como un tratado de las religiones comparadas o aplicadas). Sobre las alfombras que una penúltima esposa trajo de Marraqueck, o como coños se escriba esa mierda oriental (todo el Oriente es «noble y sucio», decía Maurois), sobre la alfombra meada por generaciones de moros, o lo que sean, pero carísima, las tablas como un desembalaje de pescado. Y el gran bloque de falso cristal, de plástico transparente, con Rita dentro, desnuda y en escorzo, muerta, con los ojos abiertos, mirándome. Doblemente inmóvil de la inmovilidad de la muerte y la inmovilidad de su prisión. Se conoce que estas cosas las hacen ahora en París. Y eso que son socialistas.

La melena lasa con raya al medio, mechada en oro, en blanco, en rojo, en azul. El rostro triangular, los ojos claros y oscuros, mirándome a mí. ¿Cómo han conseguido, los cabrones, que la muerta me mire exactamente a mí y siempre a mí?

Los brazos delgadísimos, cruzados sobre el pecho, al que dan un relieve que no tiene, que no tenía, gracias a Dios, las manos anilladas de piritá y judaísmo, la cintura estradivarius, el ombligo vertical, el pubis afeitado (se lo afeitó para mí, por mí, como recordará el curioso lector), los muslos delgados, largos, con curvatura de no sé qué instrumento musical, los pies purísimos y crísticos, Rita, mi Rita. Me tomo un ansiocor para el soplo y medito la situación. Muerto Francisco José, esto es un regalo de sus hombres desde París. ¿Y qué rayos hacía Rita en París? Quizá la llevaron allí para matarla, o después de muerta.

Con esto me advierten que se ha acabado la historia, la novela negra, que yo, pobre de *moi*, intentaba vivir o escribir. Pobre de *moi*, Rita, puta de ti. Uno es romántico en general, pero cartesiano en particular. De modo que le doy tres vueltas al enorme cubo de polivinilo: una primera vuelta estética (inconfesable) por volver a ver a Rita desnuda en todos sus escorzos.

Una segunda vuelta meramente curiosa, inspeccionadora, recolectora de rastros y cosas.

Una tercera vuelta policíaca (esto intentó alguna vez ser una novela policíaca, o se escoraba por ahí).

En la primera vuelta, despacio, arrastrando mi toga, veo el revés de Rita, la melena que se le abre en la nuca, como se le abría —ay—, dejando ver el largo cuello con el dibujo insinuadísimo de las vértebras cervicales. Quisiera un beso para cada vértebra. Veo los

hombros rectos y picudos de Rita, casi masculinos, tan inquietantes, y su espalda de osamenta y música, de omóplatos y Leonardo. La hostia. De la cintura ya hemos hablado. Las caderas anchas, pero de hueso, no de grasa, como tienen que ser las caderas femeninas, los glúteos infantiles y todavía redondos, pese a la edad de Rita (quizá el polivinilo los sujeta), esa separación inevitable entre lo alto de los muslos, ese triángulo isósceles por donde entra la luz en los *spots* publicitarios, muslos largos que tienen un tierno balbuceo en las corvas y luego se prolongan en unas piernas delgadas, hasta los pies de que también hemos hablado, ah la levedad judía de los talones, una raza errante, zascandil y lúcida. También contemplo a Rita de costado, uno y otro costado, y me recreo en ella, y la veo flotante en la inmersión del polivinilo, con pezones como amapolas y la línea de los glúteos, más mahleriana que beethoveniana. Rita, amor.

En la segunda vuelta al cubo recojo astillas, etiquetas, datos, como un detective. En la tercera, soy ya el detective en acción. ¿Y cómo han matado a Rita? No hay sangre por ningún sitio. Yo diría que ni siquiera edemas o picaduras. Pego la frente al polivinilo como a una ventana, por los cuatro lados (y no vuelco el cubo porque pesa y por el soplo). Está claro el sadismo de los asesinos. Han matado a Rita mediante alguna inyección invisible, o mediante drogas, reinstaurándola después de muerta para remitírmela irónicamente intacta. Con un poco de maquillaje pueden haber disimulado un pinchazo. O haber hermoestado su cara. Vuelvo a pegar la frente al falso cristal. Rita no está maquillada como ella se maquillaba, sino de ninguna manera. Está con la cara limpia, lavada, lo que la hace mucho más hermosa, como a cualquier mujer (cosa que ellas ignoran), de modo que estos cabrones han conseguido lo que yo no conseguí jamás: ver a Rita tal cual.

Como detective soy un desastre. No he encontrado ni un rastro del crimen. Rita me mira con su mirada clara y oscura, que tanto amé, ay.

El soplo, el soplo. Me siento en el diván de la segunda/tercera esposa, o la que fuere, y medito mirando el cuerpo de Rita, pero eludiendo sus ojos, que ahora no soporto. En principio debo admitir, cínicamente, que estos cabrones me han hecho un regalo. Un regalo irónico y cruel por su parte, pero valiosísimo para mí. Nunca había disfrutado tanto del cuerpo de Rita.

De las mujeres de uno, uno sólo disfruta cuando están dormidas o muertas, aunque desde la muerte o el sueño estén tendiendo su red, como sostiene el señorito Blas, arácnidamente. He aquí de cómo un envío cruel puede transformarse en una fiesta para el destinatario (todo un tema ensayístico a desarrollar, que pararía la marcha de la novela). Me sosiego contemplando el desnudo de Rita, como si fuese una muñeca y no un cadáver (debo de ser un miserable), y tras el sosiego viene la erección, y tras la erección la cabra.

Alma Mahler trisca silvana por el huerto. La llevo dulcemente al invernadero. Le doy yerba fresca. La poseo por detrás, con los ojos cerrados, pensando/sintiendo en Rita. Ni Afganistán ni leches, nada de lo que sé sobre las cabras. Necesito fornifollarme a Rita/viva/muerta, desahogarme, vengarme de mis vengadores, joder a la cabra reencarnada en mujer, o a la inversa, a la muerta reencarnada en cabra, ahora sí que sí.

Luego, relajado, podré pensar más despacio por dónde sigue esta novela.

Son todo un equipo de béisbol, han venido a última hora de la tarde. ¿Muchos hombres vestidos de béisbol son un equipo, o el béisbol sólo se juega con poca gente? Únicamente conozco el béisbol por las tiras de Charlie Brown.

Llegaron en sus coches de portezuelas como disparos, los dejaron a la entrada del huerto, en la verja (peine blanco de púas del paisaje), desfilaron por entre las coles de Bruselas (que se dan aquí en los suburbios de Madrid), sin tocar para nada la campanilla, y entraron en casa.

Estamos en el salón, con el cadáver de Rita dentro de su cubo de polivinilo tres por tres (no sé si el hallazgo les ha impresionado, porque todos llevan casco). Yo me encuentro sentado en un sofá blanco, herencia de la segunda o tercera esposa, tengo un *whisky* en la mano y ellos están en torno. Tienen, ya digo, cascos y guantes enormes, igual que en las tiras de Charlie Brown.

—Te has metido en un lío, español de mierda, que no te interesa nada. La pirita no va a ser para ti, y, en cuanto a Rita, ahí la tienes, hecha una muñeca parisina.

—¿Pero ustedes son hombres del difunto benefactor o son los otros, los que quieren matarme?

—¿Y usted?

—Yo soy la soledad que toca el xilofón para pagar el alquiler.

—Hermosa frase.

—No me la agradezcan. Es de Henry Miller.

—El colonialismo yanqui. Ya.

Por esta frase que ha dicho alguno, o el equipo de béisbol en coro, me parece deducir que tienen algo contra los yanquis, pero quién no tiene algo contra los yanquis, en el Cono Sur o lo que conos o coños sea aquello. Los jugadores de béisbol se mueven al unísono, unánimes, como los cisnes de Rubén con metralleta y casco. Como un equipo en pleno campeonato. Pero a mí me parece que al béisbol juega menos gente.

—A mí me parece que al béisbol juega menos gente.

—Absténgase vos de sacar conclusiones, nomás, que para eso estamos nosotros.

—Pero han invadido mi casa, allanamiento de morada.

Están distribuidos por el salón, estratégicamente, con sus bates y sus cascos. No sé con quién hablo. El cadáver de Rita queda en el centro de la habitación, dentro de su cubo de polivinilo, casi como una Virgen María desnuda presidiendo una reunión de hombres castos.

—¿Esto es cosa de ustedes? —y señalo al cadáver.

—Nunca se sabe.

—Entonces ¿es obra de los otros?

—Nunca se sabe.

Parece una historia de Kafka, pero quiero huir de eso, literariamente, porque sé que Kafka, con todos los respetos, como novelista no me va: no me enriquece, no me aporta, todo eso que se dice en provincias. El equipo de béisbol, o lo que sea, se mueve como un equipo de béisbol, o lo que sea, con unanimidad y armonía. Con una armonía ominosa que empieza a darme miedo:

—Pues ustedes dirán.

—Que no te metas en esto, españolito, gallego de mierda, que lo del cobre es un asunto americano. No anticipes el Quinto Centenario, esa parida de políticos. Deja el cobre, deja la pirita, deja a Rita...

—Pero Rita está muerta, y su marido también.

—De todos modos.

Los jugadores de béisbol son un coro yanqui y sin rostro que se mueve armónicamente en torno de mí:

—Sólo les pido que me digan si son ustedes de los de Rita o de los otros.

Hay una carcajada general y macho.

—Lo único que tenés que hacer, pequeño gallego, es olvidarlo todo, estar al margen, no meteros vos en el bochinche, y ya está. Si no...

Y mueven los bates de béisbol como por distracción. En Madrid ha muerto alguna gente de bate de béisbol ultra.

—No me interesa la pirita ni el cobre ni el difunto señor benefactor bolivariano ni nada. Sólo me interesaba un poco Rita y la tengo aquí muerta.

—Mejor así —dicen los cascos.

Rita nos preside como la Madona de Port Lligat o como la Virgen Santísima, dentro de su bloque.

—Sólo quisiera saber, como anfitrión (he puesto bebidas para todos, que no prueban), si trabajan ustedes para el difunto benefactor o para el actual Gobierno de su país.

—Y qué más da. ¿Nos promete olvidarse del tema, como periodista y como amante de Rita?

Y el equipo de béisbol entero —¿cuántos hombres hacen un equipo de béisbol?— se inclina hacia mí, como los cisnes unánimes de Rubén, ya está dicho. Cascos férreos y blancos, guantes inmensos para el tortazo, bates de pelotazo mortal.

—Como periodista, me sobran temas. Y como amante de Rita, no soy Amado Nervo, un poeta de su país, perdón, de su Continente. No me va la «amada inmóvil». O sea que tranquilos. Pero han allanado ustedes mi morada y tengo, cuando menos, derecho a hacerles algunas preguntas.

(Me habían cogido en la cama, calmándome del soplo, y estoy desnudo, envuelto en mi sábana/clámide/toga/lo que sea).

—Lo que te voy a dar es una hostia. Y el que está más cerca de mí exhibe en alto el guante gigantesco del béisbol.

—¿Les sirvo más *whisky*? Ya veo que no es fácil dialogar con ustedes.

—No hemos venido a dialogar —dice el coro de beisbolistas.

—¿Pues a qué han venido?

—A advertirte de una vez para siempre que dejes esto, mequetrefe. No eres más que un mequetrefe, pero complicas las cosas.

—Lo que más me acojona de la advertencia es que no la ha hecho el coro, sino una sola voz, no sé cuál, por culpa de los cascos.

—No eres más que un mequetrefe, pero complicas las cosas —repite ahora el coro.

Estoy viviendo una tragedia griega en béisbol. Aquí el único griego soy yo, europeo y con clámide. Pero de todos modos tengo miedo.

Mucho miedo.

Bastante miedo.

—Y se fueron a través del huerto, pisando las lechugas moradas.

Berrendero con su pelo de pincho y sus gafas de espejo negro. Antuán con su estatura y su perfume de mujer (vive entre miles). Teófilo con su falta de estatura, glosador de Derrida, caminante de la ciudad, el hombre que me trajo la cabra. El señorito Blas, lleno de negros elegantes y collares de bronce. Beben *whisky*, fuman porros/trompeta, charlan y se aburren y se divierten, y en medio está el cubo de polivinilo, con Rita muerta y perpetuada, y andamos a la luz de las velas, de los candelabros (tantos divorcios, tantos candelabros), que ahora de noche crean más clima que la luz eléctrica. A Alma Mahler la tengo atada en el otro salón, a la pata del piano cargado de pirita, como un barco.

Les he convocado a todos para consultarles el caso. ¿Qué hago yo con un cadáver en mi domicilio? Me repugna tanto como a ellos llamar a la policía.

—Estaba buena tu novia.

—A mí me gustan delgadas.

—A mí me gustan más gordas.

—¿Por qué no la sacas del plexiglás y te la tiras?

Todos han hecho su ronda circular en torno del cubo. Todos han disfrutado los encantos de la muerta, visualmente. De la muerta conservada por cualquier procedimiento. Avanzo entre las procelas del has y el *whisky*:

—Lo que yo os pido es una idea y una ayuda para deshacerme de esto.

—¿Es que no la amas? —la pregunta es casi coral.

—Creo que la amé.

—Pues déjala donde está.

—Alguien vendrá algún día y se descubrirá todo. No quiero ir al trullo por una muerta.

—En eso también tienes razón, joder.

Alma Mahler, atada al piano y nutrida con una edición de Pedro Mata, *Corazones sin rumbo*, bala. O lo que hagan las cabras, que son como la mitología de las ovejas, otra cosa. *Corazones sin rumbo*, Pedro Mata, novelas, novelas cortas, teatro, tercera edición, Madrid, Librería de la viuda de Pueyo, calle del Arrenal, núm. 6. 1918, Imprenta Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid. Se acabó de imprimir este libro el día 25 de septiembre de 1918. El original está dedicado (o datado) a Venancio Palazuela, Comandante de Intendencia Militar, con caligrafía correcta y contable. Más que una dedicatoria, sí, parece el hierro de ganadería que el Comandante les ponía a sus libros. Berrendero se quita y se pone las gafas, se revuelve el pelo tieso, que sigue tieso:

—Te ayudamos entre todos a tirarla al río y allá ellos.

Antuán enciende un porro con otro:

—Consérvala siempre aquí en casa, ríndele culto, mastúrbate ante ella, como una oración. Los surrealistas profesaban la religión de la mujer única, del coño único. Sé surrealista.

Teófilo, el que me trajo la cabra:

—Yo creo, con perdón, que te va a crear menos problemas una cabra viva que una mujer muerta.

El señorito Blas, con su calva saludable y sus manos de aparcerero (cuando ostenta el feudalato de los aparceros):

—También soy partidario de hacerla desaparecer. Sólo que yo, antes, me la tiraría. Nada como una muerta.

—¿Y el polivinilo?

—Eso es cosa mía.

Han dado vueltas y vueltas, de uno en uno o en grupo, al cubo tres por tres de polivinilo. Ahora les ha derrotado el alcohol y el has. Pero les advierto excitados por la contemplación despaciosa de Rita o su cadáver o lo que rayos sea. Así tuvieron a Evita Perón, otros latinochés, no lejos de aquí, en Puerta de Hierro, metida en una cómoda, y tiraban del cajón todos los días para peinarla.

¿Se follaba Perón a Evita momificada? Y a mí qué más me da. No me gustaría compartir con un libertador tan hortera la pasión por las niñas y las muertas, pero ahora se trata de mi problema. Éstos no me dan ninguna solución. Les han vencido sus vicios y ahora duermen o dialogan dormidos, de dos en dos. La cabra bala en el otro salón, atada al piano/barco de pirita. ¿Habrá terminado ya con don Pedro Mata, escritor y funcionario, y con *Corazones sin rumbo*? Antuán es el que se pone en pie y toma las decisiones colectivas:

—Nuestro amigo nos ha ereccionado con su muerte y no nos vamos a ir de aquí con dolor de huevos, orquitis u otra enfermedad. Mis médicos franceses me tienen dicho que la mejor limpieza de próstata es una eyaculación. Como ninguno somos maricones, vamos a tirarnos a la cabra.

Parecía más Anthony Quinn que nunca.

El soplo, el soplo, yo me tendí en el diván devuelto por la segunda o tercera esposa y entreví lo que pasaba en el salón de al lado, todas las puertas abiertas. Antuán se benefició a la cabra con ciencia y concentración. Quizá no era la primera cabra en su vida.

Berrendero hizo un trabajo rápido y de cumplido. Quizá el mismo que hacía con las chicas. El pico quita lujuria. Teófilo le dio a Alma Mahler un trato de puta cara. El señorito Blas, carente de prepucio y con el glande encallecido, fue el más demorado en el trance, y entonces pude ver los ojos entrecerrados de la cabra, o abiertos al milagro, y la cabra era Rita, se la estaban follando mis amigos. Las velas le ponían a la muerta carnaciones de vida, pero de vida en la muerte, el clima de la noche olía a droga y a cabra, que de pronto orinó sobre las alfombras moras de sus hermanos moros, las putas alfombras de Maraqueeck, o como mierdas se escriba eso. Todos orinamos después del orgasmo. La cabra había tenido un orgasmo. ¿O muchos? ¿Cómo funcionan las cabras, cómo funcionan las mujeres?

Rita muerta no puede funcionar lo mismo que Enedina viva y niña. El funcionamiento de la hembra es el álgebra que nos fascina, comprendí de pronto. Abría y cerraba los ojos, yo, porque quería ver y no ver. Ellos se abotonaban por los rincones y yo, mezclando el ansiocor y el *whisky*, cosa mortal, vi, veía, veo, a la dulce Alma Mahler doblando las patas blandamente, hasta tenderse sobre la alfombra, para dormir sobre su orina.

¿Es que el sexo puede llevarnos a la dispersión extrema entre cabra y mujer muerta, con todo lo que hay por medio, niñas párvulas y esposas abandonantes y amuebladas/desamuebladas? Ellos andan roncando por los rincones. Habría que centrar la vida en algo: amor, trabajo, cuadro blanco de Francisco Tomás, culto a Rita en su cubo. Siempre me ha aterrorizado la dispersión, por devoradora, y contra ella lucho trabajando a diario en lo mismo. Esta idea me tranquiliza y al fin me duermo yo también.

La cabra, animal rumiante, mastica en sueños a don Pedro Mata.

Suena la campanilla del huerto, de mañana, y es Rita. Ahora sé que lo sabía. Lo sabía sin saber que lo sabía. Ahora sé que era una muñeca. Quizá me resistía a creerlo. Quizá me resistía a no tenerla muerta, en un altar/cubo de poliuretano, o polivinilo, o como rayos se llame eso. Ahora. Ahora.

—Te la envié yo, desde París, para que te hiciese compañía en mi ausencia. En París te fabrican, ahora, igual a ti misma. ¿No te gustó, amog? Tampoco quería que abusases de ella. Tenía celos de la muñeca que era yo. Por eso te la envié en un cubo de poliuretano.

—Polivinilo.

—Poliuretano.

Rita ha dejado en la puerta su descapotable:

—Me fui a París huyendo un poco de los gángsteres, ya sabes, y sus juguetes. Tras la muerte del abuelo, la dueña de la pirita soy yo.

—Polivinilo.

—Poliuretano.

—Llevo toda la novela escribiendo polivinilo. No me vas a obligar ahora a rectificar en galeradas.

—Poliuretano.

Entra en la casa y transcurre al lado de la muñeca sin mirarla.

—Ya sé que has matado en duelo a mi marido. Eres un amor.

—Verás, no lo maté yo, fueron los terroristas, o no sé...

—Y además lo mataste a florete. Oh qué caballegoso caballego espagnol.

Rita administra sus ges francesas a capricho, y las reserva, sobre todo, para los grandes momentos. Intuyo que tantas ges pasionales van a llevarnos a la cama. Pego la frente contra el polivinilo, o poliuretano, o lo que coños sea, y veo claramente que es una muñeca. Estoy asomado a una ventana estúpida. Sólo mi deseo y mi miedo la hicieron mujer y cadáver.

—¿Te secuestraron los ultraterroristas?

—No me ha secuestrado nadie, amog. Para eso me fui a París. Y para comprar la moda de primavera, claro.

Hacemos el amor en mi gran cama de divorciado. El divorciado es el hombre que dispone de más anchas camas. Hacemos el amor ante el monje inexistente en blanco de Francisco Tomás (tres muescas en el ángulo izquierdo de abajo), hacemos el amor entre cubos y conos de pirita, que planean dalinianamente en torno (yo los veo por el techo, ella está encima de mí). Una eyaculación siempre es una limpieza de la próstata, tenía razón mi amigo, el que lo dijo. Claro que yo, para limpiar la próstata, tengo nada menos que a Alma Mahler y su música.

—¿Te has tirado muchos franceses en París?

—Amog, amog, París está lleno de hombres de todas las razas. Sería una redundancia tirarse un parisino en París. Una redundancia o, ¿cómo lo dices tú?

—Una tautología.

—Eso, una tautología. Qué hermosa palabra. Suena a tatuaje. Tenéis alguna hermosa palabra en español.

—¿Alguna?

—¡Ah el espagnol ofendido, lo amo, lo amo!

Y me besa. Rita huele a sexo y aeropuerto. Me envuelvo en mi sábana/clámide y salgo al salón a buscar *whisky*. Aquí está la muñeca, en su cubo tres por tres de polivinilo

—¿o poliuretano?—, y me quedo tieso ante ella. La miro, la remiro. Voy a por el chivas, me lo sirvo, bebo sin dejar de mirar. La muñeca, de modo que era una muñeca, ya sabía yo que era una muñeca, pero no sabía que lo sabía, como le he dicho a Rita.

Bebo, me paseo en torno del gran cubo de plástico, miro la muñeca, otra vez, por todos sus escorzos y perfiles, recorro la geografía de su cuerpo, tan conocida. Mi cuerpo y mi

sexo aún tienen la temperatura de Rita, con la que acabo de follar. Y su perfume, que es mucho más que el perfume de París, claro.

Pero a mí la que me gusta es la muñeca. Estoy enamorado de la muñeca. ¿Y cómo se tira uno esa muñeca infranqueable, defendida por un inmenso virgo cúbico de poliuretano/polivinilo? Me dejo caer en el diván devuelto de la segunda/tercera esposa. Me excita más ahora que sé que sé que es una muñeca. Rita, sin duda, duerme musicalmente, lampasada y temulenta de orgasmos.

No sabía Rita lo que hacía cuando me mandó desde París la muñeca que era ella. No hay tiempo ni espacio. Todo es cuántico y holográfico. El *whisky* pone oro en el sabor acre y grato de la vagina de Rita, una luz fuerte en mi garganta.

No hay problema. Tendré a Rita/muñeca cuando no tenga a Rita. ¿Pero cómo? O Rita se hará insoportable, con sus ges a lo María Félix, qué antigualla, cuando tenga el amor de la muñeca.

Rita, sin duda, duerme como la vieja que empieza a ser, entre la lascivia y la senectud. La muñeca me mira como me ha mirado siempre, sólo a mí (ni siquiera la otra noche, cuando todos se follaron a la cabra, la muñeca dejó de mirarme).

¿Amo a la muñeca como una Rita otra? ¿Amo a Rita como una muñeca infantilizada por su mal español? ¿Nunca he amado otra cosa que mujeres/muñeca? ¿Amo por eso a la niña Enedina, rehén de su infancia? Bebo. No te hagas preguntas metafísicas, cabrón.

Yo tengo que tirarme a la muñeca.

—Yo le quito a la muñeca el caramelo a condición de beneficiármela el primero —había dicho el señorito Blas.

Y esta mañana se ha presentado con escoplos, fuego, taladradoras, sierras de talar árboles, mangas de riego, brocas y hachas.

—No irás a cargarte a la muerta.

—Descuida.

El soplo, el soplo, ahora estoy en la cama con el soplo y oigo los extraños ruidos que produce el señorito/operario en el salón: raspados, lijados, aserrados, martillazos, hachazos, más las canciones rurales que canta Blas, que son las de los peones de sus fincas. Viene a mí la blancura del cuadro blanco de Francisco Tomás («lo que le sobra al monje blanco de Zurbarán es el monje»), viene a mí una nieve vertical y nata, en la que me pierdo y me olvido (estoy de permiso sin sueldo para escribir esta novela). Afuera, un otoño invernal, un noviembre del que han volado los colores. ¿Qué fue de la parra virgen, María Callas de mi huerto, olvidada ya como la Callas? No hay sol en el cielo ni *whisky* en la casa.

Rita aún no ha llamado. No siento ninguna prisa porque llame.

Cuando estaba dormido, descansando del soplo, el señorito Blas me trae la muerta a la cama, envuelta en una toalla de bario, y la deposita a mi lado, delicadamente, como si la hubiese parido yo.

—Gusta follársela. Tiene vagina recambiable. Pero te la he duchado bien después. Ahí la tienes intacta.

A solas con la muerta/muñeca, me incorporo en la cama, le aparto la toalla, la miro, la admiro, la acaricio. Es de una materia cárnica y plastiginosa que acaba por resultar agradable. Si uno cierra los ojos y la acaricia, al tacto resulta más joven que Rita. Rita tiene una exquisita piel de papel japonés por el revés de los senos y de los muslos.

Pero, aun sin *whisky*, la imaginación me funciona. Me envuelvo en la sábana/clámide y recorro la casa. Por toda ella hay cosas de Rita, prendas de Rita, desde aquellas bragas que se dejó olvidadas hace muchos capítulos hasta sus collares y pulseras de pirita de cobre, más faldas y sostenes y algún pelucón cadmio para las fiestas. Lo recolecto todo, pongo a la muñeca en pie y la visto de Rita.

Tengo a Rita a una llamada de teléfono, y me estoy fabricando mi Rita de mentira. Pero esta observación sólo la haría un imbécil. Alguien que no conoce lo que es la devoción por la mujer, el fanatismo masculino de la mujer.

Cambio a Rita de ropa, de peluca, de medias, de zapatos (la muñeca es manejable, practicable). La violo vestida, con toda la ropa oliendo a Rita. Quiero hacer con ella alardes y complicaciones que igualmente podría hacer con Rita. Establezco, sin quererlo, una rivalidad entre la muñeca y la mujer, o entre la mujer y mi imaginación. ¿Y acaso esta rivalidad no es el amor?

(Fueron días solitarios y febriles de poseer a Rita en la muñeca, a la muñeca en Rita, buscando loco por la casa algún rastro de ella, algo que se hubiese dejado en sus visitas, un anillo, un dije, cualquier cosa que me hiciera más vívida la ficción. En tanto, Rita, como intuyendo mi traición con ella misma, no llamaba. Un día encontré en el salón segundo un pendiente de aro y una horquilla de oro, se los puse tembloroso a la muñeca, y la poseí feliz. Le hablaba a Rita con las ges de Rita, como Rita me hubiese hablado a mí, ¿así, amog, te gusta, amog?, no soy ninfómana, amog, pero me egscitas, te lo prometo que me egscitas, amog, veía los periódicos por encima, muy de mañana, para luego dedicarme a la muñeca, y por los periódicos supe que las dos bandas latinochés seguían peleándose a tiros en la ciudad por el cobre de Rita, nada, pues, de intuición femenina, no es que no me llamase porque me había concedido unas vacaciones de muñeca, sino que seguramente había vuelto a París huyendo de las dos bandas que querían matarla: un periódico me lo explicó incluso excesivamente, como si la noticia fuese dedicada a mí, la gran heredera del cobre, residente en

España, había salido del país con dirección desconocida, aunque posiblemente hacia París, dado su origen francés: y ponían su nombre, que no era/es Rita, y sus apellidos judeolatinos, porque en Rita se daba, se da, esa corrupción del mundo latino y clásico de Sócrates o Séneca por el mundo judío de Cristo. Esa corrupción, que tiene veinte siglos, es lo que hacía tan deseable a Rita).

«Está en París, está a salvo. Esto me legitima para seguir sustituyéndola por la muñeca. Para seguir inventándola en la muñeca». Hasta que empecé a cansarme de la muñeca, que acabó abandonada en el garaje, donde el hortelano guarda sus aperos, vestida/desnuda de Rita. Y es que empezaba a preocuparme/añorarme la ausencia de mi novia. Llamé a los mejores hoteles de París, preguntando por ella, por su nombre verdadero y completo, el del periódico, tan cargado de culturas, y por su apellido latinoché, los apellidos del viejo benefactor, añadiendo el *née* tal y tal. Nada. Fui a la telefónica, conseguí una guía de París, busqué en ella sus apellidos franceses, llamé al teléfono de un dentista de apellido idéntico (sólo uno), y una voz femenina y fumadora me ofreció hora de consulta en francés.

He perdido a Rita por su imagen, me digo en voz alta. Sólo me oye el monje de Zurbarán que no hay en el cuadro que no es de Zurbarán.

Días de soledad y depre, días de noviembre y neura. A veces voy hasta el garaje y poseo a Rita sin entusiasmo, en un clima de neumático y rodadera. Más que nada por cumplir con la muñeca, por cambiarla y lavarle la vagina recambiable, porque no se me muera del todo.

Pero va estando definitivamente olvidada.

Como un barco entrando en otro barco, como una casa entrando en otra casa, una nueva mudanza, de pronto, más muebles, más imágenes de un románico falso, más lámparas, más luces de gas sin gas, más televisiones que nunca se encienden, más libros del XIII con rica pasta para alimentar a Alma Mahler. La última o la penúltima esposa me devuelve los restos del naufragio. ¿No decían que las divorciadas se quedaban con todo?

Otra vez el proletariado en mis salones. Son los mismos o son otros. ¿No defendías el sindicalismo en tus artículos? Pues toma sindicato.

Y me meto en la cama, a inventarme un soplo que no tengo, y no sé si algún día saldré a robarles un poco de tortilla española a los obreros. Al tercer día (siempre se resucita al tercer día), el hambre me saca de la cama, claro, y voy, envuelto en mi sábana/toga, a asomarme al caos de los muebles, los transportistas y el olor a tortilla. En un sofá, herencia de cualquier matrimonio, Rita/muñeca, transversal y violada, con las faldas de Rita/Rita subidas hasta la cintura y las bragas que olvidó Rita aquella vez, hace muchos capítulos, bajadas hasta un tobillo. No queda en la casa un solo obrero. Todos se han tirado a Rita.

Pero esto ya lo he visto yo en una película. ¿Y qué culpa tiene uno, tío Oscar, si la realidad imita a Berlanga? Mejor para Berlanga. La muñeca, transversal al sofá, fané y descangallá, está como seguramente está ahora mismo Rita, en cualquier café de Montparnasse, tras haber sido poseída por todos los argelinos de París.

Suena el teléfono. El viejo benefactor desde su hotel de siempre. ¿Pero no se había muerto este tipo? Yo mismo estuve en su entierro. Me cita para mañana a mediodía, en el delfinario. Cuelgo y pienso que es una trampa. Van a matarme. Sin embargo, la voz del viejo, una sombra de voz, afelpada e inconfundible, me sigue sonando en la cabeza. De todos modos iré. Si me matan, eso será una manera de librarse de la ausencia de Rita, tan intolerable.

O de la presencia de la muñeca.

Ovales y ojivales, los delfines, con sus dieciocho letras o palabras, los amigos de Enedina, navegantes, inteligentes, inquietantes, los delfines, el delfín navegando por las aguas del dormir surrealista (Breton y Nadja en la plaza Dauphine, de París), delfines de piedra y bronce entre las columnas de agua y los circos de sol rojo, allá en el fondo, delfines como embarcaciones de combate, apolos de fondo, grecias sumergidas, odontocetos heráldicos, delfinidos carnívoros, con su espalda negra y su vientre blanco, su cortesanía, su urbanidad, su gracia templada y tropical, sus saltos, sus saltos, instantáneas ventanas góticas a la espalda del viejo. El viejo estaba allí.

Antes de entrar en el delfinario he visto un campo de beisbolistas. ¿Serían mis amables visitantes del otro día? Los he observado al pasar, por si reconocía a alguno, pero todos los beisbolistas son el mismo beisbolista, como todas las rosas son la misma rosa (Mallarmé/Guillén). Esto huele de lejos a encerrona. Yo no debiera entrar ahí. Sin embargo, ahora se juega mucho al béisbol en la ciudad. Unos chicos dándole a la pelota son inofensivos. Son cosas que pone el Ayuntamiento para que la gente se distraiga. Por otra parte, en la ciudad hay muchos yanquis (demasiados), y es natural que jueguen a eso, que jueguen a ser yanquis.

El abuelo benefactor y muerto se pone en pie cuando me acerco a su mesa y a su vermú rojo sinnnn alcohol. Es el pulcro anciano de siempre, todo él gris, aterciopelado, sombra de sí mismo, con el pelo y el bigote blancos, sombra de voz, blanda alusión al que es y no es, sonrisa, traje y sombrero de color sombra.

—Bueno ¿pero usted no estaba muerto? Yo mismo le di el pésame.

—Ahí está la cosa, mijo. ¿Cómo le ibas vos a dar su propio pésame a un muerto? Vos viste por ti mismo que yo me metía en la caja voluntariamente. Todo tenía truco y trampa. Tenía que inventar mi muerte para que los comunistas de mi país dejaran de perseguirme. El Nuncio me ayudó mucho a bien morir.

Me han traído un *whisky*. Hace un frío amable en el delfinario. Los delfines, su condición párvula y amena, sus dieciocho palabras sagradas, que sólo sabe Enedina, un idioma entre dos aguas, el rastro de bahamas que me traen, plomo sobre verde, heráldica submarina, estelas como hawais, los delfines. Estoy viendo los delfines por encima del viejo. Él dice que los ama, pero la verdad es que se sienta de espaldas a ellos. También amaba a su pueblo y les cortaba los testículos.

—Le advierto que vengo aquí con complejo de emboscada. ¿Cómo es que usted no se disfraza un poco para andar de vivo?

—Qué mejor disfraz que la vida para un muerto. A lo sumo pensarán que me parezco al occiso, mijo, pero le dan por bien muerto.

Ovidio y Arión paseando entre los delfines, Enedina hablando con ellos como una pastorcita de Lourdes con la Virgen, delfines blancos, ráfagas de monje y Francisco Tomás, ráfagas de Zurbarán, Zurbarán en ráfagas, monje de las profundidades, el delfín, éste es el blanco que jamás logrará mi amigo el pintor, el blanco/velocidad, la velocidad hecha blancura, la natatoria blanquinosidad del delfín.

—Nada de emboscadas, mijo, soy un hombre de bien, un libertador, ahora creo que estoy más a salvo que antes de muerto, ahora sí que podemos descansar tranquilos.

Mi pregunta es para qué me ha llamado el tipo, pero prefiero esperar a que me lo explique él. Hablamos de Rita, por hablar de algo, en París, claro, huyendo de los hijos de la gran chingada, como yo, Rita se entierra en París y yo en el cementerio, pero vos sabrás de la nena más que uno mismo, la nena le quiere a vos, murió Francisco José, sí, vos lo mataste en duelo, eso es hermoso, y tan español, tan, cómo diría yo...

—Calderoniano.

—Eso. Calderoniano. Vos sos hombre de letras.

—Pero yo no maté a su hijo, o lo que fuese. Se me anticiparon otros, usted ya sabe, o se le anticiparon a él.

—Gran caballero español. Prefiero a Francisco José muerto en duelo por un hidalgo de

la Madre Patria que muerto por unos pistoleros.

Estábamos entrando en un clima de Quinto Centenario. Bebí *whisky*. Me impacienté. ¿Estaba el viejo ganando tiempo?

—Y ahora me gustaría que me dijese, si no es molestia, para qué me ha citado aquí.

Luis el Grande y Dieu entrando por los claustros del agua, por las salas de lo azul y lo blanco, elipses y primogenituras, peluca, trajes de naipe, los beisbolistas, afuera, dándole a los bates como disparos.

—Muy fácil, mijo. Me encuentro más seguro después de muerto, pero nunca se sabe. Por si acaso, quiero contarte toda la verdad a vos. Qué gran reportaje podrá usted hacer si el viejo muere, si lo matan. (Habla mordiéndose un poco el bigote blanco, y eso afelpa sus palabras). Yo no tengo cobre, mijo, ni un gramo de cobre. El Gobierno de mi país se lo quedó todo, cuando me derrocaron inicualemente. Yo no tengo más que unas muestras de pirita, alguna de las cuales ha ido a parar a la casa de vos, si me explico. Cosas de Rita, esa niña. El inicuo Gobierno de mi país vende ahora el cobre a los Estados Unidos, pero ha mantenido en la Prensa y en la Bolsa la mentira de que el cobre sigue siendo mío, de que las minas no han podido nacionalizarse. De esta forma, se le roba el cobre al pueblo que lo trabaja y se me carga a mí la injuria.

La cosa parecía hasta verdad. Confieso que me olvidé de los delfines. Lástima no haber traído a Enedina. Ellos le hubiesen dicho a la niña si el viejo mentía o no.

—Me parece que le creo —dije.

—Pues claro, mijo, es la puritita. Víctima de semejante calumnia, yo decidí aprovecharla en mi favor. Europa y el Mercado Común siguen creyendo que el cobre es mío. Entonces, el Gobierno de mi país le vende el cobre a los Estados Unidos y yo le vendo al Mercado Común y al Nuncio la «idea» del cobre. Con unas muestras de pirita me ha bastado para engañarles. He cobrado grandes anticipos por esas muestras, del eje Francia-Alemania. Ellos tienen la idea de que el cobre es mío y yo les vendo su idea, su error. El Nuncio, aquí en la Madre Patria, también me ha sido muy útil, como vos sabés, porque a él también le he vendido la idea del cobre. Lo dicen los periódicos de Wall Street, que el cobre de mi país sigue siendo mío. Ni siquiera necesito la pirita. Me basta con un ejemplar viejo del *Financial Times* para vender y cobrar generosamente un cobre que no tengo. Mis enemigos me han hecho rico con su calumnia.

—¿Y por qué me cuenta usted a mí todo eso?

—Muy fácil, mijo. Ya te lo he dicho a vos. Esto no lo sabe nadie. Ni lo sabía Francisco José ni lo sabe Rita. Sólo saben y creen lo que dice el *Financial Times*, que tampoco sabe la verdad. Esto sólo lo sabés vos, ahora, porque si muero (de muerte natural, en la cama, como le profeticé a vos, o baleado por mis enemigos), quiero que se sepa toda la verdad, que vos la publiquéis. Y por dos razones: para probar mi inocencia y salvar en la posteridad mi gloria bolivariana, y, segundo, denunciar ante el mundo entero al Gobierno ilegal que me derrocó, denunciar su tráfico de cobre y su connivencia con Estados Unidos, que se viene produciendo bajo mi nombre, que les sirve de coartada.

Constelaciones boreales que miro en el delfinario, Eudoxio y un obispo y San Paulino, todos delfinidos e indefinidos, espuelas de caballeros, ¿me está mintiendo este viejo caballero? Me parece que no. Es improbable que sus sucesores en el poder, tan asesinos como él, le hayan respetado las minas de cobre. Eso sólo lo ha hecho probable/posible Wall Street, el *Financial Times*, toda la prensa financiera. «Una noticia será de primera página si yo la pongo en primera página», dijo memorablemente el ciudadano Kane. Soy periodista y sé que eso se puede hacer.

—Le creo y le agradezco la información. Espero que podamos publicarla en vida de usted, cuando le convenga, cuando haya agotado la «idea» del cobre que le está vendiendo al Mercado Común y al Nuncio.

—Gracias, mijo.

Salimos del delfinario sin acabar nuestras bebidas. «Tengo un taxi esperándome fuera; ya conocen todos mis coches; le llevo al centro». Los chicos del béisbol siguen con su juego a lo Snoopy, produciendo unos ruidos secos como disparos, con la pelota y los bates, más las voces hitlerianas en inglés. En mi apasionamiento por el posible reportaje, me he olvidado hasta de echarles una última mirada a los delfines, los amigos de Enedina. Caminamos por un noviembre soleado, hacia el lejano taxi. La pelota de béisbol le da al viejo directamente en la sien derecha y cae muerto. Es lo que esperaban. Sigo caminando hacia el coche, un poco más de prisa, temiendo y casi deseando —qué raro— el pelotazo destinado a mí.

—Al Centro Azca, rápido, por favor.

—¿No viene el anciano?

—Le he dicho que rápido.

Y el taxi, que afortunadamente no es de butano, se dispara loco hacia Madrid.

Telegrama de Rita desde París: «SALUDOS AMOG STOP ME ENCUENTRO AQUÍ POR CONSERVARME VIVA YA QUE NO JOVEN STOP RECIBIRÁS SORPRESA COMO SIEMPRE AMOG STOP VUELVO PRONTO STOP BESOS TUYA PARÍS IDEAL STOPRITA». Entre nosotros sigue llamándose Rita. Muertos Francisco José y el viejo benefactor bolivariano, Rita es la heredera universal de la pirita que no existe y yo soy su novio más visible, perseguidos ambos por diversos *gangs*, más algunos apuestos equipos de béisbol. ¿Cuándo coños va a acabar esta película? Echo de menos a Rita, ahora que está lejos y la muñeca es carne del proletariado. Salgo al huerto, voy al invernadero y Alma Mahler me come la hierba en la mano. También le he traído zanahorias, frutas y verduras, lechugas pisadas por los beisbolistas, hasta flores, que asimismo le gustan. De postre le pondré algún libro de don Ramón de Mesonero Romanos. La saco a dar un paseo, cogida de la cuerda. Por entre los hondos huertos de noviembre, cuán dulcemente vamos. La cabra ramonea y yo busco a Enedina por las perspectivas falsas que tiene esta parcela de huertos urbanos del socialismo (perspectivas como de Dalí o de Chirico). La cabra se para a cada poco:

—Vamos, Alma...

De vuelta a casa, atada Alma Mahler en el invernadero, del que ya se ha comido, por supuesto, todas las flores y plantas que invernaban/hibernaban, encuentro el cajón, el gran cajón de tablas, tres por tres, procedente de París. Como en este suburbio lo dejamos todo abierto, los transportistas han entrado y se han ido sin más. Extraño que no hayan esperado a por la propina. Casi misterioso. Por otra parte, y esto es lo que más me molesta, tendré yo mismo que abrir el regalo, tabla por tabla. La sogpgea de Rita desde París.

Muy frágil, muy frágil. Lo único que sabe decir esta puta caja es muy frágil, muy frágil. Lo pone por todas partes. Después de una pechuga de pollo y una siesta, me envuelvo en mi sábana/clámide, me sirvo un *whisky* (el señorito Blas me deja botellas en el albero), busco herramientas en el garaje (adonde he devuelto a la ninfomaniaca muñeca, carne de la horda), y principio despaciosamente a quitarle las tablas al regalo de Rita, una por una. El soplo no me permite mayores esfuerzos. Muy frágil, muy frágil. Pollas en vinagre. El *whisky* me da cierta marcha y elimina el soplo. Las tablas han quedado sobre la alfombra meada por los moros, abiertas en gajos, como cuando se pela un plátano, haciendo casi un círculo de lo que era un cubo. Cosas de la geometría y de la carpintería. Ahora están los papeles de estraza, los celofanes, las cosas. Estos plásticos de bultitos, como un cristal con SIDA. Mediante las tijeras de podar del hortelano voy eliminándolo todo. Claro que también podía haber avisado al señorito Blas para que me ayudase en esto. Los cabrones de los transportistas se fueron sin esperar propina, ya se ha dicho. Casi cabría pensar que han esperado mi ausencia, mi paseo con la cabra, para meter el regalo en casa.

No siento mayor curiosidad por saber lo que hay esta vez dentro del cubo tres por tres de poliuretano/polivinilo o lo que rayos sea. Lo que hay dentro del cubo tres por tres de poliuretano/polivinilo, o lo que rayos sea, es el cuerpo verídico de Rita cadáver e injustamente descuartizada. Me siento en el sofá de la segunda o tercera esposa. Miro el cubo despacio a la luz del huerto, que es una luz de tarde, verde de lechugas y roja de tomates. «Parece un Picasso», es lo primero que se me ocurre. Qué diferencia con la muñeca, claro. Cómo pude engañarme. El regalo de Rita estará en camino. Lo que me envían los patrióticos beisbolistas es el cadáver de Rita troceado. Quizá ellos mismos se disfrazaron de transportistas. No querían confiarle esto a nadie. Me han espiado, entrando en la casa cuando yo había salido. «No, no parece un Picasso, no seas antiguo. Parece un Bacon». Rita con la cabeza bocabajo, los pelos tiesos hacia un fondo legamoso de polivinilo/poliuretano, sus ojos mirándome del revés, fijamente, ahora sí que sí, con la mirada de los muertos, con esa mirada que ponía ya Kafka en las fotos, cuando vivo. El tan elogiado laconismo de Kafka no es sino consecuencia del

pobre y limitado alemán que se hablaba en la Praga de su época, y quizá también hoy. Ninguna virtud de ascetismo narrativo, pues, sino un defecto, una limitación ambiental. La sociedad influye en el estilo (literario, pictórico, musical), el estilo es una consecuencia del contexto, tesis marxista que me parece un poco anticuada, pero válida. ¿Y qué hago yo aquí, haciendo crítica literaria —en el periódico he hecho mucha crítica literaria—, ante el cadáver descuartizado de Rita?

En todo caso, debiera hacer crítica pictórica. ¿Un Picasso o un Bacon? Rita tiene uno de sus propios pechos en la boca, sujeto con los dientes por el pezón. Rita tiene una de sus manos —¿la derecha, la izquierda?— introducida en la vagina. Rita tiene un glúteo en el fondo del cubo y otro en lo alto. Rita tiene una pierna, del muslo al pie, recuadrándole la cabeza. Rita tiene la otra pierna, sin pie, completando el recuadro por abajo. El pie que falta —¿el derecho, el izquierdo?— anda como flotante por las alturas del cubo. Y todo ello bañado en la sangre azul y roja y judía y francesa y americanoespañola de Rita. Todo con finos rebordes de sangre, delicada calceta roja que alegra el cuadro.

El soplo, el soplo. Todo lo que haga ahora lo haré después de la muerte, pues que acabo de morir. Bebo un *whisky* seco, me pongo en pie y paseo, arrastrando mi clámide, en torno del crimen. Por los cuatro costados del cubo la obra es atroz y hermosa: las vísceras de Rita, un hueso de Rita, finísimo, la sangre de Rita, una mano de Rita (la que no le han metido en el coño) abierta y como saludando graciosamente en lo alto del cubo.

Algo así como la mano de Lady Di saludando a las multitudes. «Es una obra de arte». Ahora soy crítico de arte (también he sido crítico de arte en el periódico: uno en el periódico lo ha hecho todo, como puta por rastrojo). Vuelvo a sentarme, el soplo, el soplo. Sé que mi valoración estética del descuartizamiento es una defensa para mi corazón, o no lo sé, pero lo sabré luego. De nuevo en pie, abrazo el cubo de plástico, pego a él la cara y miro a los ojos en los ojos kafkianos e invertidos de Rita. Quisiera ahora el alemán pobre de Kafka para expresar todo esto. De nada vale mi castellano barroco.

Y de repente se me ocurre: salgo al garaje, busco la muñeca, que está tirada entre la leña, vestida caóticamente con ropas de Rita, me abrazo a ella y lloro contra su pelo de mentira, que huele al pelo de Rita. No tengo otra cosa que abrazar. Rita jugó a hacer de sí una muñeca. Yo jugué a hacer de la muñeca una Rita. Juegos estériles y perversos. Ahora que Rita ha muerto, la muñeca es la única Rita que puedo abrazar, llorando. La muerte de la mujer ha vuelto verdadera a la muñeca.

Algo así debe de ser lo que está pasando, lo que me está pasando. Suena la esquila de la puerta.

Es Enedina, que, cuando acudo, ya está en el salón. Ha dejado la bici tirada en el huerto. Está dando vueltas, asustada, curiosa, en torno del cubo:

—Es una escultura, ¿verdad?

—Sí, Enedina, es una escultura.

—Parece un Picasso.

(Enedina es precoz y redicha).

—Es un Bacon.

—¿Y quién es Bacon?

—Un artista inglés.

—¿Y qué hace?

—Esto.

—¿Tú tienes dinero para comprar un Bacon?

—Es regalo de un amigo de París.

—O de una amiga.

—No seas mal pensada, Enedina.

La niña se sienta en el diván de la segunda/tercera esposa. Yo me dejo caer a su lado.

—Estás desnudo.

—Sí, casi.

(La vida no se para, la vida sigue). Rita, asesinada e injustamente descuartizada por una pirita de cobre que no es suya. Y nosotros, aquí, convirtiendo el cadáver en una obra de arte (y lo es).

Enedina me coge una mano con su mano un poco grande para una niña.

—Tengo un poco de miedo, oyes. Parece un cadáver.

—Eso es lo que pretende Bacon. Dar miedo.

(Hay un silencio, cosa que siempre acaba por haber en las novelas).

—No es una muerta, ¿verdad?

—No, claro que no es una muerta, Enedina.

—Bueno, sólo te traía estos conejos, que tengo prisa. Los ha cazado papá.

Va al rincón donde ha dejado los conejos y me los tira sobre la sábana/clámide. No, más cadáveres no, por favor. No sé si son conejos o liebres, como la otra vez, pero ya me han manchado la sábana de sangre. Cuando se va Enedina, lamo, chupo, devoro ritualmente esta sangre, que para mí es la sangre coagulada e inasequible de Rita. Pienso, siento que toda la sangre de los animales terrestres de sangre caliente es la misma sangre, me excita un parentesco universal y sangriento, me lleno la lengua y el paladar de la sangre de las liebres porque no puedo beber la sangre de Rita, pero es seguro que sabe igual, todas las sangres saben a sangre, hay una única sangre circulando por el mundo, por el cuerpo vivo de la especie y las especies.

Salgo al huerto, lleno todo yo de sabor a sangre y *whisky*, de sabor a Rita y tantas botellas como bebimos juntos. Voy al invernadero, miro a la cabra, que está echada y levanta la cabeza ante la visita, con su «femenina distinción». Siempre que poseí a la cabra estaba poseyendo a Rita, pensando en ella, ahora lo comprendo. Rita era la mujer cabra, una acumulación de razas que se dan en Alma Mahler. Alma Mahler es una acumulación de africanías, paganismos y estilizaciones de la hembra que se daban en Rita.

No puedo liberar a Rita de su cubo, de su muerte. Pero algo del sueño/alma de Rita he infundido en la cabra, con mis penetraciones. No me gusta que la cabra sea un símbolo. No me gusta que las cosas sean símbolos de nada. Amo las cosas y los seres por sí mismos. Mas ahora me traiciono y, liberando a la cabra, siento que libero a Rita de su cubo y su muerte, de su muerte/cubo.

La cabra, libre y feliz, ramonea por el huerto. La palmeo hasta sacarla fuera. En seguida le atraen unos cardos, unas ortigas blancas, algo que ha visto. Trota hacia ello. Ante tanta presión/prisión, necesito poner a alguien en libertad. Pongo a la cabra, no creo que vuelva, las cabras no suelen volver.

Las cabras no suelen volver. Las amantes tampoco. Adentro tengo a la muerte. Me quedo en la verja de madera de mi casa, tranquilo, viendo cómo Alma Mahler se aleja, de huerto en huerto, de prado en prado. Libre, loca, feliz. ¿Y quién se va a comer ahora mis libros indeseables? Alma Mahler es ya, sólo, un esbelto garabato en el paisaje suburbano de los huertos.

Noviembre está nublado, frío y sano. Me borra el soplo. Respiro todo un mes respirando hondo. A lo lejos, desvaría una niña en su bicicleta. Quizá sea Enedina, hacia más norte.

Quizás no.

Madrid, noviembre de 1987



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del SEU, y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico* (1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar* (1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País* (1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.